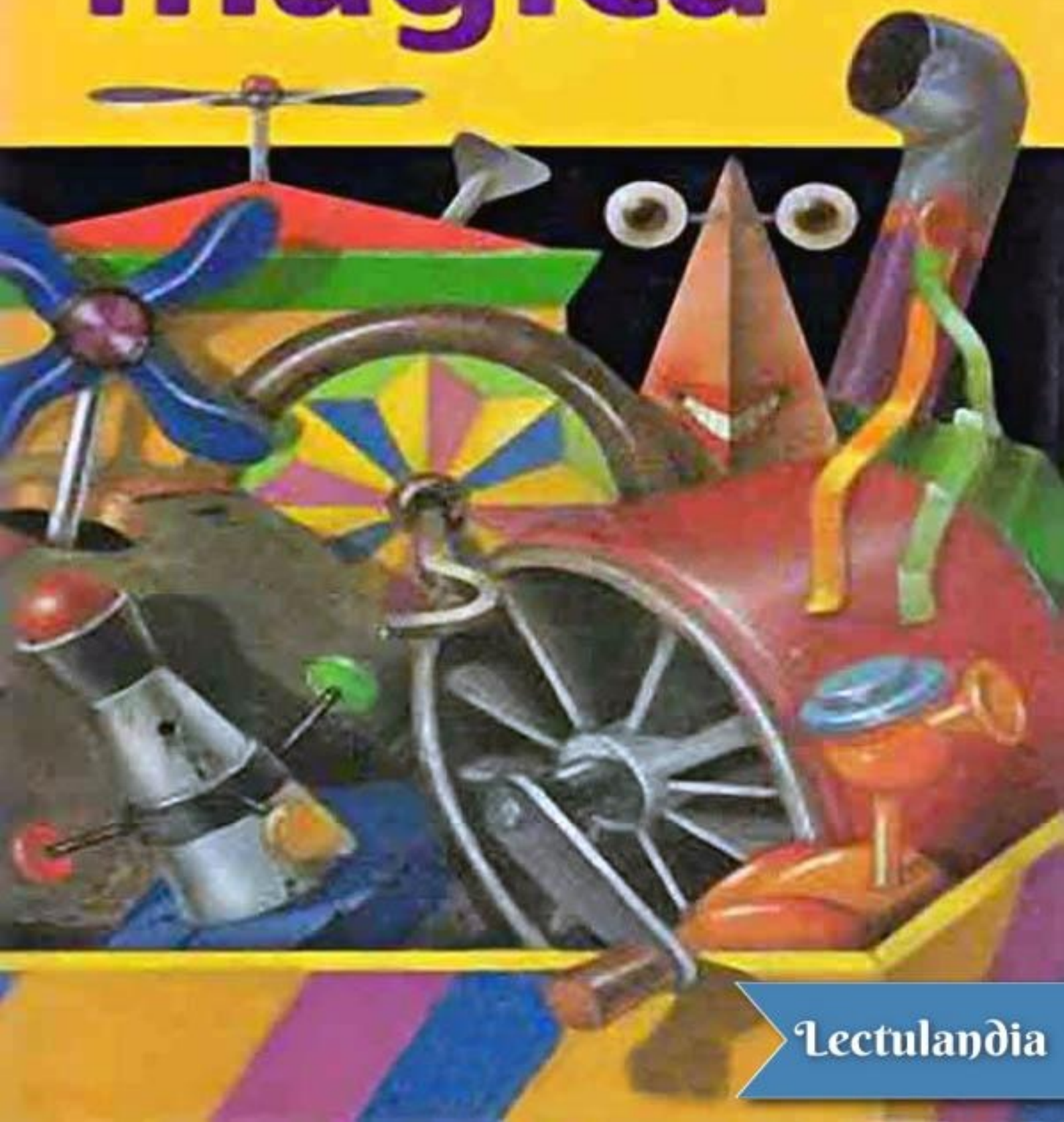


ANGELA CARTER

La juguetería mágica



Lectulandia

Melanie baja al jardín vestida con el traje de novia de su madre; se desnuda y trepa al manzano. La noche es oscura y temible. Más tarde, en la juguetería mágica, hay muñecos que parecen hombres y rosas de relojería. El tío Philip arma los juguetes y tiene las manos pesadas y los ojos del color de un periódico mojado. Tía Margaret, el pelirrojo Finn y el torpe Francie tocan una música extraña a altas horas de la noche. En las misteriosas ruinas del jardín de los placeres, Finn besa a Melanie... *La juguetería mágica* combina elementos tradicionales, niños huérfanos, padrastros crueles, malignidades inexplicables, transformaciones mágicas, y da nueva dimensión a un tema básico e intemporal en los cuentos de hadas: la pérdida de la inocencia.

Lectulandia

Angela Carter

La juguetería mágica

ePub r1.0

Titivillus 29.08.17

Título original: *The Magic Toyshop*
Angela Carter, 1967
Traducción: Carlos Peralta

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

El verano que cumplió quince años, Melanie descubrió que estaba hecha de carne y sangre. Oh, mi América, mi tierra recién descubierta. Se embarcó en un viaje embelesado, exploró todo su ser, trepó a sus propias cadenas montañosas, penetró en la húmeda abundancia de sus valles secretos como un Cortés, un da Gama o un Mungo Park de la fisiología. Durante horas se contemplaba, desnuda, en el espejo del armario; seguía con un dedo la elegante estructura de sus costillas, allí donde el corazón aleteaba entre la carne como un pájaro bajo una manta, dibujaba la larga línea desde el esternón hasta el ombligo (que era una gruta o caverna misteriosa) y restregaba las palmas contra las alas embrionarias de sus omóplatos. Y luego se retorció abrazándose, riendo, y a veces daba volteretas o se paraba sobre las manos de pura euforia por la cimbreada sorpresa que era toda ella, ahora que había dejado de ser una niña.

También posaba sosteniendo cosas. Prerrafaelita, se peinaba el pelo negro partido al medio, lacio, y se miraba pensativamente con una azucena del jardín debajo del mentón, las rodillas juntas y apretadas. Al modo de Toulouse-Lautrec, se echaba el pelo indecorosamente sobre la cara y se sentaba en una silla con las piernas abiertas y una palangana llena de agua y una toalla a sus pies. Siempre se sentía especialmente mala cuando posaba para Lautrec, aunque en sus fantasías vivía en su época (había sido corista o modelo y en la ventana de su ático de París daba migas a una golondrina). En esas fantasías ayudaba y amaba al pintor porque era un enano y un genio.

Era demasiado delgada para un Renoir o un Tiziano, pero logró un pulcro y pálido Cranach con un trozo de cortina de red alrededor de la cabeza y el collar de perlas cultivadas que le habían regalado para la confirmación. Después de leer *El amante de Lady Chatterley*, recogía secretamente nomeolvides y se los enredaba en el vello púbico.

Luego utilizó la cortina de red como materia prima de una serie de camiones, que diseñaba sobre su cuerpo, adecuados para su noche de bodas. Se envolvía como un regalo para el novio fantasma que se duchaba y se lavaba los dientes en un cuarto de baño futuro, de otra dimensión, durante la luna de miel en Cannes. O en Venecia. O en Miami Beach. Lo conjuraba tan intensamente que casi sentía su respiración en la cara y su voz quebrada susurrando «querida».

Preparada para él, revelaba hasta el muslo una pierna larga y blanca como el mármol (y olvidaba su fantasía, absorta de pronto en el juego de los músculos en el espejo mientras flexionaba la pierna una y otra vez); luego, con la red bien tirante, examinaba la forma ceñida de sus senos pequeños y duros. El tamaño era decepcionante, pero se imaginaba que servirían.

Todo esto sucedía detrás de la puerta cerrada de su inocente dormitorio color pastel, mientras Oso Eduardo (que ocultaba el pijama a rayas en su vientre hinchado)

la miraba con sus ojos de vidrio desde la almohada y *Lorna Doone* yacía desparramada boca abajo en el polvo debajo de la cama. Eso era lo que hacía Melanie el verano que cumplió los quince, además de ayudar a lavar la ropa y vigilar a su hermanita para que no se matara jugando en el jardín.

La señora Rundle creía que Melanie estudiaba en su habitación. Decía que Melanie debería salir más al aire fresco y que se pondría paliducha. Melanie respondía que tomaba suficiente aire fresco cuando hacía recados para la señora Rundle y que, además, estudiaba con la ventana abierta. Cuando oía esto, la señora Rundle se tranquilizaba y no decía nada más.

La señora Rundle era fea, vieja y gorda y en realidad nunca se había casado. Cuando cumplió los cincuenta años, se regaló a sí misma un apellido de casada obtenido con autorización notarial. Pensaba que ese «señora» le daba a una mujer que envejecía una nota de dignidad personal. Además, siempre había querido casarse. En la ancianidad la memoria y la imaginación se funden: las fronteras mentales de la señora Rundle empezaban a desdibujarse. A veces, en su silla junto al fuego, en sus horas privadas, cuando los niños estaban acostados, inventaba entre sueños las costumbres y maneras de ese marido que jamás había tenido hasta que aparecían jirones de su cara en el vapor de la taza de té de antes de dormir y ella lo saludaba familiarmente.

La señora Rundle tenía lunares peludos y una enorme dentadura postiza. Hablaba con la majestad de un inexistente mundo antiguo, como una duquesa en una farsa de Whitehall. Era el ama de llaves. Había traído consigo a su gato; se sentía en su casa. Cuidaba a Melanie, Jonathon y Victoria mientras Mamá y Papá estaban en Estados Unidos. Mamá acompañaba a Papá. Papá estaba en una gira de conferencias.

—¡Gira de furcias! —repetía Victoria, que tenía cinco años, golpeando la mesa con la cuchara.

—Come tu budín de pan, querida —decía la señora Rundle. Bajo el imperio de la señora Rundle comían muchísimo budín de pan. Ella lo preparaba sencillo o de lujo, con pasas o moras o ambas cosas, y ejecutaba numerosas variaciones de la receta básica utilizando mermelada, higos, dulce de moras y manzanas cocidas. Demostraba extraordinaria virtuosidad. A veces lo comían frío con el té.

Melanie llegó a tener miedo del budín de pan. Pensaba que si comía demasiado engordaría, nadie la querría y moriría virgen. Una y otra vez soñaba con una Melanie pantagruélica hinchada de budín de pan como el cadáver de un ahogado y despertaba con el sudor del espanto. Empujaba en su plato el fatal budín de pan con la cuchara y luego hábilmente echaba la mayor parte en el plato de Jon cuando la señora Rundle volvía sus anchas espaldas. Jonathon comía sin parar. Jonathon comía, sobre todo, por tener la mente ausente.

Jonathon comía como una fuerza ciega de la naturaleza, abriéndose paso entre enormes montones de comida como un tanque a través de una casa. Comía hasta que no quedaba nada para comer; entonces paraba, ponía cuidadosamente juntos el

tenedor y el cuchillo o el tenedor y la cuchara, se limpiaba la boca con su pañuelo y se iba a hacer modelos de barcos. El verano en que Melanie cumplió quince años Jonathon tenía doce y estaba entregado a la construcción de modelos de barcos.

Era bajo, rubio y de nariz chata, un chico vestido de franela gris y con la gorra de la escuela, que siempre tenía una cicatriz a punto de desprenderse en alguna de las dos rodillas. Hacía los barcos que traían las cajas de construcción, los armaba, pintaba y aparejaba minuciosamente y luego los ponía por toda la casa en estantes y repisas donde podía contemplarlos al pasar. Los únicos barcos que construía eran veleros.

Hizo el modelo de una goleta de tres palos, la *Beagle*, y otros del *Bounty*, el *Victory* y el *Thermopylae*. Sus manos, ese verano, estaban siempre pegajosas de cola. En los ojos tenía una mirada remota, como si no viera el mundo real sino las islas con palmeras y los mares azules por donde sus barcos, una vez botados, navegaban imaginaria y eternamente. Holandés Errante mental, Jonathon vagaba por mares desconocidos bajo alas desplegadas de lona, sobre oscilantes tablones empapados de agua salada, sin pisar jamás tierra firme. Caminaba con un bamboleo náutico levemente perceptible, pero nadie lo advirtió nunca.

Y nadie advirtió nunca que él no lo veía porque unas gafas con lentes gruesas y redondas, como de botella, le ocultaban los ojos. Para las cosas de este mundo era muy miope. Con las gafas, la gorra escolar y las cicatrices en las rodillas, era uno de esos chicos que recuerdan inmediatamente a Norman y Henry Bones, los niños detectives. Engañados por su apariencia, los padres le llenaban la biblioteca de novelas policíacas que se cubrían de polvo sin que él las abriera.

A principios del verano, Melanie le robó seis novelas intactas de Biggles, se las llevó en una excursión barata a otra ciudad y las vendió en una librería de ocasión para comprarse unas pestañas postizas con el producto. Pero las pestañas falsas la hicieron llorar dolorosas lágrimas cuando trató de ponérselas y luego se negaron a quedarse en su lugar y se le escurrieron entre los dedos a la mesa del tocador como malignas orugas peludas dotadas de siniestra vida propia. La acusaban en silencio: ¡ladrona!», ¡ladrona! Eran el traicionero salario del pecado. Llena de culpa, Melanie las quemó en el hogar de su dormitorio, que raras veces se encendía. Era evidente que no podía usarlas porque había robado para conseguir el dinero con que las había comprado. Ese verano tenía muy desarrollado el sentimiento de culpa.

Victoria no tenía ningún sentimiento de culpa. Era completamente insensata. Era una paloma dorada y redonda que se pasaba el día arrullando. Rodaba al sol y partía mariposas en trocitos diminutos cuando lograba capturarlas. Victoria era un lirio del campo; ni hilaba ni trabajaba, pero no era hermosa. La señora Rundle le cantaba viejas canciones: cantaba que las luces del puerto me dicen que te vas y que florecen las rosas en Picardía pero nunca hubo una rosa como tú; y Victoria sobre sus rodillas, reía y le mostraba el puñito cúbico al gato de la señora Rundle. El gato de la señora Rundle era un macho obeso y desdeñoso. Sentado, tenía la forma y el tamaño de una

mesita de café peluda y redonda. Quizá la señora Rundle lo alimentaba con restos de budín de pan.

Se echaba sobre las pantuflas de la señora Rundle (de fieltro amarillo con pompones rojos) y la señora Rundle tejía y le cantaba a Victoria.

—¿Qué estás tejiendo? —preguntó Victoria.

—Un cárdigan.

—Cárdigan —deformó Victoria con satisfacción.

—¿Por qué negro, señora Rundle? —preguntó Melanie, que acudía con los pies descalzos del verano a buscar zumo de naranja y cubitos de hielo en la refrigeradora.

—A mi edad —respondió con un suspiro la señora Rundle— siempre se lleva luto por alguien. Si no es en el momento mismo, será muy pronto. —La vocal de la última palabra era larguísima, como estirada por una apisonadora: «oooooonto»—. Te enfermarás, querida, descalza sobre el suelo de piedra.

Los cubitos de hielo tintinearón en el vaso de Melanie.

—¿Ha conocido a mucha gente muerta? —preguntó.

—Bastante —dijo la señora Rundle, mientras guardaba su tejido.

—La muerte me parece inconcebible —dijo lentamente Melanie, buscando a tientas la palabra justa.

—Eso es lo más natural a tu edad.

—¡Canta! —ordenó Victoria, golpeando con sus garras de caramelo la rodilla de seda negra de la señora Rundle. Obediente, la señora Rundle alzó la voz.

Melanie imaginó la muerte como una habitación parecida a un sótano donde una estaba encerrada sin luz.

¿Qué me pasará antes de morir?, pensó. Bueno, creceré. Y me casaré. Espero casarme. Qué horror si no me caso. Me gustaría tener cuarenta años y que todo hubiera terminado y yo ya supiera lo que me va a ocurrir.

Se enredó margaritas en el pelo y se miró al espejo como si fuera una foto en su álbum de mujer adulta. «Yo a los quince años». Y luego venían las fotos de sus hijos vestidos de *boy scouts* o pieles rojas, con perritos, en futuras vacaciones de verano. Cubos y palas; Arena en los zapatos. ¿Torquay? ¿Sería Torquay? ¿Bournemouth (la China)? ¿Scarborough que es tan tonificante? ¿Y nunca Venecia, por ejemplo? Y los perros, ¿serían Yorkshire *terriers* o *corgis*, o bien nobles afganos de hocico de halcón o un par de galgos blancos con una trailla dorada?

Le dijo a la chica de las margaritas y de grandes ojos castaños: —No quiero que sea sencillo. No. De lujo. Tiene que ser de lujo—. Se refería a su futuro. Una margarita cayó de sus cabellos al piso como una señal levemente irónica del cielo.

Por el momento vivían en una casa en el campo, con un dormitorio para cada uno y varios libres, y un *pony* de Shetland en el corral y un manzano que sostenía la luna entre sus dedos nudosos fuera de la ventana de Melanie para que ella la viera desde su cama, un diván con un colchón Dunlopillo y una cabecera acolchada blanca. Dormía entre sábanas rayadas.

La casa era de ladrillo rojo con tejados eduardianos y se erguía aislada en su propio terreno de media hectárea; olía a dinero y a cera para muebles perfumada con lavanda. Melanie había crecido entre el olor a dinero y no advertía que ese olor inundaba el aire; pero en cambio sabía que por fortuna era dueña de un cepillo para el pelo con dorso de plata, una radio a transistores y un traje de chaqueta de buena seda cruda, hecho por la modista de su madre, para ir a la iglesia los domingos.

A su padre le gustaba que todos fueran el domingo a la iglesia. A veces, cuando estaba en casa, leía el Evangelio. Nacido en Salford, ahora que ya no necesitaba pensar en Salford se complacía en alardear un poco de señorío rural. Ese verano iban a la iglesia con la señora Rundle, que era muy devota. Llevaba consigo su negro e hinchado libro de oraciones, del que caían viejas flores secas y trocitos de helecho cuando ella lo abría al descuido. Victoria se sentaba debajo del banco; perseguía ociosamente la árida vegetación que llovía del libro de oraciones de la señora Rundle y canturreaba. A veces lo hacía en voz muy alta.

¿Será subnormal Victoria?, se preguntaba Melanie. ¿Tendré que quedarme en casa y ayudar a Mamá a cuidarla, sin tener jamás una vida propia?

Victoria, como la señora Rochester, el terrible secreto del dormitorio del fondo, sonreía ausente, jugaba con pequeños ladrillos, juegos de construcción elementales y rompecabezas de madera, apretando su indecente carita infantil contra las barandillas para canturrear a los desconcertados invitados.

El himno favorito de Jonathon era «Padre eterno, poderoso salvador». Cada vez que el vicario, un hombre desvaído que pescaba y hacía chistes desvaídos sobre los pescadores de hombres, venía a ocuparse de ellos como le había prometido a su padre, Jonathon le aferraba enérgicamente el ruedo de la sotana y le pedía que el domingo próximo se cantara «Padre eterno, poderoso salvador».

—Ya veremos —decía el vicario, incómodo bajo el intenso brillo de las gafas de Jonathon.

Durante todo el desayuno del domingo y mientras se vestían con lo mejor Jonathon temblaba de expectativa reprimida. La mayoría de las veces no se cantaba el himno. La esperanza se disipaba apenas veía los números de los himnos insertados en las hendiduras de madera de la pared. Entonces Jonathon subía a bordo del clíper *Cutty Sark*, o de la goleta *Bounty*, zarpaba con la brisa fresca que henchía las velas y atravesaba el mar azul, azul, rumiando su decepción. El vicario lo había traicionado. Atarlo con un as de guía en lo más alto del palo de mesana, tenerlo allí todo el día, desnudo, durante el largo día tropical. Que probara el gato de nueve colas.

Melanie rezaba: «Dios mío, haz que me case. O que tenga vida sexual». Había dejado de creer en Dios a los trece años. Una mañana se levantó y Él no estaba. Iba a la iglesia para complacer a su padre y formulaba sus deseos de rodillas y también cuando quebraba huesitos de pollo. Sorprendentemente, la señora Rundle pedía: «Por favor, Dios, haz que recuerde que estuve casada como si lo hubiera estado». Porque sabía que no podía engañar a Dios con una autorización notarial. «O por lo menos —

continuaba— haz que recuerde que conocí el sexo». Sólo que no lo decía tan claro. La señora Rundle se abstraía de vez en cuando durante el servicio y se preguntaba cómo estaría el rosbif con patatas que había dejado en el horno, en casa. Pero siempre pedía perdón cuando volvía mentalmente a Dios.

Ni Jonathon ni Victoria rezaban, puesto que nada tenían que pedir. Victoria arrancaba los flecos de los cojines y se los comía.

Melanie tenía quince años y; era hermosa y jamás había salido con un chico, y en cambio Julieta, por ejemplo, se había casado y había muerto de amor a los catorce. Sentía que estaba envejeciendo. Se sostenía un pecho desnudo, con una punta tan rosada como el hocico estremecido de un conejo blanco, y pensaba: «físicamente, es probable que haya llegado al punto culminante y que desde ahora en adelante sólo pueda decaer. O madurar, tal vez». Pero no quería pensar que quizá todavía no fuera perfecta.

Una noche, Melanie no podía dormir. Era al final del verano y una oronda luna roja le hacía guiños desde el manzano y la mantenía en vela. La cama estaba caliente. Escocía. Se retorció y revolvía y golpeaba la almohada. Le picaba la piel de puro despierta y tenía los nervios tan al desnudo como si cien cuchillos rechinaran a la vez sobre cien platos. Por fin no pudo soportar más y se levantó.

La casa estaba agobiada de sueño pero Melanie estaba totalmente despierta. Era extrañamente excitante estar levantada mientras todos dormían; imaginó un reguero de zetas... zzzz... que brotaban de las tres bocas como abejas y zumbaban soñolientas por la casa. Vagó al azar hasta el dormitorio vacío de sus padres. Debajo de la cama los zapatos esperaban con paciencia el regreso de los pies de su madre, y en la mesa de noche, una lata vacía de tabaco suspiraba porque su padre viniera a tirarla. La habitación estaba completamente iluminada; la luz de la luna impregnaba con su fulgor la colcha blanca de ganchillo sobre la cama ancha y baja. Sus padres dormían en esa cama grande y lujosa, como de estrella de cine.

Agachada sobre el corazón de mimbre a los pies de la cama, Melanie trató de imaginar a sus padres haciendo el amor. Parecía muy atrevido pensar en eso una noche tan calurosa. Se esforzó por imaginar sus abrazos en la cama, pero su madre tenía siempre puesto el traje negro de ir a la ciudad y Papá la áspera chaqueta de tweed con parches de cuero que era, como la pipa, su sello personal. Mientras lo hacían, sin duda tenía la pipa metida en el bolsillo de la pechera. Melanie trató en vano de imaginar la desnudez de sus padres. Cuando pensaba en ellos, las ropas parecían parte de sus cuerpos, como el pelo o las uñas de los pies.

En particular su madre era una mujer absolutamente vestida, vestida de arriba abajo, que no se quitaba las medias en ningún clima y siempre estaba con guantes y sombrero, lista para salir. Un sombrero de ala ancha, de terciopelo castaño, con una rosa de cinta negra al costado, se superponía a la imagen que tenía Melanie de su madre mientras le hacían el amor. Recordaba que, cuando era muy pequeña y su madre la acunaba, sus abrazos estaban siempre densamente envueltos en tela; lino,

algodón o lana, según la estación. La madre debía de haber nacido vestida, quizá con una placenta sentadora y elegante, elegida en la sección de modas de una revista lustrosa. «Lo que usará este año el embrión distinguido». Y Papá... Papá era siempre igual: *tweed* y tabaco, sólo *tweed* y tabaco y cinta de máquina de escribir. Estaba hecho de esos elementos.

La foto del casamiento de sus padres colgaba sobre el hogar, donde las cosas familiares parecían exóticas y curiosas a la luz de la luna. Por ejemplo el reloj francés dorado, que cuando sus padres se habían marchado a Estados Unidos se había detenido a las tres menos cinco del día siguiente. Nadie se había molestado en volver a darle cuerda. Junto al reloj había un pato mexicano de cerámica, alegre, brillante y tonto, con el dorso azul salpicado de flores amarillas. Su madre lo había comprado después de ver la foto en un suplemento dominical en color. Melanie fue hasta el hogar, alzó el pato de cerámica y volvió a dejarlo en su sitio, y observó la foto de la boda.

Ese día la madre se había puesto una epifanía de ropas. Estaba vestida con tal entusiasmo y extravagancia que los volados ocultaban al padre de Melanie. Sólo se le podía ver la sonrisa tímida nublada por los tules y Melanie no sabía si, como sospechaba, usaba incluso el día del casamiento su chaqueta de *tweed* con remiendos de cuero porque no podía quitársela. Pero su madre estallaba en un espectáculo pirotécnico de encaje y satén, vestida como para un banquete medieval.

El vestido de satén blanco, cuyo escote bajo revelaba un dije en el hueco de la garganta, tenía mangas abullonadas anchas como alas de cisne y fluía desde la delgada cintura en una gran cola blanca, dispuesta delante de la novia para la foto de modo que el vestido parecía reflejarse en sus propias aguas. Le ceñía la frente una guirnalda de rosas artificiales y de ella brotaba una espumosa cascada de tules que le caía hasta más abajo de la cintura. Llevaba en los brazos un ramo de rosas blancas que acunaba como un bebé. Su sonrisa era blanda y extática y joven y conmovedora.

Estaba rodeada de parientes a quienes veían menos desde que a Papá le había ido tan bien con el libro y luego con la biografía y la película y todo eso. Tía Gertrude, con su permanente demasiado rígida y sus pies torpes en los zapatos demasiado apretados, aferraba el bolso de charol como si fuese la compra de la semana. Melanie recordaba los besos de Tía Gertrude, perfumados con *Ashes of Violet*, las escasas navidades que había pasado en familia cuando vivía Abuelo (que fruncía el ceño como si temiera que la cámara le devorara el alma). Adiós, Abuelo. Adiós, Tía Gertrude. Y adiós, Tío Harry, peinado con brillantina, con Tía Rose del brazo. Tía Rose pintada con colorete. Las manchas redondas de *rouge* se veían negras en la foto. Podría haber sido un deshollinador invitado a la boda para traerle buena suerte. Adiós, Tío Philip.

Contrariamente a los demás. Tío Philip no sonreía a la cámara. Podría haberse deslizado en la foto desde otro grupo, una solemne reunión de los *Elks* o el gran funeral de algún miembro de la antigua y honorable orden de los Búfalos e incluso el

encuentro anual de los veteranos de la Guerra de Secesión. Llevaba un sombrero negro de ala rizada y copa lisa como los que usan los tahúres del Missisipi en las películas del Oeste. El traje era negro, los pantalones ceñidos, la chaqueta larga. Pero no daba una impresión general de elegancia. Bajo el sombrero negro el pelo parecía blanco o al menos muy rubio. El bigote de morsa le ocultaba la boca. Era imposible calcular la edad que tenía. Sin embargo, parecía más viejo que joven. Era alto y de talla mediana. Tenía las manos unidas sobre el puño de plata de su bastón de caoba. La expresión ausente, tanto que parecía aburrido. El único hermano de Mamá. Su único pariente vivo, porque todos los demás pertenecían a la familia paterna. Y ni siquiera conseguía mostrar una sonrisa durante el casamiento de su hermana. Un patán.

Melanie no había visto nunca a Tío Philip. Una vez, cuando era muy pequeña, le había regalado una caja de sorpresas con un muñeco de resorte. Era fabricante de juguetes. Al abrirla, había saltado una caricatura grotesca de ella misma, con una sonrisa siniestra. Ese año, sus padres le habían enviado a Tío Philip una tarjeta de Navidad impresa donde aparecían ellos y Melanie (Jonathon todavía no había nacido), sonriendo, en la ventana del pequeño cottage que acababan de comprar cerca de Chelsea. Su padre empezaba a ganar renombre y dinero. Y a vuelta de correo había llegado ese juguete horrible. La caja de sorpresas había asustado mucho a Melanie. Había tenido pesadillas constantes hasta Año Nuevo e intermitentes hasta la Pascua. Su madre la había tirado. Ella y el padre estaban de acuerdo en que el regalo era insensato y de mal gusto. No se le enviaron más tarjetas a Tío Philip. El tenue contacto se perdió definitivamente.

Las fotos son trozos de tiempo que se pueden apresar en la mano; esa foto era una parte de la época mejor y más hermosa de su madre. Joven y sonriente, parecía clavada por la cámara y guardada para siempre bajo un cristal, como una mariposa en una caja. Melanie, mirando la foto, pensó que Tío Philip estaba fuera de lugar en ese fragmento de la felicidad de su madre». Era un color que desentonaba o, más bien, una mancha incolora. Pertenecía a otro tiempo. Era como si, en camino a la boda, se hubiese encontrado con un viejo marinero que había sido catapultado a una dimensión en que las rosas y los confeti ya no tenían importancia.

—Bueno —pensó Melanie—, no creo que vuelva a verlo.

Examinó más de cerca el traje de novia. Parecía extraño vestirse así para perder la virginidad. Se preguntó si sus padres habrían tenido relaciones sexuales antes de casarse. Si reflexionaba sobre estas cosas era que verdaderamente estaba creciendo. Papá sin duda había sido un poco bohemio, a pesar de su familia y además vivía solo en un apartamento. Un estudio en Bloomsbury, café preparado sobre el hornillo de gas, conversaciones sobre el amor libre, Lawrence, los dioses oscuros. ¿Habría sacrificado esa novia sonriente a los dioses oscuros? Y en ese caso, ¿habría seguido sonriendo ella, que era su madre? ¿Y se hubiera vestido de blanco virginal? ¿Qué decían las cartas de las revistas de mujeres que Melanie arrebatava secretamente a la

señora Rundle?

«Mi amigo dice que me abandonará si yo no le permito que me haga el amor hasta el final, pero yo quiero un casamiento honesto, vestida de blanco».

Virtuoso y simbólico blanco. El satén blanco revela cada marca, el tul blanco se arruga al menor roce, basta respirar para que una lluvia de pétalos caiga de las rosas blancas. La virtud es frágil. Era un maravilloso traje de novia. ¿Lo llevaría ella, pensó un instante Melanie, en su noche de bodas?

Su madre era una mujer sentimental. En un baúl constelado con desvaídos marbetes de lugares remotos, discretamente cubierto con un bordado de la India estaba el traje de novia, como un tesoro, envuelto en una tela azul para preservar la blancura del satén. ¿Para qué lo guardaba? ¿La vestirían con él, lo llevaría al cielo? Pero en el cielo no había matrimonio ni pedidos de mano.

Melanie frunció el ceño a la luz de la luna, vestida con el prosaico pijama a rayas que desde el verano le quedaba chico y apenas le llegaba a media pierna. Rozó unos frascos de perfume en el tocador de su madre. Había un árbol de porcelana para los anillos (aunque los anillos estaban todos en los dedos de su madre, en América, admirando el edificio del Empire State y el Gran Cañón y Disneylandia): y una bandejita para alfileres haciendo juego, con dos alfileres y un botón de camisa roto. Y también había una foto enmarcada de Victoria sosteniendo un perrito peludo de juguete, que evidentemente pertenecía al fotógrafo y que Victoria, también evidentemente, estaba a punto de destripar. Era esa clase de foto, pensó Melanie, que sólo una madre podía encontrar conmovedora. Se preguntó si ella misma sería ciega al escaso atractivo de sus propios hijos en el caso de que no fueran atractivos. Sin pensar, se puso un resto de Chanel detrás de las orejas y de pronto su olor fue tan parecido al de su madre que se miró al espejo para confirmar si todavía era Melanie.

Tenía la cara iluminada por la luna. Se soltó el pelo, recogido para la noche en un moño sobre la cabeza, y se le derramó por la espalda. Probó peinarlo en distintos estilos, sobre el rostro, estirado hacía atrás como el de las bailarinas, arrollado asimétricamente de un solo lado, mientras meditaba en el traje de novia guardado.

«¿Cómo me quedaría?».

Se miraba todo el tiempo mientras pensaba y, abstraída, se desabotonó la chaqueta del pijama y practicó algunas poses por si alguna vez quería ser modelo o bailarina de cabaret. El espejo del tocador de su madre era más ancho, aunque más bajo, que el suyo. Y todo el tiempo se decía: «¿Lo hago? ¿No lo hago?». Abrió un cajón y encontró en un rincón un penique cubierto de polvo facial.

—Cara —le dijo a las sombras. Era cara. Respiró profundamente y empezó a apartar el baúl de la pared para alcanzar los cerrojos de bronce. Se sentía malvada, como un ladrón de tumbas, pero la moneda había caído y la suerte estaba echada. La tapa crujió y se abrió. El papel de seda amontonado en la parte superior se elevó susurrando apenas, después de tantos años de paz, y se elevó unos centímetros en el aire, alzándose por un momento como una emanación. Melanie lo hizo a un lado.

Primero apareció la guirnalda, envuelta en papel. Rosas artificiales y unos pocos lirios del valle que no se veían en la foto y perlas diseminadas que simulaban gotas de rocío. Algunos pétalos de las rosas estaban doblados y ajados: había una rosa completamente aplastada como una pintura dadaísta. Melanie las enderezó con cuidado e hizo girar la guirnalda entre los dedos. Una guirnalda de boda. La puso en la cama.

Desplegó kilómetros de tul, suficientes para envolver las cabezas de todo un parnaso gótico de Venus de Cranach. Melanie estaba atrapada, un pez en la red; el velo revoloteaba a su alrededor, la enceguecía y le tapaba las ventanas de la nariz. Se revolvió a uno y otro lado y se enredaba aún más. Luchó y luchó y por último perdió la paciencia, y lo arrojó de cualquier manera sobre la cama. Ya era hora de ponerse el vestido.

Era muy pesado. El huidizo satén brillaba como la tetera de plata que sólo sacaban del bargeño del salón para lustrarla. Toda la luz de luna de la habitación se concentraba en aquellos opulentos y misteriosos pliegues. Melanie se arrancó el pijama y se metió dentro del vestido. Estaba muy frío al tacto. Se deslizaba sobre ella como si la regaran lentamente con agua helada: tembló y contuvo la respiración.

Era demasiado grande. Su madre se había casado con el pecho floreciente y rellena como un cachorro. Dos flacas Melanies se lo podrían haber puesto juntas para su boda de hermanas siamesas. Melanie recordaba haber leído algo sobre el casamiento de unos hermanos siameses. Debían de usar una cama muy grande. Una cama cuádruple.

Estaba amargamente decepcionada por el tamaño del vestido. Rodaba y resbalaba en el satén blanco. Pateó el ruedo hasta el tocador en busca de unos alfileres. Pero vio en el espejo que no importaba si el vestido era demasiado grande.

Bajo el torrente de pelo negro, el fulgor del vestido, que le rozaba el nacimiento de los pechos como los trajes de las vírgenes isabelinas, le blanqueaba y transfiguraba el rostro. Se movía dentro de una lujosa tienda que acentuaba curiosamente su propia delgadez y la iluminaba como un candelabro. Sabía que no podría con el velo, pero buscó la guirnalda y se la puso en la cabeza. Las perlititas brillaban como ojos, o como lágrimas de pescado, que se decía que eran. Pero las perlas de su madre eran falsas. De todos modos, relucían.

«¿Soy realmente tan guapa?», pensó, sorprendida, bajo las perlas y las flores.

Abrió el armario y se inspeccionó en el gran espejo. Todavía era una chica guapa. Regresó a su propia habitación y se miró en su propio espejo para ver si decía algo diferente pero, una vez más, era hermosa. Luz de luna, rosas, satén blanco. Una novia. ¿La novia de quién? Pero esta noche le bastaba su propia gloria y no necesitaba un novio.

—¡Mírame! —le dijo al manzano que maduraba sus plácidas frutas en el silencio campestre de la noche—. ¡Mírame! —le gritó apasionadamente a la luna de zapallo que sonreía con su cara redonda y jovial como la idea que tiene un niño de sí mismo.

Una breve brisa fresca de olor a hierba entró por la ventana abierta, le acarició el cuello, le revolvió el pelo. Bajo la luna, el campo se desplegaba como una tierra extraña y encantada donde el trigo inmortal jamás había sido plantado ni cosechado, terra incógnita jamás pisada por el pie del hombre ni tocada por una mano. Virgen.

—Bajaré al jardín. A la noche.

Rápido, con la falda recogida. Cuidado con el escalón que cruje. Abrió sin aliento el cerrojo de la puerta del frente y se quebró una uña. Silencio, despacio, o vendrá la señora Rundle con el atizador que tiene al lado de la cama para defenderse de los ladrones de la noche. La noche. Melanie se deslizó a la noche, que apagó de inmediato su yo diurno entre dos dedos oscuros.

Las flores se abrían en el jardín con la incalculable dulzura de la medianoche y la hierba se agitaba y murmuraba con una voz diminuta que era una intensificación del silencio. La quietud era como el fin del mundo. Estaba sola. Encerrada en un caparazón de satén blanco, era la última y la única mujer. Tembló de exaltación bajo el arco del cielo, alto, azul, profundo.

Una luna tan redonda. Los árboles se inclinaban bajo su soñolienta carga de pájaros. Hierbas mojadas de rocío le lamían los pies como lenguas de animalitos amistosos: parecían más altas y enredadas que de día. El vestido se arrastraba detrás de ella; era una estela resplandeciente. El aire estaba milagrosamente claro. Los objetos en la sombra, una rama, una flor, se destacaban con oscura precisión, como si se vieran a través del agua. Caminaba lenta y silenciosamente a través de la noche submarina. Respiraba por la boca, trémula, con sabor avino tinto.

Los arbustos de lilas se agitaban. Un pequeño animal peludo, nocturno, se escabulló a su paso y desapareció en una pila de hierba recién cortada; la criatura, fuera la que fuese, no tenía más sustancia corporal que las hojas arrastradas por el viento.

—Nunca pensé que la noche fuera así —dijo Melanie con un hilo de voz.

Se estremeció de éxtasis. ¿Por qué? ¿Cómo? Fuera de sí, no sabía ni le importaba. Grandes masas de nubes se disolvían en el cielo y aquí y allá brillaba alguna estrella. El mundo, que era sólo ese jardín, estaba tan vacío como el cielo y era tan infinito como la eternidad.

En la escuela, en sus clases sobre las Escrituras, la maestra describía la eternidad. La señorita Brown, que usaba gafas, olía a jabón de limón y ceceaba, hablaba ambiciosamente sobre la eternidad a los niños cuando le hacían preguntas. La eternidad, decía, era como un espacio por el que andaban y donde Dios estaba en alguna parte, como una moneda de seis peniques en un pastel de ciruelas (pensaba Melanie a los siete años) entre galaxias que eran pasas y buscando la compañía de otras monedas de seis peniques. Qué solo debía de estar Dios, pensaba Melanie a los siete años. A los quince, estaba perdida en la eternidad, con un vestido absurdo, y mirábala inmensidad del cielo.

Que también le quedaba grande, como el vestido. Era demasiado joven para él. La

soledad la aferró por la garganta y de pronto no pudo soportarla. Se espantó. Estaba perdida en esa soledad ajena, el terror merodeaba ruidosamente por el jardín y no podía defenderse, como ebria de vino tinto.

Sollozando, echó a correr tropezando con las faldas. Demasiado, demasiado pronto. Tenía que regresar a la puerta y a la oscuridad interior, segura, cerrada, y al olor de los seres humanos. Ramas amenazantes le tironeaban el pelo y le azotaban la cara. La hierba tendía trampas a sus tobillos. El jardín se volvió contra Melanie cuando ella se asustó.

El blanco umbral de la puerta era un santuario. Se dejó caer sobre él. La señora Rundle lo pulía una vez por semana, y todos los días lo fregaba con sus manos domésticas, familiares, endurecidas por el trabajo. Melanie apoyó la mejilla temblorosa contra la fría piedra que la cubrió de honesto polvo limpiador comprado en la tienda como una señal de casta. Pero la puerta estaba cerrada. Se había encerrado afuera.

Casi se desesperó cuando comprendió que no podía entrar. Además, aunque no lo había notado antes, se había lastimado los pies cuando corría por el sendero de grava; ahora veía que estaban magullados y sangrantes y que había manchas de sangre, negras a la luz de la luna, en el ruedo del traje de novia. Pero lo peor era estar fuera y no poder entrar. Se aferró al umbral de piedra buscando apoyo.

—Ánimo —se dijo—. ¿Qué haré ahora?

Había dejado abierta su propia ventana. Tal vez podría trepar al manzano, meterse por fin en el dormitorio y cerrar la ventana al desierto de la vasta eternidad exterior. Debería abandonar el refugio del umbral y aventurarse una vez más. O eso o esperar allí hasta la mañana. Hasta que la señora Rundle bajara a preparar el desayuno. Y tendría que explicarle a la señora Rundle cómo se había quedado encerrada fuera de la casa toda la noche con el traje de novia de su madre.

Había trepado al manzano cuando tenía ocho años y nuevamente a los doce. ¿Y ahora que tenía quince? Pero era el árbol o nada, aunque tuviera que ir hasta el patio de atrás, a pesar de las asechanzas. De los monstruos. De las inmensas cosas silenciosas que aguardaban con las suaves bocas abiertas, con cuerpos de la misma sustancia de la noche.

Sabía que allí estaban, esperando que ella tropezara y cayera. Se movían en el espacio nebuloso, en los límites de su campo visual, y ella miraba siempre al frente, tratando de no verlos. Se mantenía tan cerca como podía de la casa, pisando los arriates de flores descuidadamente; la casa le ofrecía alguna protección. El pulso le latía en los oídos; el ruido podía ser la ronca respiración de los monstruos que la rodeaban. En el silencio de la noche, ningún horror de filmes, historietas o pesadillas parecía increíble.

—No seas tonta —se dijo—. Aquí no hay nada. Nada. —Pero ese «nada» le retumbaba en los oídos y tenía miedo de sus ecos. Así, aterrorizada, llegó finalmente a su árbol, su amigo, cuyas viejas, nudosas ramas estaban cargadas de frutas. Sin

embargo, esta noche le parecían siniestras manzanas envenenadas, como si el árbol compañero de juegos también se hubiera vuelto contra ella.

En sus días de trepar a los árboles la ascensión le habría llevado unos minutos. Pero no lo hacía desde los días en que se dejó crecer el pelo y no llevó más pantalones cortos en verano. Desde su primer período, a los trece años, sentía que estaba embarazada de ella misma y que gestaba lentamente, sin saber por cuánto tiempo, el embrión de la Melanie adulta. Trepar a un árbol podía provocar un mal parto que la aprisionara para siempre en la infancia, una chica de pelo corto.

Pero ¿cómo voy a trepar con este vestido?

Trabada por metros de satén que irreparablemente se desgarraría y enredaría cuando buscara en qué apoyar los pies y las manos, se quedaría inmovilizada entre las ramas, incapaz de bajar ni subir. Tendrían que venir de la granja hombres con cuerdas y escaleras para liberarla a la mañana, viva o muerta. No seas ilusa. Viva. Viva, para sufrir toda esa indignidad. De modo que tendría que quitarse el vestido y trepar completamente desnuda en mitad de la noche engañosa y traicionera. No podía hacer otra cosa.

Advirtió una zona de un negro más profundo en una rama baja, un foco de oscuridad, un monstruo imaginario, que ahora se movía. De la garganta le brotó el nacimiento de un grito. Unos ojos verdes centellearon y la oscuridad maulló. Era el gato de la señora Rundle. Estaba acompañada. Le frotó las orejas y lo oyó ronronear, un sonido familiar, inesperado, tranquilizador. Era como si alguien hubiese encendido para ella un pequeño fuego. Mientras el gato ronroneaba, Melanie tuvo el valor de deslizarse fuera del vestido. Se envolvió en sus cabellos, abrigándose, pues el aire era fresco en esa noche del final del verano.

Enrolló el vestido y lo puso en la horqueta del árbol. Podría subir con él y volver a depositarlo en otra rama y nadie sabría que lo había usado si no veía las manchas de sangre del ruedo, que no eran muchas. El gato movió la cabeza, miró con ojitos brillantes el envoltorio, estiró una pata acolchada y acarició el vestido. La pata terminaba en unos ganchos curvos y astutos. La caricia era cruel. Se oyó el rasguño.

—Oh, Dios —dijo Melanie en voz alta. El gato había hecho un largo desgarrón. Le dio un golpe; el animal saltó de la rama, se posó en la hierba y se desvaneció. Estaba nuevamente sola y la luna empezaba a descender en el cielo. Pronto se pondría y todo sería oscuro. Rogó: «Por favor, Dios mío, haz que vuelva sana y salva a mi cama». Y también cruzó los dedos.

Era horriblemente consciente de que estaba desnuda. Desnuda de una manera nueva y definitiva, como si se hubiese despojado también de la piel y no llevara nada fuera de la desnudez esencial del esqueleto. La carne de sus dedos casi la sorprendía; hasta podría haberse quitado las manos como guantes, quedándose sólo con los huesos.

Una lluvia de manzanas cayó a su alrededor cuando probó la primera rama. Sin embargo, era bastante fuerte y podría sostenerla. Respiró hondo y se lanzó hacia

arriba. Cuando cayó en los retorcidos brazos del árbol, la corteza le arañó las pantorrillas, los muslos, el estómago.

Tuvo que luchar dolorosamente por cada apoyo para un pie o una mano. En una ocasión una rama se quebró gimiendo bajo la confiada planta de un pie y Melanie quedó suspendida de las manos, debatiéndose a ciegas en busca de un asidero sólido y seguro en ese mundo de hojas y sombras en movimiento. Las manzanas caían continuamente y la luna muy baja le hacía guiños entre hojas como manos coriáceas que se le metían maliciosamente en los ojos y en la boca abierta y anhelante. En ese elemento de otro mundo, cada jadeo era un esfuerzo. Las ramitas le rasguñaban las mejillas y los pechos delicados. Luchaba contra el árbol. El sudor le corría por el cuerpo. Y tenía que arrastrar consigo el vestido, como la carga de los cristianos.

Sin saber cuánto tiempo le llevó subir, al fin vio sobre su cabeza el antepecho de su ventana, una visión de la tierra prometida. Pero estaba muy por encima de las últimas ramas fuertes y de algún modo tenía que impulsarse hacia arriba, peligrosamente, y llevar consigo el vestido. Gracias a Dios, la ventana estaba abierta de par en par sobre Oso Eduardo y *Lorna Doone* y los cepillos con dorso de plata. Balanceándose, mordiéndose los labios, se estiró entre la espuma de las hojas.

Después de dos intentos fallidos en los que mareada y temblorosa estuvo a punto de resbalar y caer, arrojó el vestido hacia arriba. Se abrió desplegando unas alas blancas, y durante un angustioso instante se posó como un gran albatros en el antepecho de la ventana, y al fin desapareció. Y ella se lanzó hacia arriba tras el vestido y cayó de bruces dentro del cuarto.

Estaba sucia y lastimada y sangraba por cien pequeñas heridas. Tendida en la cremosa alfombra india, sollozó de alivio al sentir por fin un suelo firme. Cuando pudo, cojeó hasta la ventana y le mostró el puño a la luna. Aferrando a Oso Eduardo, se metió debajo de las sábanas y se quedó dormida.

A la mañana descubrió que el vestido estaba hecho jirones.

Lo extendió. Tapaba la cama angosta, pero era una ruina. El árbol había completado la tarea iniciada por el gato. La falda estaba rota en tres pedazos y sólo unas hebras sujetaban las mangas deshilachadas. Además estaba sucio, manchado de verde por las hojas y de rojo por su sangre. Había sangrado mucho más de lo que creía. Pasó la mano sobre el vestido, paralizada por el horror.

¿Y la guirnalda? Había olvidado la guirnalda, sin duda la llevaba todavía en la cabeza mientras trepaba al árbol. No estaba en la habitación. Fue hasta la ventana. Estaba colgada en la copa, entre manzanas demasiado altas. Parecía el nido de un ave blanca. Las perlas reflejaban el fresco sol matinal. Y allí se quedaría, a menos que llamaran a los bomberos.

Subía de la cocina un aroma de tostadas y tocino. La vida continuaba.

—¡Qué estúpida eres! —le gritó Melanie salvajemente a su imagen en el espejo.

Tenía hojas de manzano en el pelo. Se cepilló y peinó y dejó caer las hojas, arrancándose con furia unos largos mechones. Le hizo bien sentir dolor. Se sintió

humillada y castigada, una niña atolondrada que tarde o temprano tendría que confesar esa aventura a la luz de la luna, tan desastrosamente concluida.

Llevó los restos del vestido al baúl, lo metió dentro de cualquier manera y lo cubrió bajo una montaña de papel de seda. Cuando su madre regresara se lo contaría, a solas. Y tal vez, entretanto, nadie repararía en la guirnalda. Porque estaba muy arriba en el árbol y la señora Rundle era corta de vista y Jonathon casi ciego y Victoria nunca alzaba los ojos.

—¿Me das el tocino de Melanie? —pidió Victoria. Y Jonathon devoró sus tostadas. Melanie no pudo comer por el peso de la culpa y la vergüenza que al parecer se le habían instalado en el estómago. Al fin regresó a su cuarto y abrió sus libros de texto como si el estudio fuera una forma de expiación. Había abandonado a *Lorna Doone* todo el verano: empezó a tomar notas.

La señora Rundle y Victoria se marcharon a la tienda del pueblo y Jonathon las acompañó para comprarse un nuevo modelo para armar. La casa vacía parecía resonar alrededor de Melanie; sentía ese extraño no ser de una casa con las habitaciones desiertas y se le erizaba la piel del cuello cuando oía ocasionales crujidos. Era una mañana soleada y las manzanas del árbol brillaban de salud. Una manzana por día aleja al médico. Las avispas ya estarían atareadas con el tesoro de frutas caídas al pie del manzano. Odiaba a las avispas. Apenas podía soportar la idea de que celebraran un festín debajo de su ventana.

A las once y media, en la soñolienta mitad de la calurosa mañana, oyó unos tremendos golpes en la puerta, tan inesperados que dejó caer un borrón en el cuaderno. Bajó al salón. El gato de la señora Rundle se paseaba cazando moscas. Era testigo de la locura de ella, y había participado con una pata en la destrucción nocturna. Le dio un puntapié al pasar y él le respondió con un escupitajo.

En la puerta había un mensajero con un telegrama. Apenas lo vio supo el contenido del telegrama, como si el mensajero tuviese las palabras impresas en la frente. La mañana se oscureció por un segundo. Cuando fue nuevamente de mañana, el chico todavía estaba allí, esperando su propina. En la consola del salón estaba el cambio de seis peniques de la cuenta del lechero, lo que era afortunado porque Melanie no tenía dinero. El gato se sentó en el tercer escalón y guiñó los ojos. El chico se marchó. Ella oyó el ruido de una motocicleta que se alejaba.

—Ha sido por mi culpa —le dijo al gato. La voz le temblaba como un junco—. Por usar el vestido. Si no lo hubiera echado a perder, todo esto no habría pasado. Oh, Mamá.

Se le contrajo el estómago. Subió al cuarto de baño y vomitó. Todavía tenía en la mano el telegrama sin abrir. Lo miró y volvió a vomitar. Fue a su habitación. Se encontró consigo misma en el espejo, la cara blanca, el pelo negro. La niña que había matado a su madre. Tomó el cepillo y lo arrojó contra la imagen en el espejo. El espejo se hizo añicos. Detrás no había otra cosa que la madera desnuda del armario.

Estaba decepcionada; hubiera querido ver el espejo y la habitación todavía

reflejada en él, pero sin la imagen de ella. Pisó los cristales rotos, se acercó a la ventana y miró la guirnalda de boda en el árbol.

«Iré a buscarla y la guardaré. Tengo que hacerlo. Así Mamá volverá».

Pero sabía que si trepaba al antepecho de la ventana seguramente se caería. Y además, ¿acaso regresaban los muertos?

—¡Oh, Mamá!

Fue al dormitorio de sus padres y miró la foto del día de la boda. El vestido ya no estaba; el hombre asomaba detrás de la novia, con el ceño fruncido porque el sol le daba en los ojos.

—¡Oh, Mamá! ¡Oh, Papá!

Las lágrimas le corrieron por la cara. Tomó la foto, la sacó con cuidado del marco, sosteniendo el telegrama entre los dientes, y luego la rompió en pedacitos y los arrojó al hogar como copos de nieve. Luego quebró el marco, y empezó a devastar la habitación.

Abrió armarios y cómodas y volcó el contenido en pilas. Abrió cajas y frascos de cosméticos y perfumes que se echó encima o derramó sobre muebles y paredes. Arrancó de la cama el colchón y las almohadas y los golpeó y pateó hasta que los muelles emergieron zumbando del brocado y las almohadas estallaron en nubes de plumas. Aún tenía el telegrama entre los dientes, negro de saliva. No oía ni veía nada; sólo destrozaba como una autómatas. Tenía plumas pegadas a las lágrimas y grasa en las mejillas.

La señora Rundle regresó con Victoria; hacía calor y ambas comían helados. La señora Rundle puso a cocer las patatas ya mondadas y preparó la mesa. Jonathon traía en los brazos una nueva caja. Había comprado el equipo para armar el *Cutty Sark*. Detrás de las gafas, tenía los ojos iluminados por la excitación.

—La cena está casi lista, Jonathon —dijo la señora Rundle.

El niño se sentó obedientemente con la caja en las rodillas; era un objeto precioso y no quería abandonarlo. Victoria jugaba con las bolsas de papel de la compra. La señora Rundle sirvió la comida a los dos hermanos y se preguntó dónde estaba Melanie. Tendría necesidad de la cena, ya que no había probado el desayuno. Jonathon y Victoria comían con hambre; la señora Rundle no quería molestarlos.

—¡Melanie! —llamó la señora Rundle desde el pie de la escalera.

No hubo respuesta.

¿Estaría en su habitación, quizá dormida sobre sus libros? La señora Rundle subió la escalera, resollando, y encontró la habitación vacía y los fragmentos del espejo roto desparramado por el suelo. Miró el desorden y suspiró.

«Ha roto sin querer el espejo y se ha escondido porque no se atreve a decirlo», reflexionó sabiamente.

En el rellano oyó, sorprendida, unos gemidos apagados. Siguió el rastro de ese inesperado sonido. Encontró a Melanie sentada con las piernas cruzadas sobre una pila de camisones hechos trizas. De una hilera de frascos rotos emanaba un opresivo

olor a Chanel N.º 5. Melanie tenía la cara cubierta de maquillaje y lápiz labial; era una máscara roja y negra y de la boca le brotaba un torrente de desesperación sin palabras. La señora Rundle había visto muchas cosas en su vida y afrontó la situación.

Tuvo que abrir a la fuerza los dedos calientes de Melanie para arrancarle el telegrama. Melanie no parecía ver a la señora Rundle. La señora Rundle sacó sus gafas del delantal, las limpió y leyó el telegrama. Movi6 la cabeza lentamente. Abraz6 a Melanie, que estaba r6gida como la madera y aullaba, y sali6 del cuarto y baj6 pesadamente las escaleras.

—Jonathon —dijo la señora Rundle—, corre a llamar al m6dico. Tu hermana est6 enferma.

—Todav6a no he comido el postre —dijo razonablemente Jonathon.

—Te lo guardar6 caliente en el horno.

—Yo quiero mi postre ¡ahora! —exclam6 Victoria, porque hab6a visto que hoy, por excepci6n, era pastel de manzanas. La señora Rundle le cort6 un gran trozo y lo cubri6 de crema. Era mejor que comieran mientras pod6an. Ella misma comi6 un poco de pastel lenta y ceremoniosamente, como si estuviera en un funeral. Sab6a por experiencia que el est6mago lleno es una ayuda en momentos dif6ciles. Luego sirvi6 al gato un plato de patatas mezcladas con salsa.

—Pronto tendremos que buscar una casa nueva, minino —le dijo. El gato ronrone6 y comi6 moviendo la cola.

Melanie nadaba como un pez ciego y sin oídos en un mar de sedantes en que no había tiempo ni memoria, sino sólo sueños. El verano se transformó en otoño antes de que emergiera a la superficie. Desvaída, en su cama, recordaba. Una mañana se sintió mejor y salió y enterró el traje de novia al pie del manzano. Sentía un hueco en el pecho, como si hubiera enterrado allí su corazón, pero todavía podía hablar y moverse.

—Tienes que ser una pequeña madre para ellos —dijo la señora Rundle. La señora Rundle cosió bandas negras en las mangas de los abrigos, incluso en el de Victoria. El abrigo de la señora Rundle ya era negro de por sí; ella siempre estaba preparada para los asaltos de la mortalidad. Se sentía decepcionada y hasta ofendida porque no se traerían los restos para celebrar un servicio fúnebre. Por supuesto, no había restos. Pero aun así.

Melanie empezó a llevar trenzas rígidas, como de piel roja, con el pelo y el cuero cabelludo tan tirantes que le dolían; la raya blanca que las separaba en la nuca parecía a punto de abrirse y dejar escapar el cerebro. Era una penitencia. Mordió la punta desapareja de una trenza y pateó el travesaño de una silla de la cocina. Por la puerta abierta se filtraban las voces apagadas de los subastadores.

Había que venderlo todo. No quedaba dinero. Papá no tenía ahorros porque siempre había pensado que podía ganar algo más. Los niños pasaban de un día al siguiente, en un vacío. Había comida y la señora Rundle seguía allí. Era un punto fijo. Melanie estaba siempre a su lado y la ayudaba en las tareas de la casa. No le gustaba estar sola. El espejo estaba roto y odiaba los casuales reflejos de su cara cuando se limpiaba los dientes o pasaba ante la consola del salón. Pero la señora Rundle, la gallina madre, buscaba un nuevo trabajo, y la casa se vendería como también los muebles.

—Una pequeña madre —repetía Melanie. Tenía que ser una madre para Jonathon y Victoria. Pero Jonathon y Victoria apenas parecían sentir la falta de una madre. Ambos tenían sus propios mundos privados. Jonathon seguía armando el nuevo modelo. Victoria balbuceaba como un arroyo y cazaba motas de polvo en los rayos de sol. No hablaban de sus padres ni parecían comprender que su vida actual no duraría mucho. Victoria era demasiado pequeña, Jonathon estaba demasiado ocupado. Cuando los posibles compradores venían a visitar la casa, como ocurría cada vez con más frecuencia, se mantenían aparte hasta que el intruso se marchaban.

—A mí me toca ocuparme —dijo Melanie.

La señora Rundle tejía unos calcetines tres cuartos. Para Jonathon, como regalo de despedida. Acababa de pasar del talón.

—Me han pedido que te lo diga —dijo—. Los abogados. Como soy la única persona mayor que tenéis cerca. Estaba esperando el momento.

—¿Para qué?

—Iréis a casa de vuestro tío Philip.

Melanie la miró, asombrada.

—Tío Philip se ocupará de los tres —continuó la señora Rundle—. No está bien que una familia se separe. —Resopló enfáticamente.

—Pero no lo conocemos. Era el único hermano de Mamá y estaban distanciados. —Melanie extrajo el nombre de una observación casual formulada en un pasado remoto—. Se llama Flower. El nombre de soltera de Mamá era Flower.

—El abogado dice que es un perfecto caballero.

—¿Dónde vive?

—En Londres, donde ha vivido siempre.

—Entonces, iremos a Londres.

—Será bueno, ahora que estás creciendo. Tendrás todo Londres para ti. Teatros. Y también bailes. —Recordó una palabra de las revistas femeninas y las novelas—. Soirées.

—¿Cómo se gana la vida? Antes fabricaba juguetes.

—Y todavía lo hace. Está casado. Tendréis la guía de una mujer.

—No sabía que estuviera casado.

—En estos tiempos —desaprobó la señora Rundle— hay muy poca relación dentro de las familias. ¿Cómo puedes no saber nada de la esposa de tu tío? Después de todo, es tu tía. —Las agujas de acero centellearon.

—Todo será nuevo y distinto.

—Así es la vida —dijo la señora Rundle—. Yo os extrañaré y pensaré con frecuencia que la pequeña se hace mayor y tú empiezas a ser una señorita.

Melanie inclinó la cabeza y las trenzas le cayeron sobre la cara.

—Usted ha sido muy buena.

—Por supuesto, ayudaré a empacar.

—¿Y cuándo —Melanie tragó saliva— partiremos?

—Pronto.

Octubre, el brumoso, dorado octubre, cuando la luz es dulce y pesada. Esperaban el taxi en el umbral, con bandas negras en las mangas y maletas en las manos, pasajeros de un buque naufrago que han salvado unas pocas posesiones al azar y miran el mar tempestuoso al que han de confiarse.

«Tal vez no volveré a ver esta casa», pensó Melanie. Ese adiós al viejo hogar era un momento inmenso, tanto que apenas podía abarcarlo, apenas alcanzaba a sentir algo más que una vaga nostalgia. La guirnalda todavía colgaba del manzano, ya un poco maltratada por la intemperie.

La señora Rundle dio un beso húmedo a cada uno de los tres. También ella se marchaba ese día. Llevaba el abrigo bueno de paño negro, los guantes de siempre cuidadosamente remendados y los fuertes zapatos con cordones. El gato dormía en una cesta junto a su baúl. El nuevo empleador vendría a buscarla en coche. Su relación con los niños se acababa. Ya pertenecía a otra casa, a otra gente.

—¿Y la escuela? —dijo de pronto Melanie. La había recordado al mirar el baúl. Hasta ese momento no lo había pensado. Pero ella y Jonathon tenían que volver a la escuela, y Victoria tenía que ir por primera vez al parvulario, que en el pueblo mezclaba democráticamente escolares y niños pequeños.

—Tu tío Philip se ocupará de eso —respondió la señora Rundle—. No te olvides de comprarles golosinas y revistas para el viaje y cuídalos bien. —Buscó entre los frascos de aspirina y los alfileres sueltos y los tubos de pastillas digestivas con sabor a menta del bolso de falso cuero negro—. Toma. —Un billete de una libra como regalo de despedida.

En ese momento llegó el taxi. ¿Acaso el conductor del taxi, el encargado de revisar los billetes en la estación, los demás pasajeros que aguardaban en el andén, vieron las bandas negras de sus abrigos, los miraron con tristeza y comprensión, con sonrisas de simpatía y aliento? Melanie pensó que así era, se congeló ante la primera sospecha de compasión e intentó comportarse con frialdad.

Una pequeña madre.

«Yo soy la responsable», pensó, mientras ocupaban sus asientos en el tren y Victoria alzaba los cojines para ver qué había debajo y Jonathon estudiaba el aparejo de un velero. «Ya no estoy sola».

Un negro cubo de desazón se volcó sobre Melanie. Una parte de ella estaba muerta, pensó, una parte tierna y adolescente, la niña coronada de margaritas que se quedaría atrás y encantaría la vieja casa, aparecería en el espejo cuando el nuevo dueño quisiera mirarse la cara y brotaría blanca y fugaz en el espinoso corazón del manzano las noches oscuras. Amputada, todavía no se había acostumbrado a la idea de lo que se había perdido, perdido como sus padres dispersos en fragmentos sobre el desierto de Nevada. Un vuelo interno de rutina. Una tormenta imprevista. Un fallo en un motor. Hay dos ciudadanos británicos entre los muertos. Lamentamos anunciar el fallecimiento de un distinguido escritor y su esposa.

Mamá.

No. Mi madre. Ahora estaba muerta y merecía el nombre más honorable. Mi madre y mi padre han muerto y nosotros somos huérfanos. También había una orla de honorabilidad alrededor de la palabra «huérfanos». Melanie nunca había conocido a un huérfano, y ahora ella misma era una huérfana. Como Jane Eyre. Pero con un hermano y una hermana a quienes ella debía cuidar porque no tenían a nadie más.

—¡Londres! ¡Londres! —gritaba Victoria cada vez que el tren, un tren lento, bucólico, se detenía en una soñolienta estación rural con plantas entre las vías, o simplemente en ninguna parte, en medio del campo, para descansar un rato.

—No nos conocerán en la estación —dijo de pronto Jonathon—. Nunca nos hemos visto.

—Reconocerán en seguida a tres niños que viajan solos —dijo Melanie.

El tren era una especie de purgatorio, de período de espera entre el pasado conocido y concluido y el inimaginable futuro que aún no había empezado. El viaje

era largo. Jonathon miraba por la ventana un paisaje que no era el que veía Melanie. Finalmente, Victoria se durmió y no vio la lenta aproximación a Londres ni despertó cuando el tren se detuvo bajo los arcos resonantes de la estación terminal. Melanie estaba rígida, dolorida y cubierta de hollín. Sentía frío y un extraño malestar pero se mordió los labios y reunió las maletas de todos.

—Jonathon —dijo—, debes llevar a Victoria.

El niño lo pensó, mientras sostenía su propio paquete.

—Preferiría llevar el modelo en que estoy trabajando, para que no se estropee —dijo razonablemente. Melanie comprendió que no tendría sentido discutir con él.

—Entonces yo la llevaré y buscaremos a alguien que cargue las maletas.

Victoria era una niña pesada y grande y los brazos de Melanie apenas podían soportarla. Entre los empujones de la muchedumbre, Melanie escrutó el andén. No había nadie para llevar las maletas. ¿Y dónde estaba Tío Philip?

Entonces le llamaron la atención dos jóvenes que apoyados contra una valla bebían té en vasos de papel con movimientos morosos, lentos, rústicos. Le agradó verlos tan tranquilos. Creaban alrededor un entorno propio. Aunque detrás de ellos se veía una botella de cerveza de dos metros de altura con la leyenda «¡Una bebida de hombres!», ellos sobreimprimían un paisaje de rocas y silencio donde siempre cantaban los pájaros y el viento olía a lluvia. Eran dos jóvenes duros y amables, gente de campo en un sentido en que Melanie no lo era, aunque viniera de allí y ellos hubieran vivido toda la vida en Londres. Eran hermanos.

Evidentemente hermanos aunque también muy distintos: dos trajes diferentes cortados al mismo tiempo del mismo género. El más joven debía de tener unos diecinueve años y era apenas unos centímetros más alto que ella; el pelo largo, rojo brillante, le caía sobre el cuello de la chaqueta azul oscuro, de aspecto militar, con hombreras y botones de bronce. Llevaba unos gastados pantalones de pana arrugados y ceñidos. Parecían haber sacado la ropa del armario de la parroquia. Tenía la cara de un personaje de cuento tradicional, pómulos altos y ojos rasgados. Un ligero estrabismo en el ojo derecho le daba una mirada turbadora y oblicua. Respiraba por la boca, rosada como una flor, y tenía el labio inferior caído. Sonreía por nada en particular o por algún chiste secreto. Moviéndose con fluidez y extraordinaria gracia, se llevó el vaso a la boca con un gesto arrebatador, poético.

El acompañante era el mismo hombre, mayor y convertido en piedra. Era más alto y de hombros más anchos, no tan bien construido, y de cara afilada e impassible. Un hombre de aspecto decidido con un traje azul marino a rayas finas, con los pantalones gastados en los dobladillos y una camisa marrón y beige de las que se supone que disimulan el polvo. En la corbata marrón y azul llevaba un alfiler que representaba un arpa. Tenía detrás de la oreja un cigarrillo armado a mano, a medio fumar, con el papel deshilachado y hebras de tabaco sueltas en el extremo.

Bebían su té y no se hablaban. Estaban muy quietos a pesar de la conmoción de alrededor, como encerrados en su propio silencio.

Cuando el más joven terminó el té, arrojó el vaso de papel por encima de la valla con un movimiento curvo y lírico de discóbolo y se limpió la boca con el revés de la mano. Examinó con una lenta mirada toda la longitud del tren. Tenía ojos de color extraño, gris verdoso. Esa mirada de color adán tico pasó por Melanie como una ola, en que ella se sumergió. Si hubiese sido agua, habría quedado empapada. El joven tocó el brazo del otro hombre, que inmediatamente dejó caer el vaso, y ambos caminaron hacia Melanie. Si uno se movía como el viento entre las ramas, el movimiento del otro era como el de una torre que se desmorona, una progresión mal coordinada en que parecía caer a cada paso para enderezarse rígidamente y vacilar un instante sobre los talones antes del próximo derrumbe. El más joven sonrió y extendió las manos; el otro no sonreía. Melanie comprendió que era a ella a quien buscaban y se sobresaltó.

Le desconcertaba que esos dos extraños se le acercasen cuando esperaba ver a un anciano con sombrero de *cowboy* y la cara blanca y negra de una fotografía. Recordó a medias unos artículos de los periódicos dominicales sobre hombres que en las principales estaciones ferroviarias de Londres cazaban muchachas para fines inmorales. Pero el chico dijo: —Tú tienes que ser Melanie.

De modo que sabían cómo se llamaba, y todo estaba bien. Vio que la boca del joven se movía; estaba hablando pero el silbato de un tren le ahogó la voz, que era extremadamente suave.

—Sí —dijo ella—. Soy Melanie.

—Deja que lleve a la niña. —Hablaban con un acento irlandés débil pero reconocible. Melanie tuvo que acercarse para escuchar lo que decía. Le entregó de buena gana a Victoria y flexionó los brazos entumecidos.

Jonathon apareció acompañado por un hombre que cargaba el equipaje.

—Entró directamente desde el pasillo y dijo «Supongo que necesita ayuda, señor» —explicó Jonathon. Y añadió con asombro—: Me llamó «señor». ¿Te imaginas?

—Éste es Jonathon —dijo Melanie—. Y la niña se llama Victoria.

—Mi nombre es Finn —dijo el muchacho—. Y éste es Francie. Finn y Francie Jowle. Encantados de conocerte.

Con desconcertante formalidad, los hermanos dieron apretones de manos a Melanie y a Jonathon, aunque Finn tuvo que inclinarse peligrosamente delante de Victoria.

—Pero ¿quiénes sois vosotros? —les preguntó entonces Melanie.

—Tu tía Margaret es nuestra hermana —dijo Finn—. De modo que somos tus tíos. —Una sonrisa vulpina le descubrió los dientes amarillos y torcidos.

—¡Pero sois irlandeses!

—Por lo que sé, no hay ninguna ley que lo prohíba —dijo Finn, tan dulcemente que ella se avergonzó. Victoria se agitó en sus brazos. Él le habló y la niña hundió la carita en la chaqueta azul marino y volvió a dormirse, más profundamente. La chaqueta era de bombero. Melanie tuvo un nuevo sobresalto. Fueron en desordenada

procesión hasta la hilera de taxis.

—Es muy lejos para ir en taxi, pero tu tío insistió y le dio el dinero a Francie —dijo Finn—. Ya ves, no me habría confiado a mí el dinero. —Volvió a sonreír.

—Yo tenía una libra. Pero compré leche y chocolate con nueces.

—¿Toda una libra en chocolate?

—Y revistas. Para el viaje. Una llamada *Sea Breezes* para Jonathon y el anuario de *Bean* para Victoria. Necesitaban algo con que entretenerse.

—Igual es mucho dinero —dijo él.

Melanie quedó comprimida entre Finn y el silencioso y monolítico Francie, y Jonathon se sentó enfrente, en el asiento plegadizo. Londres pasaba por la ventanilla, pero Melanie no miraba.

—¿Jowle? —preguntó.

—Jowle.

—No suena muy irlandés.

—Tal vez no. Pero lo es.

Después hubo un silencio y Melanie empezó a oler a los hombres. Durante un rato le intrigó la fuente del olor, porque de ningún modo preveía que los hermanos fueran tan sucios. Apretada como estaba entre los dos, el olor le llenaba las narices casi hasta sofocarla.

Y también sintió horror, porque nunca había estado cerca de hombres que olieran. Un feroz tufo animal emanaba de ambos y además, en Finn el olor de la pobreza y los barrios miserables se unía al de las pinturas y la trementina. Y el cuello de Francie estaba sucio, como el de su camisa. No podía ver el cuello de Finn porque lo cubría el pelo.

Sus quince peinados y lavados años habían transcurrido a lo largo de una infinita perspectiva de cuartos de baño, champúes y ropa interior limpia, bañeras en que se había lavado, jabones con que se frotaba la piel hasta que se deshacían. Trató de invocar el recuerdo del agua jabonosa caliente, como para protegerse, pero no sirvió de nada. Ese viaje en taxi no terminaría nunca, ni volvería a respirar aire fresco. El taxímetro marcaba inexorablemente los chelines y Jonathon lo miró un tiempo con admiración, como si apreciase la desvergüenza con que les imponía un precio tan elevado.

—¿Todavía falta mucho? —preguntó Melanie con una vocecita sofocada.

—Es más lejos —respondió Finn, abstraído. ¿En qué pensaba? Su perfil era salvaje y excéntrico, la nariz aguileña, los ojos estaban ahora cubiertos por pesados párpados.

»Es más lejos —repitió.

—Está empezando a oscurecer —dijo ella, porque la luz se escurría de las calles y la cara de Jonathon ondulaba y se disolvía en una nube de sombras en el interior del taxi.

—Y oscurecerá más aún —respondió Finn, con una voz más cálida. La frase

había tenido una cualidad ritual, como si Melanie hubiese acertado con la secreta secuencia de palabras que permitía atravesar a salvo el puente filoso como una espada que llevaba a un castillo legendario. Francie volvió la cabeza y mostró en su boca firmemente cerrada la sonrisa arcaica de una primitiva estatuilla griega de terracota. Al moverse, su chaqueta exhaló un olor rancio.

—¿Y ya sabes —dijo Finn— de tu tía?

—Pues, sí. Margaret. Tu hermana.

—Pero ¿no te han hablado de...? —Se interrumpió. Los dos hermanos cambiaron una mirada equívoca, centelleante.

—Es muda —dijo Francie, que hablaba por primera vez. Tenía una voz áspera y plana. Empezó a canturrear una melodía, distraído, mientras liaba fácilmente un cigarrillo sin necesidad de mirarse las manos.

—¿Muda? —dijo, todavía incrédula, Melanie.

—No puede pronunciar una palabra —dijo Finn—. Ah, deberían haberte avisado. El día de su boda cayó sobre ella una cosa terrible, como una maldición: el silencio.

Francie dejó de liar el cigarrillo y frunció el ceño como si su hermano hubiera dicho demasiado, pero Melanie no lo advirtió. Esa tía había sido para ella sólo una sombra, un vago apéndice del tío que fabricaba juguetes. Ahora adquiriría sustancia porque tenía una característica. Era muda.

—¡Qué triste! —dijo, conmovida.

—Los tres nos queremos mucho —dijo Francie. Está bien que los hermanos y hermanas sean unidos.

El humo del cigarrillo tenía un delicioso aroma de hierba, el aroma de algo bueno.

—Cocina muy bien —comentó Finn, al parecer como si ofreciera una compensación—. ¡Y qué magníficos postres!

—¿Hace budín de pan? —preguntó Jonathon.

—Rara vez —respondió Finn, tras un instante de reflexión.

—¡Qué bien! —dijo Jonathon. De modo que había reparado, y por fin con resentimiento, en los incesantes budines de pan de la señora Rundle. El taxi trepaba por calles grises y sombrías donde se veían, aquí y allá, despojados árboles de octubre que dejaban caer hojas tristes en la niebla incipiente, blancuzca y lanuda como una oveja. El infortunado y melancólico sur de Londres.

—Ya casi estamos en casa —dijo Finn, y Melanie no pudo contener un sollozo. Finn le puso la mano en la rodilla y le dijo suavemente—: También nosotros hemos vivido aquí, algunas veces, desde que nuestros padres murieron.

—Entonces, todos somos huérfanos.

—Sí. Todos en el mismo bote.

—Bote —repitió Jonathon, ensimismado.

Llegaron a un espacio triangular abierto en una colina alta, que tenía en el centro un caprichoso lavatorio público de ornamentada herrería rococó victoriana, debajo de un fatigado sicómoro con manchas blancas, como de una enfermedad, en la corteza.

Había allí varias tiendas, todas brillantemente iluminadas. En los escaparates de una frutería, sobre la verde hierba artificial, había montañas de naranjas refulgentes, atrapadas como soles de invierno; plátanos moteados; gigantescas rosas verdes que se transformaban en coles si se miraban de cerca; moras desmesuradas que eran coles rojas para cocer con especias y vinagre. Una carnicería donde un hombre de pelo gris, delantal azul y un sombrero de paja manchado de sangre sacaba unas salchichas de una mesada de mármol entre dos medias reses de cordero que colgaban de un gancho. Una tienda de golosinas donde había galletas y dulces envueltos en papel de Navidad con ciervos y acebos y un San Nicolás de papel *crépeque* esquivaba como podía los buscapiés, las girándulas y las candelas romanas para los festejos del 5 de noviembre.

Más tiendas. Una de objetos usados, en que una mujer pálida y marchita tejía a la luz de una lámpara de petróleo entre cosas viejas y rotas, jarras, candelabros, algunos libros, una silla desvencijada, una mesa coja, una caja para el pan con el esmalte saltado y llena de platos rotos. Una mueblería con tres sillones en el escaparate, junto a un mueble de bar reluciente como un caramelo. Todas las tiendas se encontraban en la parte inferior de unas casas altas y viejas, y ostentaban enseñas escritas en anticuadas letras redondeadas excepto la mueblería, en cuyas parpadeantes letras de neón se leía «Todo para el hogar».

—Aquí está bien —dijo Finn al conductor del taxi, algo más allá del lavatorio público. Francie sacó un grueso y sucio fajo de billetes y pagó el viaje.

—Pero ¿dónde es la casa de Tío Philip? —preguntó Melanie.

—Vivimos en la parte alta de la tienda Por aquí.

Entre una joyería abandonada y cerrada con tablas y una tienda de comestibles que exhibía dorados copos de maíz había una tienda cavernosa, tan poco iluminada y escondida que al principio no se veía. En esa caverna se adivinaban el vago contorno de un caballo de madera y el rojo vivo de sus ollares, y unas marionetas de miembros rígidos y colores sombríos colgadas de hilos; pero el barniz oscuro del caballo y los morados y granates de las marionetas eran tan sombríos que casi nada se veía bien.

Sobre la entrada se leía juguetes philip flower novedades en rojo oscuro sobre fondo marrón. Debajo del cartel que anunciaba «Abierto», en bastardillas, una tarjeta de visita pegada a la puerta decía «Francis K Jowle. Violinista. Gigas y otras danzas y aires de la vieja Irlanda. Precios moderados». Luego había mi trébol y un mensaje escrito con lápiz: «Informes en el interior».

Finn empujó la puerta, que se atascó por un instante en un grueso felpudo como si no quisiera franquearles el paso. Una campanilla resonó furiosamente sobre sus cabezas y un loro rosado alzó el vuelo chillando desde una percha en el mostrador. Pero tenía una pata sujeta por una cadenilla y en seguida se calmó aleteando. Había un largo mostrador de madera rojiza pulida y, detrás, estantes con cajas de cartón y muchos paquetes de colores de formas extrañas. Pero la luz era tan escasa como la del escaparate, separado del interior por una polvorienta cortina de terciopelo marrón. No había nadie aparte del loro. Sobre el mostrador había un anotador y un rotulador

de fieltro.

«Es natural», pensó Melanie. «Tía Margaret es muda, y en ese papel puede escribir los precios para los clientes».

La palabra «muda» le sonó como una campanada en la mente.

—El loro se llama «Joey» —dijo Finn—. Él se ocupa de la tienda, por así decirlo.

—No se vende —chilló Joey. Victoria alzó la cabecita soñolienta y miró con asombro. Finn todavía la llevaba en brazos, sin dar muestras de fatiga. Era fuerte, sin duda, a pesar de su aparente fragilidad.

Se abrió una puerta; la luz que brotó del fondo fue tan repentina y viva que lastimaba los ojos. Tía Margaret. El abundante pelo ardía al trasluz como una llamarada capaz de calentar las manos. Era aún más pelirroja que Finn y Francie. Las cejas parecían dibujadas con gruesos trazos rojos pero la cara no tenía color en las mejillas ni en los labios finos. Era dolorosamente delgada. Los pómulos altos de la familia le sobresalían duros y marcados, y a través del jersey podían verse los hombros delicados como alas óseas.

Como la señora Rundle, vestía de negro: un jersey informe, una falda arrugada, medias (una con una gran carrera en el talón), zapatos muy usados que chasqueaban contra el suelo cuando se movía. Los miró con una sonrisa nerviosa y hambrienta y abrió los brazos para saludarlos, como había hecho Finn. Éste le puso en los brazos a Victoria, y ella suspiró y la estrechó en la forma convulsiva y poco práctica de la mujer que no ha tenido hijos pero los ha deseado. Melanie se preguntó qué edad tenía; no había forma de saberlo: podía tener cualquier edad entre los veinticinco y los cuarenta años.

—Id a la trastienda con vuestra tía —dijo Finn a Jonathon y Melanie—. Francie y yo subiremos las maletas a las habitaciones.

Atrás, en un pequeño salón, ardía vivamente con llamas amarillas un fuego de carbón confinado en una pequeña estufa negra. Sobre una bandeja de latón humeaba una tetera eléctrica rodeada de tazas. En un ángulo había una gran jaula dorada con varias aves de lustroso plumaje negro, picos amarillos y ojos vivaces. Parecían increíblemente reales y por un momento Melanie creyó que lo eran. Había un solo sofá de cuero, muy viejo, cómodo, hundido, con una funda tejida al ganchillo en el respaldo y varias sillas con asientos de caña. En una gran pizarra clavada a la pared, con una caja para las tizas, estaba escrito con tiza blanca: «Bienvenidos, Melanie, Jonathon y Victoria», y una orla azul rodeaba la inscripción. Melanie sintió un nudo en la garganta: era un recibimiento cariñoso y conmovedor.

Tía Margaret tomó una tiza y escribió: «Quitaos los abrigos y poneos cómodos. Como me estoy ocupando de la tienda debo quedarme abajo un rato». Melanie advirtió que el dedo índice de la mujer estaba cubierto de polvo de tiza. Sería una mujer habladora si pudiera. Luego instaló a Victoria en una silla alta y empezó a servir el té. En una bolsa de papel había grandes buñuelos de crema, dos para cada niño.

—Nuestra última comida fue el desayuno —dijo Jonathon—. Salchichas y tocino. Por supuesto, era en casa.

—Era en casa —dijo Victoria. Tenía crema y mermelada en la mejilla—. Ya no hay más casa. —La boca se le abrió en una O de desconsuelo sobre la ondulante imagen del buñuelo a medio masticar. Tía Margaret volvió a empuñar la tiza, limpió la pizarra con la mano y escribió rápidamente: «Ahora ésta es tu casa».

—No sabe leer —dijo Melanie. Victoria lloraba. Tía Margaret miró a su alrededor buscando con qué entretenerla y se lanzó hacia el rincón en que estaba la jaula. Movié una palanca en la base. Todos los pájaros empezaron a saltar y cantar abriendo y cerrando el pico. Instantáneamente fascinada, Victoria resplandeció y la miserable O se cerró en una sonrisa como una tajada de melón. Aplaudió. Los pájaros bailaron y cantaron durante un par de minutos: después el mecanismo empezó a detenerse y las aves se movieron más lenta y pesadamente hasta que el canto se convirtió en un suspiro. Estaban exhaustos. Tía Margaret tiró nuevamente de la palanca y las aves volvieron a trinar y aletear con vivacidad.

—¡Qué maravilla! —dijo Melanie.

La mujer volvió a la pizarra y respondió: «Lo ha hecho tu tío».

—Tiene que ser muy inteligente.

«Es un pedido. Ya está pagado. Realmente, no debería haberlo puesto en marcha». La preocupación le arrugó la frente.

Tía Margaret era ella misma como un pájaro, con sus movimientos a un lado y a otro y cierta forma de asentir que recordaba a una golondrina cuando recoge migas con el pico. Un ave negra con la cresta roja que no puede cantar ninguna canción. El loro de la tienda, al oír esos tiernos trinos mecánicos, prorrumpió en un ruidoso parloteo de sílabas vehementes y sin sentido como si los juguetes se burlaran de él y él respondiera con incoherencias, furioso. La casa estaba llena de pájaros.

Los hermanos acudieron a tomar el té, sonriéndole a su hermana. No necesitaban palabras para comunicarse con ella. Margaret acarició ligeramente el pelo desordenado de Finn y apoyó la mejilla en la solapa de Francie. Se amaban y no les importaba quién pudiera saberlo. El amor era casi palpable en la pequeña habitación, cálido como el fuego, fuerte y tranquilizar dor como el té. Y Melanie, mientras los contemplaba, se sintió amargamente desamparada y sola. Pero Finn se sentó a su lado y le dio otro buñuelo de crema, que ella aceptó de buena gana como una señal de amistad, aunque no le apetecía.

—Pero no debes comer demasiado antes de la cena —dijo— porque es pastel de conejo. Y si una mujer sabe hacer pastel de conejo, ésa es Maggie. ¿No es verdad, Francie?

Francie desplegó su sonrisa arcaica y Tía Margaret se echó a reír en silencio.

—Tendremos pastel de conejo y le daremos los huesos al perro —dijo Finn.

—Oh, ¿hay un perrito? —gritó Victoria, saltando en su silla.

—Siempre quiso tener un perro pero Mamá... mi madre nunca lo aceptó. Decía

que todos los niños quieren perros y después no los cuidan. O gatos.

—Bueno, ahora Victoria tiene por lo menos una participación en un perro —dijo Finn.

Todos se sirvieron más té. Jonathon no parecía interesado por la habitación ni por la compañía. Tenía la mirada fija en las grandes olas que rompían contra un arrecife de coral en alguna parte del vasto océano Pacífico. Una botella rodaba en una charca entre las rocas. La rompió. Contenía un mensaje. Lo leyó con sorpresa. Planteaba un interrogante. Desde muy lejos, preguntó:

—¿Cuándo veremos a nuestro tío?

—Mañana —respondió Finn—. Lo llamaron de improviso y por eso fuimos a recibirlos Francie y yo, y no él.

¿Por qué era Finn el único que hablaba? Bueno, Tía Margaret no podía y Francie no quería. Fue Finn también quien mostró sus habitaciones a Melanie y Jonathon. A Jonathon le correspondió un aireado ático, recién pintado a la cal, con una cainita de hierro y un cobertor de cuadrados tejidos y luego cosidos, como la manta de un refugiado. La ventana era una buhardilla que daba a un gran valle lleno de luces, encantadoras flores nocturnas de la ciudad.

—De día se puede ver la catedral de St. Paul —dijo Finn.

—Es casi como la cofa de un barco —dijo Jonathon—. Sólo que tiene una cama.

Excitado, se quitó las gafas y las limpió con su pañuelo, que ya no estaba limpio. ¿Tendremos aquí pañuelos limpios cada día, como si fuera lo más natural del mundo?, se preguntó, aprensivamente, Melanie. Jonathon guiñaba los ojos desacostumbrados al aire. En seguida se puso a desempacar sus cosas. Le encantaba su habitación. Lo dejaron. Ahora Melanie estaba sola con Finn.

Victoria y ella dormirían en el piso inferior al de Jonathon en una habitación larga y baja con un empapelado de grandes rosas rojas. Había una brillante cama de bronce para Melanie, con una panzuda bacinilla debajo. El interior de la bacinilla estaba cubierto de polvo, de modo que no se había usado durante largo tiempo y posiblemente sólo estaba allí como un objeto más. Melanie juró que jamás la utilizaría. Había un armario que olía a naftalina para ropa. Y una cómoda pintada de celeste y decorada con flores recortadas de paquetes de semillas. Una reproducción de *La luz del mundo* en un marco de bambú sobre la repisa del hogar. No había ningún espejo. La bombilla eléctrica estaba dentro de una pantalla japonesa esférica, azul, con un pez espada verde enroscado alrededor, que daba una luz a la vez fría y estridente. En un tiesto, en la ventana, un geranio todavía conservaba sus flores rosadas. Las cortinas eran de tela de algodón a rayas blancas y azules. Melanie miró por la ventana y vio, muy abajo, un diminuto jardín cerrado, una jungla urbana de arbustos enredados en la oscuridad.

—Un minuto —dijo, y abrió su maleta para buscar a Oso Eduardo. Se sintió mejor cuando lo vio sobre su almohada. Había vivido diez años en compañía de Oso Eduardo. Finn encendió un cigarrillo y se apoyó contra la cómoda, que se tambaleó.

Melanie deseó que se fuera.

—Es un oso bonito —dijo él para alimentar la conversación, con una voz que apenas sobrepasaba el suave murmullo del lejano tránsito londinense.

—Es algo de los viejos tiempos —dijo ella mientras hundía las manos en la blanda piel de Oso Eduardo.

—Pero ¿no eres demasiado grande para jugar con ositos, Melanie?

—Tengo quince años. Es decir, cumpliré dieciséis en enero.

—En enero. Bueno, eres una chica muy crecida para tener quince. —Sonreía nuevamente, con más serenidad. Los ojos bizcos se le movían como mercurio en una superficie pulida. Tenía la punta de la lengua entre los dientes. Dejó caer la ceniza del cigarrillo en el suelo. El giro de la muñeca fue como un acorde musical, perfecto, bien resuelto. De pronto a Melanie le costó respirar.

Era como si Finn se hubiese puesto la masculinidad a la manera de una capa flameante. Un león listo para atacar... ¿era ella la presa? Recordó al amante construido con libros y poemas con el que había soñado todo el verano, y que se arrugó como el papel de que estaba hecho ante esa virilidad insolente, casual, terrible, que llenaba la habitación con un olor animal.

—Tienes un pelo hermoso —dijo él—. Negro como la cerveza Guinness. Negro como una axila etíope.

Ella pensó que Finn estiraba una garra señorial y jugaba ociosamente con ella, a pesar de la absurda chaqueta de bombero.

—¿Por qué te torturas con esas trenzas, Melanie? ¿Por qué?

—Porque sí.

—Sabes bien que ésa no es una respuesta. Lo estás echando a perder. Ven aquí. Melanie no se movió. Él apagó el cigarrillo en el antepecho de la ventana y rió.

—Ven aquí —repitió, suavemente.

De modo que ella fue.

Finn le puso las manos en los hombros y le examinó atentamente la cara: asintió como si la aprobase y empezó a desatar las trenzas. Ella, ardiendo, contuvo la respiración. Nunca había estado tan cerca de un chico. El olor a pintura luchaba contra el cuerpo de Finn y lo venció: era casi abrumador. Él le soltó el pelo, sacó un peine del bolsillo (era negro, le faltaban dientes, tenía cabellos rojos enredados) y la peinó. Melanie advirtió que había dejado de jugar con ella. La atmósfera cambió, se volvió menos cargada, más ordinaria. Finn simplemente la peinaba y le armaba el pelo como un peluquero de verdad. Por razones secretas que reconocía pero no comprendía, se sentía amargamente ofendida.

—Ahora sí estás guapa —dijo Finn, mientras le pasaba una mano por la cabeza para darle el toque final—. Bajaremos a comer y serás la belleza de la reunión.

Comieron en una mesa redonda de caoba con un rígido mantel blanco en un comedor lleno de muebles pesados. Apenas quedaba sitio para moverse entre las grandes sillas y los aparadores. La humedad manchaba las paredes, cuyo empapelado

había sido, tiempo atrás, de color castaño y con un dibujo de hojas. Sobre una mesa lateral y en una fuente de madera había una bola de cristal verde, del tamaño de una pelota de fútbol, en medio de una silenciosa congregación de botellas de *ketchup*, aderezo para ensalada, H. P. Sauce, Daddies Favourite Sauce y Okay Fruit Sauce, todas con regueros secos a los lados. Tía Margaret trajo de la cocina un pastel dorado, rectangular, humeante y apetitoso. Francie entonó una extraña plegaria.

—La carne a la carne. Amén.

Luego comieron; el perro estaba debajo de la mesa. Apoyó el morro húmedo en las rodillas de todos pidiendo trocitos de comida. Era un *bull-terrier* de ojos rosados.

—¿Tiene nombre el perro? —preguntó Melanie.

—A veces —dijo Finn—. Es muy viejo.

Ver comer a Finn era como contemplar un ballet, pero Francie rebañaba la salsa con pan y se llevaba huesitos a la boca con los dedos. Y además comía ruidosamente, como si ofreciera un acompañamiento orquestal a su hermano. La comida era abundante y deliciosa. Había pan blanco y moreno, rizos de excelente mantequilla, dos clases de mermelada (de fresa y de albaricoque) y en el aparador una tarta de moras aguardaba a que terminaran el pastel».

Tía Margaret sirvió té recién preparado en una enorme tetera de cerámica, tan pesada que tenía que usar las dos manos para levantarla. Bebían el té muy oscuro y con mucha azúcar. Tía Margaret presidía la mesa con plácida satisfacción y los instaba a comer con elocuentes movimientos de los ojos y las manos. Los niños comieron; parecían tranquilos. Tía Margaret era sin duda una mujer bondadosa si cocinaba tan bien.

Cuando por último el pastel cedió su lugar a la tarta de moras y todos tomaban una segunda taza de té, el perro, comprendiendo que no habría más migajas, salió de debajo de la mesa, se rascó en tres patas la oreja izquierda, se sacudió y rasguñó la puerta mascullando. Finn le abrió y el perro se marchó moviendo la cola.

—Sale a dar un paseo por la tarde. Alrededor de la manzana. Una rápida meadita. Olisquee un poco para ver qué hay de nuevo. Ya casa. A la cama.

—¿Cómo entra? —preguntó Melanie. Parecía un perro muy independiente.

—La puerta trasera no se cierra nunca y hay un callejón al final del jardín.

—¿Y no pueden venir extraños, ladrones por ejemplo, si dejáis la puerta siempre abierta?

—Les reservamos un buen recibimiento —dijo Francie en una voz que crujía por la falta de uso.

También había una pizarra en el comedor. Tía Margaret escribió: «La niña debería acostarse». Y Jonathon quería ir a su habitación a trabajar en el modelo. Hubo un ruido general de sillas. Melanie se ofreció a ayudar, pero Tía Margaret se opuso. Nada de trabajar la primera noche. De modo que Melanie se dispuso a desempacar unas pocas cosas y a meterse temprano en la cama. Temblaba de cansancio y tenía un poco de miedo de tantas personas nuevas, en especial de los varones.

Tía Margaret fue al dormitorio de las niñas y desvistió a Victoria con movimientos torpes, aunque ella era perfectamente capaz de desvestirse sola. La muda atendía a Victoria con una expresión cruda y maternal que Melanie encontró turbadora y a la vez conmovedora. Vio que Tía Margaret llevaba consigo a todas partes un anotador y un rotulador. Pellizcó en el muslo a Victoria (que se retorció y gritaba de placer) y escribió «¡Qué niña encantadora!».

—Sí —respondió Melanie—. Todo el mundo lo dice.

«Tiene cinco años, ¿verdad?» —escribió Tía Margaret.

—Cinco años y cuatro meses.

Tía Margaret arrojó a Victoria y permaneció a su lado largo rato, como si hubiera querido cantarle una canción de cuna. Tema el pelo rojo recogido sobre la cabeza con un moño atado de prisa y dejaba caer alfileres como la Reina Blanca. Uno o dos fueron a parar a la cama. Victoria suspiró y cerró los ojos. Los alfileres caían como una lluvia metálica.

«Es maravilloso ver dormir a una niña».

—Sí —dijo Melanie—. Me figuro que sí. —No quería mantener una larga conversación con esa gárrula muda; lo que deseaba era meterse en cama abrazada a Oso Eduardo. Las letras negras y redondeadas de Tía Margaret saltaban y rebotaban en el papel.

Tía Margaret se inclinó y besó la frente ya dormida de Victoria. Luego, con un rígido abrazo de muñeca holandesa, dio un beso de buenas noches a Melanie en la mejilla. Los brazos de Tía Margaret eran dos palillos articulados, la boca fresca, seca y apretada; el beso inhibido pero también desesperado, como una súplica de afecto. Después salió de prisa, mientras Melanie se tocaba, asombrada, la mejilla.

Cuando estuvo en la cama con Oso Eduardo, la luz apagada, la noche encerrada detrás de las cortinas, lloró un poco porque nadie la había arrojado antes de dormir en la cama con cabecera de satén y colcha a rayas. Pero sus nuevas sábanas olían a lavanda y había una botella de agua caliente, de gres, envuelta en un trozo de manta vieja para no quemarle los pies, y la respiración de Victoria era tan adormecedora como el zumbido de las abejas. Melanie se durmió mientras las lágrimas se le secaban en las mejillas.

Pero la textura de su sueño era ligera e inestable y cuando mucho más tarde abrió los ojos no le pareció que hubiese dormido. Sin embargo, la oscuridad de la habitación era más profunda y la botella de agua caliente se había enfriado. Bostezó y se acomodó de costado; la cama de bronce crujió y, aunque ella no estaba del todo despierta, creyó oír una música. Una radio lejana, aunque sin duda era demasiado tarde para la radio. O quizá el viento cantaba en los cables del telégrafo. Pero ése era un ruido del campo y ahora estaba en Londres, en casa de su tío. Alzó la cabeza para oír mejor.

El leve sonido de un violín flotaba en el aire, y también el de otro instrumento, una gaita o una flauta. Tocaban tan juntos como un solo instrumento que fuera violín

y flauta a la vez. Saltaban como cabras por encima y por debajo de la escala y bailaban a su propio ritmo insistente. Música de danza para algún bailarín complejo, reservado, introspectivo. Música en la casa. Francis K. Jowle, violinista. Pero ¿quién tocaba la flauta? ¿Era Finn?

La melodía terminó. No llegó a una conclusión sino que fluyó hacia el silencio como si los músicos, aburridos, descuidados, hubiesen dejado que se apagase poco a poco. Hubo una pausa. Luego Francie volvió a tocar, solo, lenta y tiernamente.

Melanie se sentó en la cama. Sintió que el arco del violín le estremecía las fibras del corazón. Las almohadas cayeron al suelo, sin que se diera cuenta, y también Oso Eduardo. Juntó apretadamente las manos para soportar mejor la dolorosa gloria de esa música que era un lamento por todas las cosas amadas idas y perdidas, la manifestación de un pesar tan profundo que parecía inexpresable. Sintió como un ardor esa melancolía.

La música la arrancó de la cama. Quería saber de dónde venía. Se levantó, metió los pies en los zapatos, buscó a tientas la puerta, la abrió y siguió el rastro por las escaleras. Dos pisos más abajo, el rellano separaba el comedor de la cocina. Todas las luces estaban encendidas. La música venía de la puerta cerrada; se arrodilló y miró por el ojo de la cerradura.

Lo primero que vio fue el perro blanco, de vuelta de su paseo, sentado en unos trapos frente a una estufa eléctrica de dos tubos, moviendo la cola ociosa pero rítmicamente, zamp, zamp, al compás del lento aire del violín. Era un perro sensible y musical. Esa imagen la ayudó a descender del alto pináculo de la tragedia e hizo que todo le pareciera mucho más familiar, como si compartiera la música con un perro sabio y amistoso.

Melanie se movió un poco y Tía Margaret apareció en el ojo de la cerradura. Estaba sentada o encaramada en una silla, sonriendo como un ángel recién caído del cielo. Tenía el pelo suelta sobre los hombros, un matorral en llamas. Melanie supuso que Finn le habría quitado los alfileres. La cara era como la leche, de un blanco azulado bajo el pelo de fuego. Tenía en el regazo una flauta de ébano con llaves de plata y la acariciaba distraídamente mientras escuchaba a Francie.

Melanie volvió a moverse y vio a Francie, la estatua de un violinista que sólo tenía vivas las manos. En el violín, sostenido bajo el mentón, se veía un fino polvillo blanco de resina debajo de las cuerdas. Los dedos de Francie volaban sobre las cuerdas como mariposas entre las flores en un caluroso día de verano. Tenía en la cara una expresión severa, grave, digna.

La melodía lenta terminó y Melanie suspiró. Tía Margaret puso su mano en la de Francie: él bajó impasible el violín. Se miraron e intercambiaron algo, en silencio. Luego Tía Margaret se llevó la flauta a los labios, ansiosamente, como si estuviera sedienta. Otro aire de danza. La cola del perro se movía más rápido golpeando el almohadón de trapos y parecía levantar nubéculas de polvo. Francie sonrió y la acompañó tras los primeros compases. El arco ondulaba y centelleaba. Esta vez

Melanie oyó un extraño repiqueteo y movió otra vez la cabeza para ver qué era.

Finn tocaba unas cucharillas. Melanie jamás había visto a nadie tocar cucharillas. Dos cucharillas de postre, suspendidas entre sus dedos, dorso contra dorso, producían un intrincado *staccato* que él no lograba dominar más allá de unos minutos; luego se le enredaban los dedos, el sonido se detenía y él sacudía la cabeza con furia y volvía a empezar. No tocaba bien, hasta Melanie podía darse cuenta. Se había quitado la chaqueta de bombero y sólo llevaba una camiseta de manga corta y cuello alto, de lana desteñida y con manchas debajo de los brazos. Disgustado por su propia incompetencia, dejó caer las cucharillas en la mesa y se puso de pie. Los músicos estaban a la expectativa. Finn se movió hacia el centro de la habitación. Melanie giró sobre sus rodillas para mirarlo. Finn empezó a bailar.

Era una danza estilizada pero sin exageración. La expresión de Finn no cambiaba. Tenía el cuerpo curiosamente flojo y los brazos le colgaban a los lados; toda su mente parecía concentrada en los pies, diestros, fugaces, que ejecutaban una secuencia variada y compleja. A cada nota musical correspondía un movimiento de pies, vivaz y elocuente. Los otros lo miraban mientras tocaban: Francie emitía unos suaves gruñidos de aliento. Tía Margaret aprobaba moviendo la cabeza rojiza, mirando con ojos como estrellas.

Y así era como la gente pelirroja pasaba el tiempo y se divertía cuando creían que nadie los observaba.

Ahora bien, ¿quién había plantado en mitad del follaje verde y lujurioso ese poblado seto de rosas rojas con esas espinas, oh, tan crueles?

Melanie abrió los ojos y vio espinas entre las rosas, como si despertara de un sueño de cien años, *belle au bois dormante* aprisionada en un jardín que no cesaba de crecer desde hacía un siglo. Pero sólo eran las rosas estampadas del papel de la pared, aunque antes no había reparado en las espinas. Y el familiar Oso Eduardo estaba sobre la almohada y Victoria dormía boca abajo en su cama a un par de metros, detrás de los barrotes pintados de blanco. Una luz gris, incierta, se filtraba por las cortinas. Melanie tenía helada la punta de la nariz.

En busca de calor, apoyó la cara en la panza de Oso Eduardo. La piel olía a pimienta. Recordó el día anterior como una pintura prerrafaelita, «El último desayuno en el viejo hogar», los tres huérfanos y la criada compungida alrededor de la vieja mesa, con los viejos cuchillos y tenedores que nunca volverían a usar. ¿Qué sería de esos cubiertos, quién querría comprarlos? Restos de acero inoxidable a la deriva batiéndose a duelo en las desoladas playas de las vidas ajenas. Probablemente los tirarían. Cubría la mesa un mantel a cuadros y las baldosas se movían bajo los pies (Mamá había comprado las baldosas en España) y había un gran hogar de ladrillo con herrajes para caballos y ollas de cobre y en el medio, donde debería arder un gran fuego, la caldera de la calefacción central. Pero no importaba. Era una encantadora cocina a la antigua. Una vez habían fotografiado allí a su madre, preparando una tarta, con un delantal lleno de volantes. Las fotos se publicaron en una serie de artículos sobre quiénes eran y cómo vivían las esposas de los hombres célebres. Ese último desayuno debería haber sido una especie de sacramento. Pero Victoria, demasiado joven para compartir esas emociones, se había engrasado como una esquimal con las salchichas. Y bien, adiós a todo eso.

Habían venido a Londres y comido pastel de conejo y la jornada había terminado indebidamente con música y baile. Finn bailaba con su ropa manchada y Francie tocaba el violín como el mismísimo diablo y la tía muda tocaba la flauta envuelta en su capa de pelo llameante. ¿O lo había soñado? Y en ese caso, ¿por qué? Y si no había soñado, ¿cómo había vuelto a su cama? ¿La habría traído Finn? Se imaginó apretada contra el pecho flaco de Finn, vestida con un triste pijama de franela, informe como un cojín con una peluca oscura. Finn parecía un sátiro. Tal vez tenía las piernas peludas bajo los gastados pantalones, ásperas patas de cabra con bonitas pezuñas hendidas. Sólo que era demasiado sucio; probablemente los sátiros se bañaban a menudo en los torrentes de las montañas.

«Finn no parece digno de confianza», pensó. Tenía una mirada oblicua, fugitiva, resbaladiza; la leve bizquera hacía difícil saber adonde volvía los ojos. Y esa manera fea y ruidosa de respirar por la boca. Le haría pensar en un vendedor ambulante de flores de papel y otras baratijas, capaz de seducir a la criada o robar gallinas o ropa

tendida o las tres cosas a la vez. La turbaba, pero no de un modo agradable. Con todo, era joven y ella había tenido miedo de que en la casa sólo hubiese gente de edad.

La luz parecía trémula, temprana. Hubiese querido volver a dormir, pero no lo consiguió y tuvo que levantarse. El frío le atravesó el pijama. Estaba acostumbrada a la calefacción central. Si había algún dinero, tendría que comprar pijamas más abrigados para el invierno que ya comenzaba. Pero, pensó con inquietud, ¿tendría dinero, unas monedas para sus pequeñas necesidades personales, champú, medias, quizá alguna crema facial, esas cosas? No había forma de saberlo. Se echó el impermeable sobre el pijama. La vieja bata de algodón le había quedado pequeña e inútil justamente antes de que sus padres se marchasen. Con las prisas del viaje, no había habido tiempo para comprar una nueva. «Te traeremos una bonita de América», le había prometido su madre.

Tenía que encontrar el camino al cuarto de baño y se sintió complacida consigo misma porque recordó en seguida que estaba al final del pasillo; Eso le hizo pensar que ya no era del todo una extraña. La noche anterior se había sentido demasiado cansada para lavarse. Ahora, consciente de la suciedad del viaje en toda su piel, pensó que podría darse un baño. Sería bueno sumergirse en el agua caliente.

Pero en la pila el agua estaba fría. La dejó correr largo rato sobre una mano, pero no salió más caliente. Sin poder creerlo, tuvo que reconocer que no había agua caliente para bañarse ni para lavarse la cara. Nunca había pensado que todavía había casas sin sistema de agua caliente o que alguien de su familia pudiera vivir en una de ellas. Y tampoco había un buen jabón. Achatado como un sapo en una jabonera azul y blanca, adornada con una guarda griega, había un usado trozo de jabón de lavar, rugoso, amarillento y con huellas de descuidados pulgares sucios, que le hizo arder la cara. Podía sentir cómo se le corroía la piel. Agua fría y jabón de lavar: así sería en adelante. Había una rajadura en la antigua y profunda pila, y en ella un largo cabello rojo que luego flotó en el agua. La toalla estaba en un soporte y ambas cosas cayeron cuando trató de secarse las manos. La toalla no estaba del todo limpia y parecía a la vez áspera y viscosa.

Había cuatro raídos cepillos de dientes, rosa, verde, azul y amarillo en un soporte de plástico cubierto de dentífrico. Sobre una manchada repisa de cristal, en un vaso empañado, sonreía una dentadura postiza completa, sin cara, como el invisible gato de Cheshire. Las encías de plástico tenían los rojos del poniente. Melanie supuso que pertenecía a Tío Philip. Por tanto, él había regresado.

La cisterna del báter y sus cañerías estaban a la vista. Cuando tiró de la cadena (la perilla de cerámica ordenaba sin ambages «Tire») hubo un ronco estruendo metálico capaz de despertar a toda la casa, pero ni siquiera un diminuto chorro de agua. Lo intentó nuevamente. Esta vez unas gotas renuentes salpicaron apenas la taza. Melanie observó que no había papel higiénico, pero una cuerda anudada sostenía varias hojas del *Daily Mirror* cortadas aproximadamente en cuadraditos. Detrás de una cañería había un ejemplar del *Irish Independent*. Alguien debía de haberlo leído durante un

acceso de estreñimiento.

El cuarto de baño estaba pintado de verde oscuro en la mitad baja de la pared y, más arriba, de color crema. Era una habitación alta y angosta de inadecuadas y majestuosas proporciones con una alta ventana de cristal opaco semicubierta por una desgarrada cortina de plástico con pescaditos de Disney. No había ningún espejo, ni siquiera de los que se usan para afeitarse. Sobre la bañera, que se apoyaba en cuatro garras de bronce y contenía un poco de agua sucia en la que flotaba un submarino de plástico de los que traen los paquetes de cereales, había un gran calentador de gas al que los años habían dado una pátina verde.

Melanie se lavó lo más rápido que pudo. Ese cuarto de baño la deprimía. «El último baño en el viejo hogar» no era un cuadro costumbrista sino la fotografía de un folleto de publicidad de cuartos de baño. Porcelana rosa resplandeciente, gruesas toallas y papel higiénico del mismo color. El agua caliente brotaba a raudales de los grifos de boca de delfín, y los frascos de esencias, agua de colonia y loción para después de afeitarse brillaban como joyas. La cisterna se descargaba discretamente sin el menor ruido. A Mamá le encantaban los cuartos de baño bonitos. Pensaba que eran muy importantes.

«No llores», se dijo severamente Melanie, «por el estado de este cuarto de baño».

Pero era duro. Se obligó a no pensar en el de su antigua casa ni, por extensión, en su madre. Y comprendió que muchas cosas que había dado por sentadas, muchas cosas que creía sencillas y domésticas, eran en realidad verdaderos lujos. No era extraño que no hubiese una herencia para los niños ni que debieran utilizar papel de periódico y lavar sus delicados dedos con agua helada ahora que había muerto la gallina de los huevos de oro.

El dormitorio parecía conocido y seguro. Se puso unos pantalones negros y un jersey color chocolate porque estaban encima de todo en la primera maleta que abrió y porque los había usado en su casa un día frío de otoño en que se veía niebla en las colinas y humo de las chimeneas sobre las casas... Miró por la ventana. La mañana era húmeda, aunque no lluviosa, y un día gris empezaba a amanecer.

En los descuidados arbustos del jardín colgaban unas pocas hojas arrugadas y sin vida. Entre la hierba rala se veía la tierra parda. Por los muros trepaban enredaderas caducas; los tallos desnudos se retorcían en una red complicada y espinosa. Al final del jardín había un callejón donde estaban los cubos de basura y, más allá, los fondos toscos y descuidados de una hilera de casas humildes con ventanas cerradas y ropa lavada (pantalones, chaquetas, sábanas, camisas); inerte en el aire inmóvil, tendida en altas cuerdas entre poleas. En las paredes, las tinas de latón parecían gigantes caracoles detenidos como para descansar en una larga ascensión. Éste era el nuevo territorio en que debía habitar.

Victoria se volvió y balbuceó entre sueños. La niña dormía, suave y dulce como un melocotón, con una cinta azul en el pelo oscuro y rizado. ¿Qué sería de Victoria en esta casa? ¿Se convertiría en una niña de la calle, con zapatillas en los pies desnudos,

una camiseta mugrienta y un acento londinense que causaría dolor a un oído bien educado? ¿Y qué sería de Jonathon, en su camarote bajo el alero? ¿Y de ella misma, de Melanie?

La casa estaba en completo silencio. Melanie decidió aventurarse y examinar la cocina. Quería aprender la nueva geografía doméstica tan pronto como pudiera, descubrir qué había detrás de todas las puertas, cómo encenderla cocina y dónde dormía el perro. Quería sentirse en casa. Tenía que conseguirlo como fuera. No podía soportar sentirse como una extraña y tan insegura, como si le resultara difícil reconocerse a sí misma en ese nuevo ambiente. Se deslizó por los escalones recubiertos de linóleo.

La cocina estaba muy oscura, con las celosías cerradas. Había olor a encerrado y a humo de cigarrillo y algunas tazas sin lavar ordenadamente puestas en la pila, pero todo lo demás había sido limpiado a fondo. Era una habitación muy grande. Había un aparador embutido, pintado de marrón oscuro, con platos, tazas, un tarro de harina, una panera. Se podía entrar en la alacena. Melanie lo hizo, cerró la puerta a sus espaldas y sintió un olor fresco a queso y a moho. ¿Qué comían? Latas de cosas diversas; al parecer, tenían predilección por los melocotones en almíbar, que ocupaban todo un estante. Latas de frijoles y sardinas. Tía Margaret debía de comprar latas al por mayor. En varias había pasteles; Melanie abrió una y encontró el pastel de pasas de la víspera. Cogió una rebanada ya cortada y se la comió. Robar algo de la alacena hizo que ya se sintiera un poco en casa. Volvió a la cocina esparciendo migas.

Había una larga mesa de pino con un mantel (de crisantemos rosados estampados, el tipo de mantel que se ve por las ventanas de las casas ajenas cuando se sale a pasear a la hora del té) plegado para cubrir las tazas del desayuno ya dispuestas, quizá para evitar que los ratones las ensuciaran.

Era una habitación marrón, como la tienda y los pasillos: todo estaba pintado de un denso marrón oscuro. El papel mural de la cocina era viejo y brillante y estaba manchado de grasa. En otra pizarra, en la pared, se leía: «Llegó a la hora prevista. Duerme profundamente». Tío Philip debía de haber llegado tan tarde por la noche o tan temprano por la mañana que sólo Tía Margaret estaría despierta. Melanie trató de reconstruir el regreso. Tía Margaret preparaba el té, él preguntaba por los recién llegados y ella respondía a su manera. Tío Philip llevaba puesto el traje de tahúr del Mississippi. Pero Melanie no podía imaginar qué cara tendría.

La habitación estaba llena de las vidas desconocidas de otras personas. La marca de una quemadura en el mantel tenía su propia historia secreta: en la repisa del hogar (moderna, fea, de losetas color crudo), había misteriosas cartas sin abrir detrás de un perrito alsaciano de escayola. Era evidente que el hogar de la chimenea no se usaba jamás: había un abanico de papel de periódico donde deberían estar el carbón y la leña. Sobre la repisa había una pintura extraordinaria. Melanie abrió más las cortinas para verla a la luz.

Era el retrato de un *bull-terrier* blanco, ejecutado con increíble precisión. Sobre la

piel rosada se destacaba cada pelo blanco como si estuvieran pintados uno por uno, y se podía ver la textura rugosa del morro. Llevaba en la boca una cesta de florista llena de margaritas y clavellinas. Gotas de rocío temblaban en los pétalos. Los ojos del animal tenían un brillo extraño, pues estaban hechos de trocitos de vidrio pintado pegados a la tela. Detrás se veía una costa rocosa y un mar con muchas olas paralelas cubiertas de espuma bajo un cielo tormentoso, amenazante, del color de una magulladura, y un poniente a franjas anaranjadas. El perro dominaba toda la habitación. Tenía cierto aire oficial, como si fuera un perro de guardia o un centinela que rondara junto al verdadero perro de la casa, con un permanente *qui vive* detrás de sus ojos de vidrio; la cesta de flores parecía un intento de desarme, un accesorio prestado para que tuviera un aspecto inofensivo. No había señales del perro verdadero aparte de una fuente de horno llena de agua fresca en el suelo bajo la pila. Evidentemente no estaba de servicio.

Junto al cuadro había un reloj de cuco de madera labrada; una vid con uvas moradas rodeaba la puerta verde. Mientras Melanie inspeccionaba el cuadro del perro, esa puerta se abrió de par en par con un chirrido que la sobresaltó. El ave emergió, se inclinó y cantó siete veces. Era un verdadero cuclillo embalsamado con un sistema de sonido escondido bajo las plumas del pecho. Ese reloj de cuco revelaba una inventiva grotesca, una excentricidad deliberada que Melanie jamás había visto antes. El pájaro volvió a entrar en su casa y la puerta se cerró bruscamente. Tuvo la esperanza de que el reloj se hiciera añicos para no volver a ver ese cuclillo: no le había gustado. Se sentía marchita y disminuida. Nada era ordinario ni previsible, excepto sus pantalones negros y las trenzas negras a los lados de su cabeza.

Tal vez podría preparar un poco de té. La cocina de gas era corriente, aunque muy vieja, y tenía cuatro patas rectas. Llenó la gran tetera negra y la puso al fuego. Una taza de té sería excelente. ¿Debería llevar el desayuno a la cama de sus tíos para empezar bien su relación? No sabía cuál de las numerosas puertas del salón era la de su dormitorio. ¿Les llevaría té a Francie y a Finn, dormido con su pelo rojo sobre la almohada blanca? ¿Les llevaría pan y mermelada? Sintió un curioso temblor en el estómago cuando pensó en Finn, una sensación mitad de placer, mitad de miedo. Pero tampoco sabía dónde dormía.

En un estante, al lado de la cocina, había una bandeja para el té decorada con figuras chinescas en kimono, en un jardín. Puso, calculando al azar, una, dos y tres cucharillas de té y una más a medias, y luego el agua. Oyó pasos en la escalera. Se quedó inmóvil, con la tapa de la tetera en las manos y aspirando el vapor fragante. Los pasos bajaron, pasaron por delante de la cocina, fueron a la tienda y ella pensó que se desvanecerían del todo, pero pronto regresaron, acompañados por un sonido acompasado y el rumor de unas garras sobre el linóleo. Finn, con cinco botellas de leche y seguido por el perro, entró en la cocina. Melanie se relajó y cubrió finalmente la tetera.

—Hola —dijo.

—Te has levantado temprano —dijo él, sin sorpresa. Aún tenía legañas en los ojos pegados y el pelo sin peinar, enredado y apelmazado. Bostezó con la boca tan abierta que Melanie advirtió una muela cariada.

—¿Quieres té? Espero que esté bien. Haber preparado té, quiero decir.

—Oh, sí, a esta hora. Me gustaría un poco de té con tres terrones de azúcar.

Ella se preguntó qué podía significar «a esta hora». ¿No se le permitiría preparar té a otras horas? Vio que sólo estaba parcialmente vestido. Llevaba sus pantalones de pana pero tenía los pies descalzos y la chaqueta desabrochada del pijama dejaba vislumbrar fugazmente el pecho blanco como la nieve. Encendió la estufa eléctrica y se arrodilló ante ella, tendiendo las palmas a las barras que enrojecían. Melanie apartó la mirada de la desnudez de Finn y le sirvió el té, que él bebió agradecido. El perro lamió un poco de agua y se dejó caer pesadamente al lado de Finn; miraba pensativa y tal vez críticamente su propia imagen en el cuadro. O quizá conversaba en silencio con ella. Finn buscó cigarrillos en el bolsillo del pijama. Melanie se quemó los labios con el té hirviente. Las tazas tenían un simple dibujo de saucos, pero eso resultaba familiar.

—¿Una gota más? —preguntó él alcanzándole la taza. ¿Cómo podía beberlo tan rápidamente?—. Nada como el té para despertarse.

A su lado, Melanie era demasiado consciente de sus propias manos torpes y de las largas piernas que no lograba disponer con elegancia por más que se esforzara. Pero al menos no padecía, como él, de una bizquera que por la mañana era más notable, como si el sueño la hubiera reavivado.

—Te has vuelto a recoger el pelo —dijo Finn.

—Es más práctico —respondió ella, ruborizándose un poco.

—Ah, bueno. —Finn se encogió de hombros y se frotó los ojos, desperezándose. Luego miró a Melanie de arriba abajo y agregó enérgicamente—: ¡No, no puedes estar así!

—¿Cómo?

—En pantalones. Es una de las manías de Tío Philip. No tolera a las mujeres con pantalones. Si ve en la juguetería a una mujer en pantalones no la atiende. La echa a la calle como si fuera una buscona. Ah, a veces es terrible. ¿Comprendes que para él eres una ofensa ambulante?

—Sé que está de regreso —dijo ella—. He visto sus dientes postizos en el cuarto de baño.

—Melanie, ¿quieres subir a ponerte una falda? ¡Es capaz de echarte!

Asombrada, Melanie se miró. Estaba vestida. Con toda corrección. Sin duda era una broma.

—Por favor —suplicó Finn.

—Bueno... —respondió ella, aunque le pareció muy raro—. Supongo que lo conoces mejor que yo.

—Así es. Lo conozco muy bien.

Melanie se detuvo con la mano en el picaporte.

—¿Hay alguna otra cosa que debería saber sobre él?

—Nada de maquillaje. Y habla sólo cuando él te hable. Le agradan las mujeres silenciosas.

Ella miró la pizarra.

—Ya —dijo.

Él se puso de pie con un movimiento coreográfico y se sirvió té por tercera vez. El pecho le sobresalía del pijama como una proa que aborda una ola. La carne blanca, aterciopelada, tenía un brillo apagado y las tetillas eran rosadas, de un rosa brillante igual al del loro, pero el olor a sudor y a sueño llenaba toda la habitación y Melanie deseó que no respirara por la boca. Vio que tenía negras y sucias las plantas de los pies.

—Ve de prisa a cambiarte esos pantalones, Melanie.

Melanie subió, sacó de su maleta una falda gris plisada, se metió dentro, cerró la cremallera. Era una falda muy inocente, de escolar. En un impulso se deshizo las trenzas y se sacudió el pelo. Susurraba junto a sus oídos como antes de que se vistiera de luto. Victoria no daba señales de despertarse. Cuando regresó a la cocina, Finn, sentado sobre la mesa, leía un viejo periódico mientras mordisqueaba trozos de pan arrancados de una hogaza en cuya miga había dejado unas marcas de dedos. El perro gruñía ante una abundante ración de carne de caballo picada en un bol de cerámica en que se leía «Perro».

—Así es otra cosa —dijo Finn, con aire de aprobación. ¿Habría reparado también en el pelo suelto?—. Toma un poco de pan.

De modo que comieron pan mientras él leía el periódico. El reloj de cuco dio la media hora. Melanie se sobresaltó.

—Ese reloj lo ha hecho tu tío.

—Dios santo.

—No sabes las cosas que puede hacer, Melanie.

—Una vez me regaló un muñeco de resorte. Me aterrorizaba.

—Pero seguramente sabes que hace muñecas y casas de muñecas y caballitos y otras cosas.

—No —dijo ella.

—Es un maestro —dijo Finn—. No hay otro con más arte ni habilidad. A su manera, es un genio y lo sabe. —Reflexionó—. ¿Querrías ver algunas de sus obras? Éste es el momento. Antes de que la casa se despierte. Sólo ahora se puede ver todo.

—¿Por qué?

—Él es así. No le gusta que nadie se acerque a su trabajo. Y aún menos al teatro. Quiere el teatro para él solo.

—¿Un teatro? ¿Qué clase de teatro?

—Para las marionetas. Pero son un secreto. No se venden. Son su locura.

Finn tenía en la frente unas manchas de yema de huevo, y en los puños de la

chaqueta asomaban unas hilachas descoloridas. Y los dientes. Amarillos de fumar, como los de Francie. Encendió otro cigarrillo, Marca Sweet Afton, con el retrato de Robert Burns. Una vez terminado, el desayuno, el perro se echó con un suspiro en el almohadón de trapos. El fuego le teñía los flancos de color naranja.

—¿Quién pintó el cuadro del perro?

—Yo.

—Se le parece mucho.

—Un perro es un perro —dijo él y se encogió de hombros—. Yo pinto las marionetas, y la escenografía y los juguetes. Es decir, algunos de los juguetes.

—¿Eso es todo lo que haces?

—Aprendo el oficio. Soy el aprendiz de tu tío, Melanie. —Saltó de la mesa—. Ven a ver.

No terminaba de gustarle que la llamara constantemente por su nombre; él deslizaba en las tres sílabas una inflexión humorística, como si encontrase el nombre divertido. Pero sentía curiosidad y lo siguió. El perro abrió un ojo desganado para garantizar que salieran en paz. Finn chapoteaba con sus mugrientos pies descalzos. Las uñas de los pies, largas y curvadas como cuernos de cabra, recordaban a Melanie las pezuñas hendidas que bien habría podido tener; suficientemente robustas para mellar un cuchillo, no habían sido cortadas en meses y tal vez en años. Finn abrió la puerta que daba a la tienda en la planta baja. El loro dormitaba en el recinto oscurecido por los postigos cerrados.

—Primero veremos una o dos de las cosas para el público —anunció Finn, y encendió la luz—. Hola, Joey —le dijo al loro, que se despertó parloteando.

—Tu tío trabaja en madera y también, un poco, en metal. —La voz suave era inexpresiva—. ¿Qué te parece esto?

De una caja de cartón sacó dos monos de brillante pelaje marrón y ojos hechos con botones. Uno llevaba un elegante traje a rayas y el otro un vestido negro igualmente bien cortado. El mono macho sostenía un violín de hojalata, y la hembra una flauta. Ambos estaban sobre una base metálica pintada de rojo. Melanie se sintió incómoda. Sonriendo levemente, Finn hizo girar una llave. Los brazos velludos se movieron. El arco se deslizó por las cuerdas, la flauta por la boca peluda. De la caja de música oculta en la base surgió una suave y clara parodia de la música de la víspera y los monos marcaron el compás con los pies.

—Una giga —explicó Finn—. *El rocoso camino de Dublín*. Y me gustaría estar caminando por él ahora.

Melanie miró en silencio a los monos. Al fin el mecanismo se detuvo. El loro gritó:

—¡No se vende! ¡No se vende!

—Es una buena serie de artículos —dijo Finn—. Son muy populares. También hay un mono que baila con cascabeles en los tobillos.

Cascabeles.

—Oí música por la noche.

—Fui yo quien, te llevó a la cama. No te encontramos hasta muy tarde: estabas acurrucada junto a la puerta de la cocina. Era muy conmovedor verte así.

—Me preguntaba cómo habría llegado a la cama.

—No tomes a la ligera a tu tío —dijo Finn, dejando de lado la pasada noche—. También hace trabajos románticos. Líricos. —Sacó una gran rosa de otra caja.

—Una rosa blanca —dijo Melanie, y contuvo la respiración.

—¿Y qué?

—Oh... nada.

Cuando Finn hizo girar la llave, los rígidos pétalos (¿cartón?, ¿lona con algún apresto?) se arquearon graciosamente y revelaron una muñeca: una pastorcilla no más grande que la mano de un niño. Del corazón de la rosa brotó, un tintineo. La pastora alzó una pierna e hizo una pirueta. Luego, con la otra pierna. Finalmente saludó, los pétalos se cerraron sobre su cabeza y la música cesó.

—La llamamos *Rosa sorpresa*. —Sacó del bolsillo una barra de chicle de burbujas, la desenvolvió y se la llevó a la boca—. Diez guineas. Él piensa que es muy hermosa. —Hizo reventar una burbuja que explotó como una ventosidad.

—Es muy ingeniosa —dijo Melanie, vacilante, dudando de su propia respuesta.

—Es una tontería, pero se vende —dijo y la puso a un lado—. Esto es mejor. Es idea mía.

Le mostró un osito amarillo con una gran corbata que andaba en bicicleta. Corría por el mostrador y hacía sonar la campanilla a intervalos. Su marcha era errática. Una curva especialmente violenta lo desbarrancó del mostrador y Finn lo recogió en el aire, patas arriba y con las ruedas girando. Era un juguete tan curioso y divertido que Melanie rió y extendió la mano para hacerlo funcionar ella misma.

—Me alegra que te hayas reído —dijo Finn—. Pensé que no te interesaba. Pero a la tienda puedes venir en cualquier momento. Vamos abajo antes de que sea demasiado tarde.

Fueron entonces al sótano, un gran espacio pintado a la cal que tenía la misma extensión que toda la casa. Una ventana en un extremo daba acceso a la carbonera; por la reja de hierro a la altura del pavimento se filtraba oblicuamente un poco de luz. Había un olor limpio y dulce a madera nueva y un dejo de pintura fresca. Las virutas crujían bajo los pies. Junto a una pared había un banco de carpintero, cubierto por una *Walpurgisnacht* de miembros cortados de madera. En la pared opuesta había otro banco, para pintar, con manchas de todos los colores del arco iris. Colgaban de las paredes osos bailarines, arlequines y soldados y también marionetas parcialmente armadas de todos los tamaños, algunas tan grandes como la misma Melanie. Y máscaras de muchas clases y colores: rosados y morados fluorescentes salpicados de oro y azul oscuro. Finn se puso una de las máscaras y se convirtió en un Mefistófeles de cejas y bigotes hirsutos, barba afilada y una amenazante cara moteada, roja y amarilla.

—El pelo es verdadero —dijo, tironeando de la barba—. Atendemos a una clientela de calidad. —El taller estaba iluminado por unos tubos de neón que no proyectaban sombras.

En el extremo había una construcción semejante a una gran caja oculta por cortinas de felpa roja que llegaban hasta el suelo. Finn, enmascarado, se acercó y tiró de una cuerda. Las cortinas se abrieron plegándose a los lados de un pequeño escenario: en un bosque silencioso y expectante, entre rocas de cartón, se abría una caverna. Una marioneta de un metro y medio de altura, una sílfide surgida de una fuente de tul blanco, yacía boca abajo entre una maraña de hilos como si alguien, cansado de jugar con ella, la hubiese abandonado y se hubiese ido. El largo pelo negro llegaba hasta la cintura del ceñido corpiño de satén.

—Es demasiado —dijo Melanie, agitada—. Es demasiado.

—Ah, todavía no has visto nada.

Melanie no podía soportar la visión de la marioneta caída entre el tul y el satén.

—No... No me gusta el teatro. Por favor, Finn, cierra las cortinas.

De mala gana, él tiró de la cuerda y las cortinas rojas ocultaron piadosamente a la sílfide abandonada.

—¿Sabes?, el teatro de marionetas es el amor de su corazón, por así decirlo. O mejor, su obsesión. Tendrías que ver las escenas que representa. A veces me deja manejar los hilos. Ése es un gran día para mí.

Alzaba y bajaba la voz en una curva irónica.

—Es demasiado —repitió ella. Sentía girar a su alrededor ese mundo loco al que la habían arrojado, donde los juguetes y las marionetas humillaban a los hombres y a las mujeres. Hasta los pájaros eran mecánicos, y las escasas figuras humanas se enmascaraban y tocaban instrumentos musicales en las horas terribles de la noche. Nuevamente era de noche y ella era la marioneta. Le temblaba la boca.

Finn advirtió su angustia y mostró una sonrisa invertida, como una luna menguante. Consternada y sorprendida, Melanie vio que Finn atravesaba bruscamente el sótano con una serie de saltos mortales sacudiendo brazos y piernas como una chisporroteante girándula, hasta que al fin cayó sobre las manos delante de ella; el pelo falso y el real se derramaron sobre sus mejillas de *papier maché* y ocultaron su falsa cara invertida.

—Ríete de mí —dijo—. Estoy tratando de divertirme.

Hizo chocar los sucios talones en el aire.

—Quiero ir a casa —respondió ella, desolada como el otoño. Hundió la cara entre las manos. Sintió el olor rancio y zorruno. Lentamente, Finn se enderezó y se quitó la máscara, aunque ella no podía verle el rostro porque no lo miraba.

—La monja nos trajo —dijo él—. A Francie y a mí, con nuestras mejores ropas y zapatos que crujían. Veníamos del orfanato, doscientas cabecitas en doscientas camas y doscientos corazones rotos bajo doscientas mantas de rezago del ejército y las monjas para cuidarnos. Nos trajo a través del mar de Irlanda confiada en Dios, pero

Dios prefirió hacer que sufriera y la pobre dejó las tripas en el canal de San Jorge y Francie lloraba: le había cerrado los ojos a nuestra madre porque no había nadie más que pudiera hacerlo. Y sólo tenía catorce años entonces, y ya era una maravilla con el violín, pero no olvidaba la sensación de aquellos párpados bajo sus manos. Como nenúfares, repetía. Blancos y húmedos. Pero muertos.

—No sigas, Finn. —Melanie estaba a punto de echarse a llorar. Pero no, sorprendentemente, por ella misma, sino por Finn y por Francie en aquel momento y en especial por Francie. Finn abrió los brazos como para estrecharla pero ella seguía conteniendo las lágrimas con los puños. Y entonces oyeron un gran estruendo sobre sus cabezas. Él se encogió de hombros, siempre se encogía de hombros.

—Golpean el gong para el desayuno, tenemos que correr. Te sentirás mejor después de comer algo. Y en esta casa es mejor no llegar tarde a las comidas.

En el rellano de la cocina la inmensa figura de un hombre bloqueaba la escalera. La luz estaba detrás de él y Melanie no podía verle la cara; además, Finn iba adelante. Pero el hombre sostenía, al parecer, un gran reloj de bolsillo en la mano y lo miraba con furia. Murmuraba entre dientes. De pronto se encendieron las luces de la escalera. El murmullo se convirtió en un rugido.

—¡Tres minutos tarde! ¡Y vienes bailando con tus asquerosos andrajos como si no importara! ¿Crees que éste es un alojamiento gratuito para sucios beatniks? ¿Eso crees? —Y lanzó un fuerte golpe a la cabeza de Finn, que vaciló y se apoyó en la barandilla. Bamboleándose, Finn se echó a reír.

—Melanie, ¡éste es tu tío Philip!

Ella ya lo había reconocido por la foto, aunque ahora estaba mucho más grueso. Él no le hizo el menor caso, aferró la chaqueta del pijama de Finn y trató de arrancársela. Fue un lamentable forcejeo. Finn se esquivaba como una anguila, una anguila jubilosa porque no dejaba de reír. Se zambulló debajo del brazo de Tío Philip, descolgó su chaqueta azul de un perchero de cornamenta y se la abotonó de prisa hasta el cuello.

—Lo que los ojos no ven... —dijo sin aliento.

—El *porridge* se enfría —dijo Tío Philip— porque llegas tarde. Si hay una cosa que me disgusta es el *porridge* frío. Aparte de vosotros los Jowle —agregó—. La familia Jowle.

Pero al parecer se había ablandado considerablemente ahora que Finn estaba vestido. En el perchero Melanie vio un sombrero negro de ala curvada y copa plana como los que usan los tahúres del Missisipi en las películas del Oeste. Con el tiempo había perdido casi todo el pelo y había adquirido una bonita pátina, como un penique muy viejo. Tío Philip no habría podido tener un sombrero que no fuera ése.

Todas las demás comidas (aparte de una ocasional taza de té o un ligero refrigerio) se hacían en el comedor, aunque el olor a moho y a encierro no se disipaba por más frecuentemente que allí fueran. Pero el desayuno era la excepción y siempre se tomaba en la cocina, aunque Melanie jamás consiguió descubrir el porqué.

En la cocina, Jonathon y Victoria, con las caras enrojecidas y brillantes por el agua fría, todavía no habían tocado sus tazones de avena. Tía Margaret debía de haberlos despertado y lavado. Le indicó a Melanie que se sentara junto a Victoria con un nervioso movimiento del brazo delgado. Llevaba un sucio delantal de algodón estampado, atado con cintas a la espalda, puesto de cualquier manera encima de la falda y el jersey negros, y parecía arrebatada. El pelo estaba tan desordenado que seguramente se lo habría recogido en sueños.

Victoria tenía su bonito babero con una rana verde y parecía impresionada por la atmósfera ceremonial, el gong y los gritos que acompañaban al desayuno. Gracias a Dios se impresionaba con facilidad. Melanie no habría podido soportar a Victoria cantando y riendo y tal vez Tío Philip la hubiera golpeado y eso habría sido terrible. Los dos hermanos Jowle estaban sentados frente a Melanie y a Victoria: eran una estampa moralista del contraste entre aseo y desaseo, pues Francie estaba cuidadosamente vestido con su traje y una corbata verde atravesada por un alfiler, una pequeña daga. A la cabecera había un enorme sillón en que Tío Philip tomó asiento pesadamente para asumir la presidencia de la fuente del pan y el frasco de mermelada, que tenía la forma de una naranja y estaba pegajoso. Tía Margaret, agazapada en el otro extremo, esperaba a que el agua hirviera. Hubo otra plegaria, menos extraña que la de Francie, pero trunca.

—Por lo que vamos a recibir —dijo Tío Philip y, sin más, empuñó la cuchara. Era una señal. Todos a un tiempo atacaron el *porridge*.

Había leche en: una jarra marrón y se podía elegir azúcar o jarabe dorado, que todavía estaba en la lata verde y oro. Finn monopolizó el jarabe y trazó distraídamente unos bordados eclesiásticos en su bol. El silencio era total aparte de la sinfonía de ruidos con que Francie acompañaba el *porridge*. Finn continuó dibujando un encaje de sutiles arabescos entrelazados mientras los demás tazones se vaciaban. Pasó el tiempo. Tío Philip lanzaba a Finn miradas de Medusa bajo sus tupidas cejas.

—Finn —dijo en tono tremebundo.

—¿Sí, señor? —repuso Finn, sonriendo. ¿Porqué sonreía tanto, mostrando esos dientes descoloridos?

—Deja de jugar con la comida, maldición.

—Sólo estaba dibujando.

—Deja de jugar con la comida o lo que sea.

Tía Margaret se estremeció y cerró los ojos. Suspirando, Finn acabó su tazón con sorprendente rapidez, como si en lugar de comer estuviera guardando cucharadas de

alimento en el bolsillo. Al amparo de la discusión, Melanie se atrevió finalmente a mirar a su tío.

Todavía le asombraba su tamaño, porque parecía muy delgado en aquella foto de boda. ¿Qué edad podía tener? Era mayor que Tía Margaret, eso parecía seguro, pero ¿cuánto? El pelo era canoso, pero no blanco. Más bien amarillento, como plata manchada, sedoso, brillante, con la raya a la izquierda, y cepillado sobre la frente. Abundante y cuidado con notoria vanidad. El desordenado bigote de foca era más oscuro, con mechones grises, manchado en contacto con su tazón especial, en el que cabía medio litro y que llevaba la inscripción «Padre» trazada con capullos de rosa. El bigote lo hacía parecido a Albert Schweitzer, pero sin su bondad. El tazón tenía un tamaño adecuado, pero el dibujo era demasiado bonito para esa mano grande y nudosa, cubierta de cicatrices y teñida por años de trabajo con pinturas y maderas. Las cejas le sobresalían como en la máscara de Mefistófeles y los ojos tenían la ausencia de color de los días de lluvia.

Vestía Tina impecable camisa blanca con un cuello de pajarita almidonado y brillante como un cristal y una corbata de cordón que podría no haberse quitado desde el casamiento de su hermana. En mangas de camisa, patriarcal, majestuoso, llevaba un amplio chaleco negro, con largas arrugas en la espalda lustrosa, atravesado por una imponente cadena de oro del estilo favorecido por los ricos propietarios de minas Victorianos. Si hubiera habido un problema en la galería de una mina no le habría importado en absoluto. Tenía una amplia servilleta de lino blanco debajo del mentón. Su autoridad era sofocante. Tía Margaret, frágil como una flor seca, parecía demasiado asustada para mirarlo. Se había servido una diminuta porción de *porridge* pero tardó más que nadie en acabarla, mordisqueando el extremo de la cuchara. No había terminado cuando Tío Philip dejó caer ruidosamente la cuchara en su bol vacío.

—¡Cambia los platos, Finn! ¡De prisa!

Tía Margaret dejó su comida y sacó de la plancha caliente del horno varias fuentes de tocino y pan frito, Finn se desperezó y abrió la boca en un bostezo artificialmente exagerado que mostraba el túnel rojo de su garganta. Tío Philip se indignó.

—¿Quieres hacer que me enfade?

Finn recogió los platos. Pasó por detrás de la ancha espalda de Tío Philip con una inclinada torre de loza en las manos y ejecutó una instantánea danza burlona que él no podía ver. Nadie habló ni se movió. Después del tocino, el desayuno terminó con mermelada y en el mismo silencio opresivo con que había comenzado.

Durante la semana utilizaban un juego de porcelana con el dibujo de un sauce, del que había muchas piezas, para el desayuno, el almuerzo y el té, aunque Finn y Francie usaban a veces unos jarros blancos lisos para tomar leche o chocolate caliente a la noche. Los domingos sacaban un juego de mejor calidad, con sopera y platos para ensalada, blancos y con una franja verde. Tía Margaret estaba orgullosa de ese juego. Venía de Irlanda y había sido de su madre. Se guardaba en el aparador del

comedor y sólo se llevaba a la cocina para calentar los platos antes de la comida y para lavarlos después. Melanie, más tarde, empezó a contar mentalmente las semanas por la aparición del juego de la franja verde. «Otro domingo». Y los lunes por la mañana miraba el pequeño puente que había debajo del sauce en su plato y deseaba correr por él hacia los árboles en flor y alejarse de la casa de Tío Philip. Pero esa primera mañana no imaginaba que sería así.

—Por lo que hemos recibido —dijo Tío Philip. Dejó caer la servilleta en su plato y echó atrás el sillón—. Finn, vístete decentemente y baja en seguida.

La puerta se cerró con fuerza detrás de él.

Pareció que la habitación se iluminaba. Finn, sonriente, y Francie encendieron cigarrillos e inclinaron las sillas hasta apoyarlas en dos patas. Tía Margaret puso agua a calentar para lavar: tampoco había agua caliente en la cocina. Los niños se unieron defensivamente y ambos, incluso Jonathon, se apoderaron de las manos de Melanie. Victoria estaba a punto de llorar. Una expresión acongojada pasó por la cara de Tía Margaret.

«Ladra pero no muerde», escribió en la pizarra.

Como si obedeciera a una oscura orden, el perro ladró.

—Ni siquiera nos preguntó nuestros nombres —dijo Jonathon, vagamente asombrado.

—Los sabe —señaló Finn.

—¿No sería mejor que te vistieras? —le preguntó Melanie.

—Primero tengo que lavarme, ¿no es verdad? Y afeitarme.

—¡Es horrible! —murmuró Victoria, que había tomado en el acto una decisión acerca de Tío Philip. Tía Margaret, muy preocupada, la alzó y la acarició.

—No está muy acostumbrada a los gritos —explicó Melanie.

—Pues más vale que aprenda —respondió Finn, rascándose la axila.

Ese día, después de lavar los platos, Melanie se quedaría en la tienda para aprender los precios y dónde se guardaba todo. Victoria podía acompañarlas y jugar sola. Era un proyecto familiar. Jonathon, librado a sí mismo, pidió y obtuvo permiso para seguir trabajando con su barco.

—Es muy hábil con las manos —dijo Melanie.

—Tu tío se pondrá contento —dijo Finn, mientras esperaba a que se calentara el agua para afeitarse—. Podrá hacer alguna marioneta con nosotros.

—Y la escuela... —dijo Melanie en voz muy baja, secando un tenedor.

—Ah —dijo Finn—. Este año ya es tarde para empezar.

Francie, que todavía estaba sentado a la mesa y fumaba, se echó a reír con el ruido de un molinillo de café, y Tía Margaret, llena de espuma hasta los codos, se llevó un dedo a los labios.

—Él no puede oírte, Maggie —dijo Finn y la abrazó por la cintura—. No temas.

Ella se inclinó hacia él, que le dio un beso en el cuello entre el desordenado pelo rojo que se le escapaba del moño. Melanie se sintió una intrusa. Se distanció de ellos

poniendo cuidadosamente los tenedores en un cajón, junto a otros tenedores. Luego guardó los cuchillos y las cucharas. Era una muñeca programada para guardar cosas a intervalos regulares. Tal vez la hubiera construido Tío Philip. No tenía voluntad propia.

Fuera, la mañana de Londres era una nada fría, monótona, sórdida, sin sol, sin lluvia. Ese clima, pensó Melanie, era el suyo propio. Nunca más habría extremos. Nunca más temería el calor del sol. Estaba en el limbo, y allí permanecería el resto de su vida, si a eso se le podía llamar vida, arrastrando esa fatigosa duración sin grandes alegrías ni terribles aflicciones, porque tenía la sangre demasiado enrarecida para soportarlas. Y sólo había cumplido quince años. Era pavoroso.

Mientras guardaba los cubiertos y se compadecía de sí misma, descubrió que dramatizar las cosas las hacía más fáciles. O melodramatizarlas. Por ejemplo, era más fácil hacer frente al hecho concreto de Tío Philip si lo veía como un personaje de película, posiblemente representado por Orson Welles. Estaba en el cine y veía una película. Pronto vendría una chica vestida de blanco a vender helados, almendras saladas y palomitas de maíz. Pero sin sabor. Trató de no pensar en el afecto mutuo y sosegado de Finn, Francie y la muda.

La noche anterior, los tres se habían fundido, como si fuera lo más fácil del mundo, en un flamante animal de tres cabezas que conversaba alegremente consigo mismo a través de las manos de Francie, los dedos y los labios de Tía Margaret y los pies de Finn. Y Melanie los había espiado por el ojo de la cerradura y nunca podría acercarse más que hasta la cerradura de esa puerta detrás de la cual ellos vivían. Mirar una película era como ser un *voyeur*, vivir de prestado. Los Jowle eran una sola entidad, cálida como la lana. Los envidiaba amargamente. «Sentirse en casa». ¿Cómo podría? El desapego se le resquebrajó. De pronto deseó por encima de todas las cosas un papel en esa película familiar.

Pero ¿quería realmente pertenecerles? Durante un instante sintió ese deseo como si fuera un dolor. Y luego, también de repente, se rebeló contra ellos. Eran sucios y vulgares. Odiaba usar la palabra «vulgar»; sólo la gente vulgar llamaba «vulgares» a los demás, le había enseñado su madre. Pero era la palabra adecuada.

«No he visto un libro en la casa, ni uno solo». Y la hilera de frascos de salsas en el comedor. Y Francie que se atiborraba de *porridge* y que (ahora) se mondaba pensativamente los dientes con una cerilla usada. Y el horrible chaleco de Finn y sus pijamas todavía más horribles. Y las únicas pinturas que había visto eran la estampa anticuada y sentimental de su habitación y el perro de Finn sobre la repisa de la chimenea; la pintura de un niño que la había puesto allí para darse aires. Y el té, té, té con todo, justamente cuando ella empezaba a apreciar la sofisticación del café. Y los agujeros de las medias de Tía Margaret Y la falta de papel higiénico. Era repugnante. Vivían como cerdos.

Pero a pesar de todo, eran pelirrojos y tenían sustancia en tanto que ella, Melanie, era gris para siempre, una sombra. Todo era por culpa de la noche del traje de boda,

en que ella se había casado con las sombras y el mundo se había acabado. Todo esto sucedía en un espacio vacío al final del mundo. Secaba tazas, platos y fuentes con un paño porque no había ninguna otra cosa que pudiera hacer.

¿Y cómo lograban ser pelirrojos y sustanciales (o, en el caso de Tía Margaret, intermitentemente sustancial) si vivían bajo el dominio de Tío Philip, la Bestia del Apocalipsis? ¿Cómo podía haber adivinado ella que Tío Philip era un monstruo con una voz capaz de hundir el techo y aplastarlos a todos?

Oh, pobre Tía Margaret, que era tan gentil y sin embargo (probablemente) dormía en la misma cama que él, porque estaban casados. Él hacía juguetes que parodiaban las inocentes diversiones de su mujer y sus hermanos y ella temblaba cuando él alzaba aquella voz de fiera. Y quería tener niños, Melanie estaba segura, pero ¿querría hijos de Tío Philip? Tía Margaret amaba a los niños y hubiera querido tener a Victoria para ella sola. Pues podría quedarse con Victoria. Melanie renunció de inmediato a todos sus derechos sobre Victoria y sintió que la tensión disminuía. Le habían quitado un peso de encima.

«Creo que podría escaparme», pensó mientras guardaba los platos en los estantes del aparador. «Buscaría trabajo y viviría sola en un estudio, como las chicas de que hablan las revistas».

Se prepararía Nescafé en su propio calentador de gas y compraría porciones de cien gramos de queso y pintaría una pared de rojo geranio, otra de celeste y las dos restantes de blanco, como había querido hacer en su casa sin que su madre se lo permitiera. Evocó una imagen clara y distinta de su madre, muy pequeña, vista a través de un telescopio invertido, después del accidente, en la arena amarilla, vestida con su mejor traje negro y un sombrerito de viaje, rodeada por los fragmentos carbonizados de otras personas. Pero sin duda la realidad había sido muy diferente. Melanie colgó las tazas en los ganchos del aparador; el brazo le subía y bajaba, le subía y bajaba. Lo miró con una cierta curiosidad: parecía dotado de vida propia.

Esa misma mañana, más tarde, en la trastienda, escribió en una hoja arrancada del anotador de Tía Margaret la carta que le había prometido a la señora Rundle. Mordió el lápiz y masticó las astillas; ¿qué podía decirle a la señora Rundle, que ahora era (si alguna vez había sido otra cosa) una extraña, vivía lejos, los relegaba al olvido y los guardaba, junto con otros recuerdos, en su voluminoso bolso?

«Querida señora Rundle:

Tuvimos un buen viaje, pero fue agotador. Esperamos que le haya ido bien en su viaje».

Reflexionó un momento, luego tachó «*su viaje*» y escribió «*el suyo*» para no repetirse. Eso era cuidar el estilo, como le habían enseñado en la escuela. De algún modo sospechaba que nunca volvería a la escuela.

«Victoria y yo compartimos una habitación. Parece que Tía Margaret ya quiere mucho a Victoria».

Victoria, misteriosamente sosegada, estaba a los pies de Tía Margaret y miraba

los fluctuantes dibujos del fuego, cantándose una canción plañidera y sin palabras. ¿Por qué no le daban algún juguete? Había muchos.

«*Tía Margaret es muda*», escribió Melanie. Y luego tachó «*muda*» y puso «*encantadora*», pensando que tal vez los abogados le habían hablado de ese defecto a la señora Rundle, y que ella no había sabido cómo decírselo a los niños.

«*Tío Philip es un poco raro pero estoy segura de que todos nos sentiremos bien muy* —decidió reforzar el adverbio— *muy pronto*».

«*Esperamos que usted esté bien, y también el gato*».

Eso era mentira. Melanie no esperaba que el gato estuviera bien. Deseaba que estuviera muerto. Estaba convencida de su maldad esencial, pero para la señora Rundle era como un hijo querido, aunque fuera un delincuente, y tenía que interesarse por él.

«*Cariños de Melanie, Jonathon y Victoria*».

Suspiró al terminar la carta. Ahora tendría que buscar un sobre y comprar un sello (¿dónde estaría la oficina de correos?) y enviarla y entonces pasaría un día y luego la señora Rundle se pondría las gafas para leer la carta en una cocina flamante, con una refrigeradora y una cocina de mandos automáticos y un gratinador a la altura de los ojos y mesas de plástico resplandeciente y una licuadora y un molinillo de café eléctricos, probablemente. En la nueva casa de la señora Rundle sin duda había café recién molido en un tarro pintado con laca roja.

Melanie estaba segura. Le gustaba la imagen de la señora Rundle en su casa, porque había sido parte de un verdadero hogar y los niños habían pasado un tiempo en el negro puerto de su regazo.

Sonó la campanilla, el loro chilló. Melanie acompañó a su tía a vender unas máscaras del día de Todos los Santos a un chiquillo con unos tejanos diminutos que tenía mocos en la nariz. Había gran cantidad de máscaras aterradoras. Vacieron cajas y cajas en el mostrador delante del niño; leones, osos, demonios, brujas (de color verde claro, con pelo de paja verdadera). Esas máscaras eran mucho menos elaboradas que las del taller. Cuando Melanie se lo dijo a su tía, la mujer escribió: «*Las de abajo son los modelos de lujo, éstas son las más corrientes. Pero por favor no vayas al taller*». Le ofreció al niño una máscara de oso gris con orejas de piel.

El chico, extático, se las probó una tras otra, rugiendo como un león o maullando como un gato. Tendría tal vez siete años y guardaba el dinero atado en una punta de su pañuelo. Su acento del sur de Londres le pareció áspero y desagradable y Melanie deseó una vez más que Victoria no se contagiara. Seguramente había ahorrado durante largo tiempo para poder comprar una de las máscaras de Tío Philip. A diecinueve chelines y once peniques a ella le parecían carísimas, pero el muchacho las adoraba.

Con la cara rayada por una máscara de tigre amenazó a través del mostrador a Melanie, que reprimió una exclamación. Era la quintaesencia de un tigre, ardiente, encendido por una pintura fosforescente, una imagen feroz y bestial. No le parecía

que esas máscaras fueran juguetes apropiados para niños pequeños. Finalmente el chico puso en el mostrador unas monedas de uno y seis peniques y se llevó la elegida, una máscara de elefante con afiladísimos colmillos de plástico y una trompa de goma espuma que podía moverse tironeando de una cuerda. Parecía un elefante en celo, pensó Melanie. Le ofreció una bolsa de papel pero el chico deslizó el elástico por detrás de la cabeza y corrió a la calle, la cabeza del impetuoso elefante encajada sobre el cuello del jersey, sacudiendo su nueva trompa. Sonriendo, Tía Margaret guardó el dinero en el cajón que hacía las veces de caja. Era una sonrisa hermosa, cálida y genuina.

«Es un placer atender a los niños», escribió.

—Tiene que ser agotador —respondió Melanie.

«Aquí los niños están acostumbrados a que yo los atienda». Melanie se preguntó qué había entendido Tía Margaret. Guardó con alivio aquellas máscaras horribles.

El tiempo pasaba muy lentamente. A las once y media se prepararon té en la trastienda. Melanie pensó que tal vez debería llevar una bandeja al sótano, pero al parecer abajo también había una cocinilla de gas para que pudieran beber té cuando quisiesen. En cambio, se la llevó a Jonathon, y Tía Margaret le enseñó a mantener caliente la infusión cubriendo la taza con el platillo.

El ático de Jonathon era muy frío. Él estaba entumecido, agarrotado; tenía la nariz roja y llagada y las cicatrices de las rodillas de color morado brillante. Apenas miró a Melanie cuando ella entró. El suelo estaba cubierto de espirales y marañas de hilo negro; el barco navegaba orgullosamente sobre las franjas de la alfombra persa y Jonathon, sentado sobre los talones, trenzaba un intrincado aparejo. Estaba cuidadosamente vestido con el traje escolar de franela gris como si no fuera un día común. Pantalones cortos, chaqueta con insignia sobre el pecho, y unas medias largas arrugadas, la misma ropa con que había viajado. Era como una bocanada de otro tiempo. Por la mañana, siempre se ponía a ciegas las ropas que se había quitado la noche anterior, a menos que le pusieran otras en la silla situada junto a la cama mientras dormía.

—Aquí te traigo algo caliente —dijo Melanie.

Él no la oyó.

—¡Jonathon, te he traído té! —Puso la taza en el suelo junto a él y le tocó el hombro. Lentamente, él desenredó el hilo negro que tenía en los dedos y la miró a través de las gafas como si se preguntara quién era. Tenía las gafas empañadas y manchadas. Se las quitó. Les echó el aliento y las limpió con su pañuelo, que estaba muy sucio. Los ojos, bordeados de rosado, parecían indefensos. Melanie pensó en un pequeño roedor, una cobaya o un topo. Él se caló las gafas y volvió a examinarla.

—Ah, eres tú —le dijo y miró el té con aire desconcertado.

—Bébelo antes de que se enfríe.

Con inesperada aquiescencia, Jonathon acabó la taza en tres tragos y se la devolvió vacía. Esperó cortésmente a que ella se marchara, con la vista clavada en el

barco. Melanie se sentía una intrusa, pero después de todo era su hermano y tenía derecho a entrometerse.

—Jonathon —dijo—, ¿estás bien?

Él se quedó pensando, o eso parecía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó finalmente.

—¿Eres feliz aquí, o crees que podrás llegar a serlo?

Muy quieto, las manos en las rodillas, Jonathon no intentó responder, como si para él ese asunto fuera aburrido o irrelevante.

—Jonathon, dime si eres feliz o no. —Era su hermano, y ella se preocupaba por su bienestar.

—Quiero seguir con mi barco —dijo él—. Por favor.

—Oh —dijo ella, débilmente, y se fue.

Se sintió congelada y desolada mientras recorría el largo pasillo marrón con sus secretas puertas herméticamente cerradas. El castillo de Barba Azul. Melanie se estremecía de horror ante cada puerta temiendo que se abriese para dar paso a algún espantoso artilugio rodante, a una broma espeluznante o a una repulsiva novedad que pusiera a prueba su valor. Ahora estaba completamente sola, había perdido a su hermano y a su hermana. Jonathon arriba, Victoria abajo y Melanie en mitad del peligroso camino que los unía, desconectada de ambos.

—Si tan sólo —se dijo— no fuera tan joven, inexperta y dependiente...

Detrás de las puertas (¿qué puertas?) dormían, por la noche, Tío y Tía, Francie, Finn. Pero no ahora. ¿Quién ocupaba las habitaciones de día? Era el castillo de Barba Azul o la mansión del señor Fox, donde la leyenda «Sé atrevida, pero no demasiado» estaba escrita en el dintel de todas las puertas y había cadáveres ordenadamente apilados en los armarios encima de las sábanas y las fundas de las almohadas. Melanie sabía que no tenía razón, que sólo había habitaciones vacías y camas silenciosas a su alrededor, pero el miedo estaba allí y sus pies asustados hacían demasiado ruido y despertaban ecos. En el rellano de la cocina el perro, firmemente instalado en lo alto de la escalera, le cerraba el paso y le daba la espalda, con aire ausente. Era de una blancura fantasmal, como Moby Dick. En esa casa marrón parecía tener luz propia. Melanie se sobresaltó.

Se detuvo junto al perro. Él no se movió. Melanie se sintió atrapada.

—Perro bueno —dijo—. Perrito lindo, déjame pasar. Por favor.

La cola empezó a moverse hacia aquí y hacia allá con un suave bisbiseo.

—Por favor —repitió. El perro la miró por encima del hombro con— sus centelleantes ojos rojos. Melanie se preguntó locamente «¿Cuál de los dos perros será, el verdadero o el pintado?». Por fin pasó por encima, temiendo que le lanzara un mordisco a la pierna. Pero el perro no se movió. La miró sin parpadear hasta que ella borró la mirada roja cerrando la puerta de la trastienda.

Tía Margaret pelaba unas patatas en una palangana de plástico que tenía en el regazo y Victoria la ayudaba con un cuchillo pequeño pero de aspecto peligroso,

ambas rodeadas de charcos. Tía Margaret, con la inclinada cabeza de pájaro y los ojos tiernos y cariñosos, miraba la coronilla redondeada de Victoria. Victoria, al menos, parecía parte de la familia.

En seguida Tía Margaret fue a preparar la comida y Victoria la siguió, y Melanie se quedó a cargo de la tienda. Le agradaba, descubrió, estar detrás del mostrador. Hasta ese momento, siempre había estado del lado del cliente. Durante un rato jugó a la tendera. Contó el dinero de la caja e inspeccionó un rollo de facturas. Se cercioró de que sabía dónde estaban las bolsas de papel, el papel de envolver, el cordel y la cinta adhesiva.

Luego miró algunas mercancías. Atraída por unas máscaras feroces, que le parecían repugnantes, al fin se probó una o dos, pero no había un espejo en el que pudiera verse aunque se sintió curiosamente zorruna o felina según la máscara que tuviera puesta. Incluso olían a animal salvaje. Luego acarició la cresta del loro y lo miró mientras picoteaba una semilla de girasol. Caminaba de lado en la percha y la miraba con aire condescendiente, como si fuera capaz de decirle una o dos cosas, si quisiera.

Nadie vino a comprar. La tienda estaba tan oscura que dejaban la luz encendida todo el día. Allí eran siempre las cinco de una tarde de invierno y todas esas cajas tentadoras creaban la atmósfera de la Nochebuena con su ferviente expectativa de regalos y sorpresas. Melanie era más feliz en la tienda que en la casa. Le encantaba estar cerca de una puerta que daba a la calle, ver a la gente que pasaba y saber que otras vidas seguían su plácido curso.

Tocó furtivamente las cajas como un niño que mira los paquetes, envueltos en papel navideño, escondidos en la parte superior del armario de sus padres. Sacó las tapas de las que Finn no había abierto. Contuvo la respiración, maravillada. Tenía nuevamente siete años.

En una estantería especial había unos juguetes de madera para niños pequeños. Eran fascinantes. Caballitos con ruedas para tirar de una cuerda, caballos rojos, azules y verdes salpicados de flores blancas, negras y amarillas. Sonajeros en forma de cerdos y búhos con semillas secas en las panzas. Silbatos que representaban aves de varios colores, y se soplaban por la cola. Melanie se llevó a los labios un pájaro silbato y emitió una nota de intensa y conmovedora dulzura. Acróbatas que daban volteretas, ¡jup!, en marcos de madera. Modelos de madera tan primitivos como los primeros juguetes del mundo. Dos hombres que martillaban por turno un yunque.

Empezó a reconocer la personalidad de Finn en la pintura de los caballos floridos, las curiosas caras de platillo del cerdo y el búho, la gloriosa cola de pavo real de las aves, la mueca profesional de los acróbatas, los labios apretados de los herreros. Finn había prestado especial atención a estos últimos, decorados con diversas formas de pelo facial, desde un finísimo bigotito a lo Ronald Colman hasta unos pesados bucles de estilo asirlo antiguo, y vestidos con diminutas chaquetas pintadas al azar con rayas, estrellas, flechas y puntos. Aparentemente, a Finn le gustaba sobre todo pintar

juguets para los más pequeños. Dentro de una caja muy grande había un Arca de Noé. Era una obra maestra.

Melanie puso las piezas, una por una, sobre el mostrador.

Noé, de quince centímetros de altura, llevaba botas altas de caucho natural y una barba blanca hasta las rodillas. Los Noé eran una familia curiosa. La señora Noé era cilíndrica, como si ésa fuese la forma más adecuada para ella, elegida con alivio después de haber ensayado infructuosamente cien variaciones. Tenía en la nuca un moño sujeto con alfileres de madera más delgados que cerillas. Las mejillas eran rojas y redondas.

No obstante, Sem y Cam eran aceitosos orientales que parecían propietarios de clubes nocturnos o garitos de juego con trajes a rayas finas, pelo negro ondulado y amplias sonrisas que dejaban ver unos dientes de oro. Pero Jafet (ella sabía que era Jafet porque el nombre estaba escrito en la camiseta) era Finn en persona, con su bizquera y sus tejanos azules. Se había pintado a sí mismo como una firma. Melanie recordó que él había dicho «Estamos todos en el mismo bote». Pues sí: estaba en el arca y presumiblemente sobreviviría a todos los diluvios.

En el interior de la embarcación había treinta parejas de animales, desde un león y una leona casi tan grandes como el mismo Noé hasta un par de ratitas blancas no mayores que la uña del meñique de Melanie. Ambos leones llevaban coronas, para demostrar que eran un rey y una reina. Melanie reía de pura felicidad al verlos tan pequeños y bonitos, tan gatunos los gatos, tan expresivos los canguros (con un bebé en la bolsa de la madre), todos de naturaleza básicamente humorística. Los dispuso en una larga línea encabezada por los leones, el desfile de un circo labrado en madera y delicadamente coloreado. Y vio que pensaba en pequeño, en la escala del arca, y que sus propias manos eran tan desmesuradas como las de Gulliver en Lilliput.

En el arca misma, de base plana, había un paisaje marino pintado hasta la línea de flotación: profundidades abisales pletóricas de peces color fresa, bosques de algas y rocas cubiertas de lapas y, aquí y allá, alguna rolliza sirena como las que los marinos se tatúan en los brazos. La sirena hendía enérgicamente las olas con su pecho o bien, sentada en la quilla volcada de un barco, se peinaba el largo e improbable pelo amarillo. El casco del arca era verde y había cabezas pintadas de animales asomadas a los ojos de buey. En el mástil se veía una tarjeta con el precio. Setenta y cinco guineas.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Un precio razonable por ese trabajo —dijo Tío Philip—. Hay que cobrar el precio justo. Al menos eso dice la economía. Y le ruego amablemente que guarde esas cosas, señorita. No me agrada que jueguen con mis juguetes.

—¡No se vende! —canturreó el loro.

Tío Philip no dejaba espacios libres en el vano de la puerta. Tenía sujetas las mangas de la camisa con brazaletes de metal por encima del codo y vestía una áspera bata que alguna vez había sido blanca y que lo cubría desde el nudo de la corbata

hasta los tobillos.

No había amabilidad en sus ojos claros. Tenía el ceño fruncido. Las cejas unidas eran como una barra de hierro. Melanie metió nerviosa y estrepitosamente los animales en el arca.

—¡Y ten cuidado con esas cosas! Ahora, son tu pan cotidiano.

Lo eran.

Más arriba, el gong de la cena dobló tristemente.

—Daría lo mismo que no estuviésemos en Londres —dijo Melanie. No había nadie en la cocina aparte de Victoria y de ella misma—. Podríamos estar en cualquier otra parte.

—¿Dónde? —preguntó Victoria, sin curiosidad. Con una cuchara raspaba los últimos restos de un tarro de mermelada de grosellas. Estaba sentada en el suelo. Tenía mechones de pelo pegoteados como espinas y el vestido, manchado y viscoso. Una furiosa arruga de mermelada le rodeaba la boca. Estaba contenta. Más gorda que nunca. Siempre tenía en la mano un puñado de golosinas o mordía entre comidas un trozo de pan con leche condensada o raspaba las fuentes en que Tía Margaret preparaba pasteles. Tía Margaret le consentía todo y la adoraba.

—¿Dónde? —preguntó Victoria, roja de mermelada.

—En cualquier otra parte. —Pero no tenía ningún sentido hablar con Victoria, que había olvidado cualquier otra parte porque vivía al día.

A Melanie le habían dicho que venían a vivir en una gran ciudad, pero se encontraba otra vez en un pueblo, y un pueblo gris. El aislamiento de los Flower en aquella colina suburbana del sur era total. Melanie sólo salía de su casa para hacer las compras, con una cesta en el brazo y una lista en el bolsillo, como un ama de casa francesa. Pero nunca le daban dinero, porque los Flower tenían crédito en todas partes y Tío Philip pagaba las cuentas cada trimestre con un cheque. A veces el perro acompañaba a Melanie, pero casi siempre se quedaba en casa o tenía otras cosas que hacer. A veces Victoria iba con ella y a veces se quedaba en casa, pero Victoria nunca tenía otra cosa que hacer. Y ahora que Melanie se ocupaba de las compras. Tía Margaret no salía nunca.

La gente de las tiendas enviaba recuerdos a Tía Margaret por intermedio de Melanie y le preguntaban si estaba bien, así como en el pueblo le habían preguntado por su madre y también por la señora Rundle. Las lenguas se afligían solícitamente por la banda negra que Melanie todavía llevaba cosida en la manga, porque todo el mundo (como hubiera ocurrido en el pueblo) sabía de la llegada de esos niños que se habían quedado huérfanos. Tía Margaret debía de haber llenado cuadernos y cuadernos con la historia.

En las tiendas eran amables con ella. En la de comestibles, un ex soldado de rostro duro a quien le faltaba el pulgar de la mano derecha (Melanie creía que se lo había rebanado con la máquina de cortar fiambres, pero nunca se atrevió a preguntárselo por temor a que él se lo contase) le concedía sus poco frecuentes sonrisas y de vez en cuando le daba chocolates a Victoria, que volvía a la juguetería con grandes bigotes y patillas marrones. Era una niña desaliñada. El carnicero, tierno y de buen corazón a pesar de la sangre que le manchaba el sombrero de paja, le llenaba la cesta gratuitamente con huesos para el perro y se ofrecía a mostrarle los misterios del depósito donde las medias reses colgaban erizadas de escarcha en la

oscuridad refrigerada. Pero ella se negaba aunque apreciaba el ofrecimiento.

La verdulera a veces deslizaba un ramo de violetas o algún crisantemo con el tallo accidentalmente quebrado en la mano de Melanie, y eso era lo que más le gustaba. Era una mujer de tez oscura que parecía gitana y hablaba con voz susurrante, grave y risueña, tenía las manos negras de tanto desenterrar patatas. Siempre que veía a Melanie le daba a Victoria un plátano y le decía a Melanie que se sirviera unos frutos secos. Decía «Que Dios os bendiga» y no «adiós» y Melanie salía de la verdulería reanimada y con una almendra entre los dientes.

—Me gustaría que Tío Philip fuera verdulero —dijo una vez Victoria—. ¡O vendedor de golosinas!

Pero ¿dónde estaba Londres, dónde el ruido y el anonimato de la gran metrópolis? Alcanzaba a ver las luces desde las ventanas más altas, pero nada más.

Los Flower llevaban una vida muy recoleta. Nadie los visitaba por las tardes o venía a charlar durante el día, excepto por motivos de negocios, para venderle madera a Tío Philip o para contratar a Francie con su violín. Ni amigos ni visitantes. La vida era una calma hechizada. No había televisión ni tocadiscos y ni siquiera una radio. Tío Philip amaba el silencio. Pero Francie había traído a escondidas una diminuta radio de transistores y con ella escuchaba furtivamente a veces Radio Eireann, cuando había música.

Después de las compras, Melanie ayudaba a su tía: atendía a los clientes o escribía las tarjetas de los precios o se dedicaba a la tarea infinita de lustrar la madera del mostrador y los cajones, manchada de continuo por los dedos sucios de los pequeños clientes. El cambio de su modo de vida era tan vasto que parecía inverosímil; a veces se detenía con el trapo de lustrar en la mano, bajo la mirada vigilante del loro y decía en voz alta:

—¡No es posible que ésta sea yo, que ésta sea realmente yo!

Pero así era. A la noche, una vez que se había despejado la mesa del té y las cosas estaban lavadas y Tía Margaret había arrebuñado a Victoria en la camita, Melanie se instalaba en la cocina y leía sus viejos libros. No se había equivocado: en casa de Tío Philip no había un solo libro, excepto el libro de contabilidad, a menos que hubiera algunos secretamente guardados en la habitación de los hermanos. Era posible, pero ella nunca los vio leer, aunque Francie compraba de vez en cuando el *Irish Independent*. Lo leía en el cuarto de baño, donde ella lo había visto el primer día. Siempre lo guardaba detrás de la tubería; y cuando Tío Philip lo encontraba lo arrojaba al pasillo y saltaba sobre él. Y pronto volvía a aparecer detrás de la tubería, con huellas de pisadas.

De todos los libros de Melanie sólo había sobrevivido una caja, una colección descabellada que incluía *Winnie the Pooh* y los libros del doctor Doolittle, que ella releía nostálgicamente una y otra vez. Parte de su infancia parecía atrapada en esos libros con manchas de chocolate y en las páginas especialmente amadas que años antes había señalado con envoltorios de caramelos y trocitos de cinta de color. Nunca

tocó los escasos libros para adultos, en su mayoría textos escolares, y escondió el ejemplar de *Lorna Doone*, pero se aferraba a los demás como si fueran salvavidas.

Leía y leía y leía mientras Tía Margaret remendaba calcetines, cosía innumerables botones y cortaba ropas para juguetes y muñecas, vestidos y chaquetas para osos y monos antropomorfos y capas de seda y terciopelo para las grandes marionetas que aparecían en el teatro. Siempre había una pila interminable de ropas en el enorme cesto de costura de mimbre, que parecía la cesta de un encantador de serpientes. Del cesto brotaban oleadas de telas de brillantes colores que amenazaban ahogarla, pero Tía Margaret luchaba como un hombre y los dedos se le movían como la luz. Melanie pensaba que si al menos Tío Philip le hubiera comprado una máquina de coser no habría tenido que repasar a mano esas largas costuras.

Melanie leía y Tía Margaret cosía, siempre en silencio. Sólo se oía el lento goteo del grifo en la pila y el pesado tic tac del reloj de cuco y sus interjecciones regulares en dos notas. Melanie todavía no se había acostumbrado. Se sobresaltaba cada vez que las oía. A veces el perro rascaba la puerta para que lo dejaran entrar. Otras, para que lo dejaran salir. A veces dormía en la alfombra de trapos que había junto a la estufa eléctrica y roncaba tranquilamente, o sacudía las patas como si estuviese cazando conejos en sueños. Tía Margaret dejaba de coser, alzaba los ojos, y le sonreía nerviosamente a Melanie para demostrar que eran amigas. En ocasiones Finn tenía una tarde libre y entonces Melanie y él jugaban a juegos de lápiz y papel como «la batalla naval», pero por lo general Tío Philip necesitaba a Finn abajo para que lo ayudara con las marionetas. Tío Philip se ocupaba de las marionetas por la noche, cuando se guardaban los juguetes.

La presencia abrumadora y opresiva de Tío Philip llenaba la casa, aunque Melanie sólo lo veía durante las comidas. Sentía sin embargo que aquellos ojos incoloros estaban evaluándola y juzgándola todo el tiempo. Temblaba involuntariamente cuando lo veía. No podía asociarlo mentalmente con su madre, aunque los dos hubieran nacido de la misma mujer. Él no estaba hecho de la textura y la sustancia de su madre, amable e ineficaz; parecía desgajado por un rayo. Melanie sentía su irracional violencia en el aire que lo rodeaba. A veces se lanzaba como un vendaval contra Finn y le golpeaba la cabeza cuando la distraída insolencia de Finn iba demasiado lejos. Con frecuencia Finn salía del taller con un pómulo amoratado o un ojo hinchado a consecuencia de algún desacuerdo en el trabajo que tenían entre manos. Entonces, Tía Margaret, gimiendo, lo frotaba con un ungüento a pesar de las protestas de Finn o le ponía un emplastro sí la piel estaba cortada. Sin embargo, no parecía que a Finn esto le importase; lo sobrellevaba como un azar cotidiano.

Francie se encerraba día y noche en la habitación que compartía con Finn (era, descubrió Melanie, la habitación contigua a la suya) y tocaba continuamente el violín excepto si lo llamaban para animar los clubes irlandeses de Londres o alguna otra reunión. Melanie oía la líquida vibración que resonaba suavemente cuando subía al cuarto de baño. A la noche, una vez que bajaba la marea de la costura. Tía Margaret

solía subir a la habitación de Francie y lo acompañaba con la flauta. No invitaba nunca a Melanie que, en esas ocasiones, sola con el perro viviente y su retrato, sentía que a nadie en el mundo le importaba que estuviera viva o muerta.

Ahora Jonathon armaba modelos de barcos bajo la supervisión de Tío Philip y aprendía a tallarlos directamente en bloques de madera. Dedicaba a esa actividad todos los minutos que no invertía en dormir o en comer. Incluso al anochecer trabajaba con sus barcos mientras Tío Philip y Finn se ocupaban de las marionetas hasta que el reloj daba las ocho y tenía que irse a la cama. Al pasar por la cocina echaba un distraído «buenas noches» a Melanie, y eso era todo lo que le decía, aunque nunca le había dedicado muchas palabras más.

«Philip está contento con Jonathon», escribió Tía Margaret en la pizarra.

—Qué bien —dijo Melanie. Pero sabía en el fondo de su corazón que si alguna vez había tenido a Jonathon ahora lo había perdido definitivamente.

No había dinero de bolsillo para ninguno de ellos. Había un solo frasco de champú para todos. Melanie decidió no hablar de un pijama nuevo hasta que la necesidad fuera realmente urgente.

Mientras tanto, las hojas que aún le quedaban al sicómoro de la plaza cayeron y fueron barridas al olvido por las tias escobas municipales. Las noches llegaban más temprano, envueltas en siniestros mantos de niebla como personajes de Edgar Allan Poe. Melanie, la cara apoyada contra el frío cristal de la ventana, no miraba el jardín desolado ni las luces que florecían en los fondos de las casas sino los campos en que brillaba la escarcha y las bayas cada vez más rojas de los cercos. Fuera, el humo de las hogueras de hojas muertas atenazaba la garganta. Melanie salía al jardín con los guantes puestos, arrojaba al césped migas de pan y cortezas de tocino y veía bajar a los pájaros hambrientos. Una serie de imágenes le pasaba por la mente. A la luz de las lámparas, rostros alrededor de una mesa en que humeaban platos invernales, guisos reconfortantes y budines que rezumaban almíbar dorado. Mamá le ponía una bufanda y le ajustaba el abrigo al cuello. En la chimenea del salón ardían los leños y Papá fumaba su pipa mientras desplegaba *The Times*, Mamá leía una novela; Melanie, sobre la alfombra de piel, entre los dos, se limaba las uñas y la lluvia que restallaba contra las ventanas hacía aún más cálido el fuego del hogar.

Todo era extraño y remoto, como si nunca hubiese ocurrido o le hubiese ocurrido a otra persona. Pero esto otro era la realidad, la casa glacial, alta e incómoda, con sus amenazantes túneles de pintura marrón por donde rugían como locomotoras las corrientes de aire. Esto, se dijo, era la verdad dura y desamorada, el negro y amargo pan de la vida; la ternura del pródigo pasado era sutil, insustancial.

«Eva debía de sentirse así cuando se alejaba del Edén», pensaba. «Y era por su culpa».

La carta a la señora Rundle tuvo respuesta. La augusta letra negra y redonda de la señora Rundle se paseaba por el papel con la majestad de un anticuado Rolls Royce. La señora Rundle se alegraba de que estuvieran bien. Era bueno que las familias se

reunieran. Ella estaba contenta en su nuevo puesto pero extrañaba a los niños.

«Y sólo desearía ser de la familia para poder ayudar y tener algún derecho a veros. Pero no es así y los recuerdos son mi única familia. Sólo me queda rezar por vosotros, como hago todos los domingos, y desearos lo mejor. Un beso especial para Victoria, mi niña, y todo mi amor para vosotros».

Todo su amor. Baúles y cómodas y soperas y armarios de amor, toda una vida ahorrando amor que por fin podía distribuir generosamente, aunque desde lejos. Les enviaría una tarjeta en Navidad, con cruces que simbolizaran besos, aunque Victoria ya no la recordaba y la misma Melanie empezaba a olvidarse de las verdaderas y concretas personalidades de los suyos. Sus figuras se le disolvían en la mente, sus rasgos se difuminaban y eran ya tan tenues y ambiguos como los de la señora Rundle. Teñidos románticamente de melancolía por la muerte de sus padres, ella y sus hermanos se habían convertido en hijos de un sueño, buenos y hermosos. Los ves y no los ves. ¿Quién los había soñado? ¿Era ella parte de un sueño de la señora Rundle? De todos modos, Melanie plegó la carta y la guardó en un cajón de la cómoda entre las bragas y los pañuelos, como si fuera un amuleto, para no olvidar que el pasado era real.

El miércoles la tienda cerraba a mediodía. Justamente antes de hacer girar el signo que colgaba detrás del cristal de la puerta para que se leyera «Cerrado», entró una mujer a ver juguetes. Era una mujer rica, vestida de piel de ante, que había venido en su coche desde el norte del río. La tienda atraía siempre a clientes de esa clase, que Tío Philip despreciaba profundamente.

—Son las personas así —había dicho una vez lleno de furia—, las que nos traen el suplemento en color de los domingos.

—Una vez tuvimos aquí al fotógrafo de un suplemento dominical —le dijo Finn a Melanie una mañana, cuando ella vio un nuevo conjunto de muñecos saltarines (soldados de chaqueta roja con una hilera de medallas meticulosamente pintadas) y exclamó que eran demasiado buenos para los niños.

—Ese hombre quería hacer una nota gráfica. Juguetes para adultos. Dijo que nosotros, tu tío y yo, habíamos conseguido una fusión única de artesanía tradicional y arte pop. Nos dijo que si le hacíamos caso tendríamos a medio Londres golpeando a la puerta. —Finn tiró del hilo de uno de los muñecos, que agitó vivamente los brazos—. Entonces tu tío le destrozó la cámara. Doscientas libras de equipo rodaron por las escaleras del fondo. Fue necesaria toda mi labia irlandesa para no terminar ante un tribunal.

—Pero ¿por qué?

—Philip Flower tiene sus propias ideas. No quiere que la gente que él desprecia le compre juguetes para jactarse ante sus relaciones.

—Me gustaría algo pequeño y alegre —dijo la mujer, con una sonrisa en los labios pintados del anaranjado más claro posible—. Algo que le haga decir a mis amigos «¿Dónde has encontrado eso?».

Pero era necesario atenderla. Melanie cubrió de juguetes el mostrador y ella pasó sus guantes de piel por las superficies pintadas de madera y de plomo, exclamando a intervalos «Dios mío, son súper» y finalmente se limitó a comprar una máscara de bruja. «¡Tacaña!», pensó Melanie, que sin proponérselo empezaba a desarrollar algunas actitudes típicas de las vendedoras. Envolvió cuidadosamente la máscara aunque oyó el gong y comprendió que llegaría tarde a la mesa.

La mujer salió andando ligeramente con sus botas de charol de tacón alto y subió al Mini aparcado junto a la acera. Era el tipo de mujer que solía ir a pasar el fin de semana en casa de Melanie con una maleta llena de vestiditos negros para el cóctel y la cena. (¿Por qué era todo tan diferente cuando la comida principal se servía al mediodía, como en casa de los Flower?). Habría sido perfectamente posible que Melanie, al crecer, se convirtiera en una mujer así.

Finn, que también estaba retrasado, llegó desde el taller y ayudó a Melanie a guardar los juguetes. Ella nunca estaba del todo a gusto con Finn, aunque jugara con él a la batalla naval. La seguía con aquella mirada oblicua y le sonreía como si supiera acerca de ella secretos que no quería compartir. Y ella aún no se había acostumbrado a su suciedad física, su extraordinaria, extravagante y casi apasionada suciedad. Se había quitado la bata endurecida por la pintura pero tenía manchas azules en el pelo y las manos.

—¿Qué hacemos esta tarde? —preguntó él tan casualmente como si pasaran juntos todas las tardes de los miércoles.

—¿Qué? —replicó ella.

—¿No quieres salir a pasear?

—Todavía no he ido más allá de la plaza —dijo ella. ¿Sería posible que fueran a Londres, a la ciudad dorada?

—Entonces iremos a caminar. —Le sonrió casi con dulzura. Melanie estaba preocupada porque no sabía si las normas de la casa le permitían salir a pasear con Finn y, además, porque iban a llegar tarde a comer. Pero Tío Philip no estaba en la mesa ni fruncía el ceño al ver las dos sillas vacías; ni siquiera le habían puesto cubiertos. Había salido a comprar madera. Necesitaba más madera.

—Cuando el lobo no está... —dijo Finn. Había ambiente de fiesta. Comieron un budín de carne con especial apetito y cuando todo estuvo en orden Melanie corrió escaleras arriba a peinarse. Con la cinta en la mano, decidió no trenzarse otra vez el pelo, y se lo soltó y lo dejó caer sobre la espalda para agrandar a Finn, aunque él no se lo merecía. Oyó en la habitación contigua las quejumbrosas pruebas de sonido del violín que Francie afinaba.

Tía Margaret ayudaba a Victoria a construir una casa muy alta con unos naipes grasientos en el sucio, de la cocina. Le sonrió a Melanie y señaló el impermeable levantando interrogativamente las cejas rojas.

—Le voy a mostrar los alrededores a Melanie —dijo Finn, mientras abrazaba los hombros de su hermana, mecía hacia uno y otro lado su forma arrodillada y la hacía

reír en silencio; Tía Margaret parecía una muchacha. De pronto, la planta baja de la casa de naipes se derrumbó y Victoria se echó a llorar.

—Vamos —dijo Finn. Llevaba un impermeable de plástico negro que crujía a cada movimiento. También él se había peinado el largo pelo para el paseo y se había esforzado por borrar la pintura azul que le manchaba los dedos. Estos preparativos inquietaron a Melanie. ¿Por qué se molestaba en embellecerse para ella?

Todas las tiendas estaban cerradas y en la pequeña plaza reinaba la paz de los domingos. El *bull-terrier* blanco acechaba pensativo ante la puerta de la tienda de artículos de segunda mano y cuando ellos pasaron levantó la pata para orinar.

—Perro bueno —le dijo Finn. En tres patas, el perro movió la cola pero no los siguió, quizá porque no quería entrometerse.

Había una máquina expendedora de chicle de burbujas fuera de la cigarrería. Finn sacó un paquete para cada uno.

—Hace años que no masco estos chicles —dijo Melanie con aire de duda.

—Yo lo hago sólo para fastidiar a tu tío.

Ella desenvolvió el suyo y se lo llevó a la boca.

La tarde era desapacible; los pocos hombres y mujeres que había en la calle parecían desconcertados y ateridos, como si en sus casas no hubiera suficiente calor para abrigo. Los cercos de ligustro se inclinaban, quizá fatigados por el esfuerzo de conservar sus hojas verdes. Iban por calles tristes donde había niños de color sentados en los portales, demasiado apáticos y deprimidos para jugar, que los miraban con unos enormes ojos negros en los que se había extinguido el sol de los trópicos. De vez en cuando oían llorar a un bebé en un destartado cochecito. Desbordantes cubos de basura infestaban los patios y los descuidados jardines del frente. Había botellas vacías, sucias, que esperaban en vano al lechero.

—Esta parte del sur de Londres ha conocido días mejores —dijo Finn, mascando chicle.

—Sí —respondió Melanie, que hasta el momento no había disfrutado del paseo.

Era un suburbio alto y ventoso. La plaza, su decrepito centro, coronaba una cuesta empinada de donde descendían calles que habían sido en otros tiempos señoriales y rebosantes de ocio y dinero, bordeadas de casas de una cómoda clase media cuyas hijas tocaban educadamente *La última rosa del verano* o *Créeme si el encanto de la juventud* en pianos de palo de rosa con cornamentas de candelabros, y en cuyos comedores de color rosbif los caballeros se alegraban con el oporto de la sobremesa y la caoba reflejaba asados al carbón atendidos por oscuros rebaños de criadas. Ahora parecía que esas casas en pleno deterioro, abrumadas por el peso de una excesiva y desolada carga de humanidad, estuvieran haciendo cola para una monumental demolición, abrazaran con fervor la extinción de una antigua grandeza o se entregaran a la ruina con un abandono casi lujurioso. Sin embargo todavía había árboles plantados en los buenos tiempos y se podía entrever una buena cantidad de cielo. Era un sitio a la intemperie, habitado por el infortunio. Y casi no había tránsito.

—Tú vivías en el campo, ¿no es así?

—Recuerdo haber vivido también en Chelsea. Poco tiempo.

—Ah —dijo Finn—. Esto no se parece a Chelsea.

—No. —Melanie pateó una lata que había contenido rodajas de pina si podía creerse en el marbete. Repiqueteó en la calzada y despertó un concierto barroco de ecos en los podridos aleros de tejas y en alguna parte, en una habitación protegida por unas sucias cortinas de red, un bebé se echó a llorar.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Al parque.

—¿El parque?

—Todo lo que queda de la Exposición Nacional de 1852, Melanie. Se hizo aquí cuando esto era un bonito pueblo de las afueras de Londres, y cien trenes por día traían a los visitantes. Edificaron un inmenso castillo gótico, una especie de fortaleza de las Highlands, y lo llenaron con todo lo que se les ocurrió. Inventos, cosas y productos caros y obras de arte. Vino todo el mundo. Era como la exposición de París, aunque menos frívola, y se hizo antes. —Sopló reflexivamente una burbuja de chicle—. El castillo estaba hecho de *papier maché* especialmente tratado para soportar el mal tiempo. Una cosa muy ingeniosa.

—Pero entonces ¿qué pasó?

—Alguien dejó caer allí una cerilla en 1914. Fue suficiente. Ardió a grandes llamaradas y en toda Europa se apagaron las luces. —Fue la pira fúnebre de la reina Victoria—. Cualquiera habría pensado que también debía estar hecho a prueba de fuego. Pero no. Una vez pinté el incendio como una alegoría. El castillo era una mujer gorda que sólo tenía puesta una manta escocesa. —Sopló otra burbuja—. Lo pinté al estilo de las alegorías de Rubens.

Ella imaginó unas toscas mujeres desnudas y unas llamas rígidas y puntiagudas como las que se ven en las cajas de fuegos de artificio.

—Debía de ser un cuadro extraordinario —comentó.

—Sí que lo era. —Finn la miró de soslayo y ella, incómoda, vio que se reía. No había nada que decir. No dijeron nada. Pronto llegaron a una sólida cerca de relucientes estacas de madera con una puerta en que se leía «Privado» sobre una cerradura dentada. La cerca llegaba hasta donde ella podía ver y por encima ondulaban las copas marrones de los árboles.

—Es aquí, Melanie.

—Pero...

—Proyectan arrasar el parque y construir apartamentos para trabajadores. Pero ya lo anunciaban en el periódico local cuando llegué aquí.

Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta. Entraron directamente en un denso bosque de avellanos. El suelo era un blando tremedal de hojas muertas empapadas por la lluvia. Las ramitas desnudas les raspaban la cara como nudillos huesudos. Melanie sintió el olor empalagoso del impermeable de plástico y aferró

impulsivamente la mano de Finn. Él le apretó los dedos contra su palma encallecida y la guió hacia adelante. El silencio era como algodones apretados contra los oídos.

El parque, anegado, abandonado, yacía despatarrado en toda su extensión, como si hubiese tenido un desvanecimiento. Los árboles habían dejado caer grandes ramas o se habían derrumbado del todo echando las raíces al aire. Plantas y arbustos sobresalían de los arriates como mujeres gruesas que se hubieran quitado el corsé, como espinosas marañas cazadoras de hombres. Era una fría y húmeda selva norteña. Pero Finn pisaba con seguridad. Parecía conocer cada centímetro de ese caos. Salieron del bosque a un campo despejado en que las ásperas hierbas se les enredaban en los tobillos. Eran de esa clase de hierbas que lastiman las manos cuando uno las toca. En oleadas grises, el parque ondulaba hacia la nada y la niebla que empezaba a descender. Nada se movía. No había nadie más.

—Es la tumba de un parque de atracciones —dijo Finn—. Por eso es tan deprimente.

Bordearon el espacio abierto sin alejarse de la zona boscosa que antes había sido un jardín y Melanie estaba agradecida, porque se hubiera sentido demasiado visible y expuesta en ese mar de hierba, una diana perfecta para el disparo de un francotirador o la saeta de un antiguo arquero que se deslizara furtivamente entre los arbustos salpicados de musgo. Pero allí estaban a salvo. Finn la ayudó a pasar sobre un tronco caído cubierto por una floración de setas amarillas.

—Seguramente había tiendas de café, galletas de jengibre y *souvenirs* —dijo Finn—. Y también espectáculos teatrales. Y pregoneros y cantantes de baladas. Esas cosas. Y glorietas para que uno pudiera refugiarse con su novia si llovía. Y un espíritu cordial y festivo, supongo, aunque parezca difícil de creer.

—Es muy extraño —dijo ella. Hablaba en voz tan baja como él; sentía que había algo que no deseaba perturbar.

—Mira —dijo Finn, apartando unas ramas. Melanie vio una leona de piedra protegiendo a sus cachorros en la boca de una gruta. Cien años de intemperie le habían teñido de verde oscuro el lomo y las deyecciones de las aves le blanqueaban la cabeza. Los ojos labrados en piedra los miraban con esa ceguera fantasmal de las estatuas, qué siempre parecen percibir una dimensión habitada por otras estatuas.

—Debería llevar una corona —dijo Melanie, recordando la leona del arca de Noé.

—Dentro de un instante te mostraré a la reina —dijo Finn—. Es la Reina del Erial.

No sonreía. Hablaba en tono curiosamente elegiaco, y se movía suavemente, con pies de seda, en homenaje a la desolación del lugar y de vez en cuando tocaba un árbol o un trozo de escultura caído como si pidiera excusas. Melanie se preguntó qué significaba para él ese lugar, que al parecer tanto le importaba. No había esperado que en la mente de Finn hubiera sitio para semejante paisaje. Mostrarle ese lugar, desear que se paseara por él, era un gesto profundamente amistoso. Melanie lamentó no ser capaz de apreciarlo.

—Huele a mortalidad podrida —dijo Finn con la vista perdida en la invisible distancia.

—¿Y eso a qué huele?

—A fango.

Ella sentía que una fría desazón la calaba hasta los huesos, tan insidiosa como la humedad que se le filtraba a través de los zapatos. Pero si no lo seguía se perdería.

—Todos estos jardines estaban llenos de estatuas —dijo él—. Dríadas, esclavas, bustos de grandes hombres, héroes a caballo y a pie. Un bonito sitio al aire libre para pasear y oír las bandas de música. Han vendido algunas estatuas aunque no puedo imaginarme quién querría comprarlas. Pero muchas se han quedado porque no quieren irse.

—Dices cosas raras —se quejó Melanie, con los pies mojados. Él la miró por encima del brillante hombro negro.

—Raras para un chico criado en un barrio de tugurios, ¿eso quieres decir?

Ella enrojeció.

—De vez en cuando leía libros en la biblioteca. Y sabe Dios que vivir con tu tío es toda una educación.

De pronto se acabó el suelo de tierra y se encontraron en un gran damero de mármol blanco y negro; del otro lado, una ancha escalinata de piedra descendía hasta el lecho seco de un estanque ornamental, que la neblina convertía en un tazón de leche. La balaustrada estaba adornada a intervalos con figuras clásicas, castamente veladas, y en las gráciles actitudes había una tierna mojigatería aunque a varias les faltara un brazo o la nariz o no tuvieran cabeza, y todas estuvieran sucias de hollín y maltratadas por la intemperie. La escalinata estaba cubierta de trozos de mampostería y otros escombros. Caminaron por el suelo de mármol que había sido una pista de baile. En ese momento, una orquesta de cuerdas tendría que haber empezado a tocar entonces algún vals de otras épocas.

Melanie, unos pasos más atrás, se adelantaba con infinito cuidado pisando sólo los cuadrados blancos. Tal vez, si no pisaba ninguno negro, cuando llegara al otro extremo tendría un breve escalofrío y se despertaría entre las sábanas rayadas de su cama de antes, le diría buenos días al manzano y se miraría en el espejo que no había roto. Desde entonces no veía su imagen reflejada. Sintió pánico al recordar que no se había visto la cara durante tanto tiempo.

«¿Seguiré siendo igual? Dios mío, ¿seré capaz de reconocerme?».

Casi avergonzada de ese temor supersticioso, tímidamente, se tocó la nariz y las mejillas frías con los dedos envarados y sin guantes. Pero el tacto no le dijo nada.

Ve con cuidado, pisa sólo el mármol blanco. Esto no podía ocurrirle a ella, no podía ser verdad que estuviera andando por los cuadrados blancos detrás de Finn, que se movía como si no pusiera los pies en el suelo, con una gracia fantasmal. ¿Y qué ocurriría si pisaba uno negro? ¿Esta siniestra pesadilla seguiría durante el resto de su vida, durante sesenta o quizá setenta años? Y si pisaba las junturas, por donde

asomaban plantas, ¿se abriría el suelo y la devoraría y todo, fuera lo que fuese, habría terminado?

Finalmente pisó la hierba. Se había mantenido religiosamente en los cuadrados blancos. El brillante caparazón de Finn estaba aún allí delante. Melanie no sabía si creer en él o no.

—Aquí está —dijo él suavemente.

—Ah... Tu reina.

Al final de la baja barrera de pilares, frente a la pista de baile, había un escenario rococó de piedra, con gradas y una ornamentación de pastel de bodas. En un trozo liso de la cubierta de azúcar alguien había escrito con lápiz labial: «Gordon Cox tiene un miembro feroz».

—Lo lamento —dijo Finn—. Un vándalo, sin duda.

De ese escenario había caído de costado, mucho tiempo antes, una gran figura que ahora yacía boca abajo sobre una charca en la que se miraba como Narciso. La estatua se había partido en dos por la cintura y las dos partes habían quedado en ángulo recto.

Tenía manchas de barro y de musgo pero era reconocible e inconfundiblemente la reina Victoria en el apogeo de su madurez.

—Alberto estaba en el otro extremo —dijo Finn—, pero alguien se lo ha llevado. Me he preguntado muchas veces dónde habrá ido. Lo más probable es que le alegrara alejarse de las reprimendas de Victoria.

Sacó un pañuelo, se arrodilló y limpió delicadamente el barro de la pálida cara de mármol. Melanie tocó el torso con el pie, pero era demasiado pesado y no se movió.

—No me gusta —dijo involuntariamente—. Y además, pobre, tiene la nariz en el suelo.

—Así suele ocurrir —dijo filosóficamente Finn, inundándola con el océano gris verdoso de sus ojos.

Oscurecía; los relojes se habían atrasado varias semanas antes y era de noche más temprano. A lo lejos, a través de la niebla, la borrosa ciudad parecía la huella de un pulgar sucio de hollín. Se encendieron unas pocas luces. Los árboles y los arbustos perdieron la precisión de sus contornos deshojados. Los blancos cuadrados de mármol del pavimento brillaban como un espectral tablero de ajedrez. Melanie sintió una o dos gotas de agua en la cara, lluvia, tal vez, o la humedad coagulada del aire, o la espuma de la mirada de Finn. Él se quitó de la boca el chicle de burbujas y lo pegó deliberadamente en el abundante trasero de piedra de la reina Victoria. Melanie supo en seguida que iba a besarla o que trataría de hacerlo.

No podía moverse ni hablar. Esperaba llena de aprensión. Si tenía que ocurrir ocurriría, y entonces sabría cómo era ser besada, lo que ahora ignoraba. Por lo menos tendría un poco más de experiencia, aunque sólo fuera Finn quien la besase. Se estremeció al mirar los dientes descoloridos de Finn. El pelo se le alzaba como la llama de una vela.

Estaban a ambos lados de la reina caída. Él apoyó ligeramente el pie en las nalgas de piedra e impulsado por un capricho excéntrico levantó los brazos de polivinilo negro en mitad del salto, los agitó graznando como un cuervo, y abrazó a Melanie. Todo se oscureció entre los pliegues del abrazo. Melanie estaba muy asustada y a punto de llorar.

«Co, co», repitió el eco del impermeable.

—No te asustes —dijo él—. Sólo es el pobre Finn, que no te hará daño.

Melanie se recobró, aunque todavía temblaba. Vio su propio rostro reflejado en las pupilas de unos ojos submarinos. No había cambiado: era la misma. Se saludó, aliviada. Él era apenas más alto que ella y sus ojos estaban casi al mismo nivel. Deseó que él tuviera diez centímetros más. O doce. Sintió contra la mejilla la suavidad de una boca de bestia. No se movió. Rígidamente, sin responder, estaba entre sus brazos y se miraba en sus ojos. Era un consuelo verse tal como se recordaba.

«Oh, vamos, acaba de una vez», pensó con furia.

Él sonreía como Pan en los bosques. La besó con los ojos cerrados de modo que ella no pudo verse más. Los labios de él eran húmedos, ásperos. Podría haber sido otra persona y, además, ella no lo conocía bien, si es que lo conocía. Se preguntó por qué hacía eso, por qué le ponía la boca sobre la suya, inerte, por qué movía suavemente su cuerpo contra el de ella. ¿Qué necesidad había? Se sintió muy lejos de él y también superior.

Pensó vagamente que debían de tener una apariencia sorprendente, propia de una película inglesa de la nueva ola, así, estrechamente abrazados junto a una estatua rota en un parque de atracciones abandonado, envueltos en el anochecer de noviembre, con el pelo amarillo de Finn y el negro de ella enredados por las leves manos de la brisa. Deseó que alguien los mirara y apreciara la escena, o que fuera ella misma quien mirara desde cien metros de distancia, detrás de un arbusto, a Finn besando a esa muchacha de pelo negro. Así parecería romántico.

Finn le introdujo la lengua entre los labios y le buscó la suya. Ella no lo pudo soportar. Se sofocó y luchó y lo golpeó con los puños, horrorizada por esa unión personal y sensual, esa grosera invasión de su intimidad, esa humillación. Mientras se debatía estuvo a punto de caer al barro junto a la reina muerta pero Finn la sostuvo firme y delicadamente por los hombros, a pesar de la violencia con que ella lo golpeaba. Cuando se calmó la soltó lentamente y ella se alejó unos pasos dándole la espalda, con las manos en los bolsillos. Él se secó la boca con el dorso de la mano.

—Mirad mis obras, vosotros los poderosos, y temed —le dijo a la estatua. Luego recogió el chicle, lo examinó, y volvió a metérselo en la boca.

Habría para el té *samesde* patata, partidos en el medio y con mantequilla derritiéndose en los dorados interiores, y probablemente tartas de mermelada, porque Tía Margaret se dedicaba a la repostería.

La fragancia de la cocina era deliciosa. La luz hirió los ojos de Melanie y el calor

le cosquilleó la nariz y los dedos. Victoria, en el suelo, moldeaba algo con los recortes de masa.

—Un pájaro —dijo Victoria, sosteniendo un grisáceo trozo de masa.

—Claro que sí —dijo Melanie. En cuclillas al lado de su hermana, la abrazó porque era pequeña, regordeta y feliz. Victoria se retorció.

—No hagas eso —dijo—. Ahora estoy ocupada. Estoy jugando.

—Es un pájaro muy bonito —dijo Melanie en tono conciliador—. Me di cuenta apenas lo vi.

—Has hecho que lo apriete —dijo Victoria y lo arrojó a través de la habitación. Golpeó en el flanco al perro dormido, que despertó, lo olió, se lo comió y eructó. Melanie nunca había visto eructar a un perro. Era un día de primeras veces. Siguió sentada, inmóvil, en el suelo. Tía Margaret se limpió las manos cubiertas de harina en el delantal cubierto de harina.

«¿Fue un bonito paseo?», escribió con tiza en la pizarra. Tenía una expresión alerta, vivaz, inquisitiva. ¿Era capaz de adivinar que Finn la había besado? ¿O lo habrían planeado de antemano como una broma? Pero no, era tonto pensar eso.

—Tengo los pies mojados —dijo Melanie—. Me dará un catarro. —Que se convertirá en una neumonía, y me moriré y a nadie le importará.

Finn debía de haber bajado al taller. Había entrado con él en la tienda, pero no la había seguido a la cocina. Ella no quería verlo ni hablarle. Quería estar sola y a oscuras. Escapó a su habitación, se sentó en la cama acurrucada en el impermeable húmedo y tironeó las puntadas de la banda negra del brazo.

«¿Por qué no sentí nada? ¿Hay algo que marcha mal en mí? Y además de lo horrible que me pareció, ¿hay algo que marcha todavía peor y me hizo sentir que era horrible?».

¿O sólo era porque había sido Finn quien la había besado, y no uno de aquellos hombres en cuyos brazos se había imaginado algún día, cuando imaginaba esas cosas tiempo atrás? Ahora ya no podría imaginarlas porque pensaría en los besos húmedos de Finn. —Vio que casi se había arrancado de la manga la banda de luto, de manera que lo único posible era desprenderla del todo.

Las cortinas se movían en las ventanas. Los geranios proyectaban fantásticas sombras: las flores eran coles y las hojas, paraguas. Las barras de la cama de Victoria parecían negras y amenazantes y la línea de luz debajo de la puerta era un lápiz brillante que en cualquier momento se levantaría para escribir «¡Melanie no es normal!» con letras de fuego en la pared. A fin de tranquilizarse contó las rosas del empapelado; apenas podía distinguir sus pesados rostros oscuros. Una rosa, dos rosas, tres rosas... Yen el corazón de la tercera, una luz. Un redondel de luz. Lo miró ociosamente y luego con creciente curiosidad. Un agujero en la pared, por el que se veía la luz de la habitación contigua. Un agujero redondo y bien hecho.

Finalmente se levantó y se arrodilló junto al agujero, del tamaño de un penique. Recordó la primera noche, cuando había espiado a los Jowle por el agujero de la

cerradura, y pensó que siempre los estaba espiando. Ahora veía la tena incógnita del dormitorio de los hermanos, a la luz de una lámpara central sin pantalla.

Dos camas angostas y blancas, con las sábanas cubiertas por edredones acolchados de satén. Una alfombra en el suelo, negra y marrón, barata. Una silla de madera con castillos y flores pintadas. Debía de ser la de Finn. Un espejo cuadrado apoyado contra una pared pintada de rosado a la cal. Al lado del espejo había un cuadro. Se movió para ver mejor. Era una pintura muy extraña. Le pareció difícil de creer.

Tía Margaret estaba en un jardín de primulas, desnuda, con sólo un manto verde brillante echado sobre los hombros. El pelo escarlata que la envolvía disimulaba una delgadez extrema. El vello del pubis era un promontorio de fuego. Los pechos parecían a punto de convertirse en rosas. La carne era blanca y brillante. Finn debía de haber usado directamente la pintura del tubo. Por las mejillas blancas corrían dos gruesas lágrimas que brillaban porque eran dos cuentas de cristal facetado pegadas a la tela. Tenía sobre la cabeza una guirnalda entretejida de flores, tulipanes, narcisos, junquillos, atada a un arco verde a cada lado. Dos cupidos de plastilina rosa, en bajo relieve, sostenían los arcos entrechocando los rollizos talones. La pintura tenía un carácter secreto e íntimo, como un susurro detrás de la mano. Y tenía que ser una alegoría, aunque no al estilo de Rubens.

El agujero de la pared era redondo, estaba bien hecho y con evidente premeditación. Alguien lo había perforado. ¿Para qué? Presumiblemente, para espiarla. De modo que cuando creía estar sola alguien la miraba, cuando se quitaba la ropa o se vestía. Todo el tiempo alguien la miraba. Todo el tiempo que había estado en la casa. La habían invadido.

Supuso que era Finn quien más la espiaba, a menos que los hermanos se turnasen. Pero por algún motivo no podía imaginar a Francie arrimando un ojo al agujero, ni siquiera una vez, sólo para verla sin bragas. Era demasiado envarado, tenía el cuello demasiado tieso. Tom el Curioso era Finn, que además le había metido la lengua en la boca. Melanie enrojeció de furia.

«¡Qué sucia bestia!», se dijo.

Y en este mismo momento caminaba sobre las manos en el cuarto contiguo. Melanie estaba suficientemente enfadada como para ir a la habitación de Finn y acusarlo, pero lo pensó mejor, porque él era rápido y huidizo y, además, no quería verlo.

Tras un instante de reflexión, puso una silla delante del agujero y colgó el impermeable sobre el respaldo. Quizá fuera suficiente. Y no volvería a salir de paseo ni se quedaría sola con él si podía evitarlo, y lo congelaría con una mirada si trataba de hablarle. No era su amigo. Una serie de ruidos en la otra habitación indicaron que Finn giraba sobre manos y pies o practicaba saltos mortales.

Tía Margaret sólo tenía una alhaja además de su grueso anillo de boda. Era un curioso collar que se ponía después de la comida los domingos por la tarde, cuando también cambiaba las ropas negras cotidianas por su mejor vestido. Terminado el trabajo de la semana, esperaba que empezara otra igualmente dura con ese feo vestido de fiesta. Era anticuado y estaba hecho con una tela de lana, tiesa y barata, de un tono gris mortalmente aburrido que era la negación del color, la aniquilación de toda posibilidad de belleza, un gris absolutamente deprimido y miserable. Tenía cuello alto y mangas angostas, demasiado cortas para ella, de las que surgían unas muñecas huesudas y unas manos en las que se destacaba cada vena y cada nervio y que parecían cosidas a los puños y no una parte de los brazos. Era su mejor vestido porque era el único; el resto de su guardarropa consistía en tres o cuatro andrajosas faldas negras y cuatro o cinco jerséis negros informes con los codos raídos y puntos saltados que se destejían lentamente por sí solos.

El vestido caía recto desde sus hombros hasta el ruedo, por encima de los tobillos, en una larga línea vertical. No le quedaba bien, apenas le rozaba el cuerpo y se le enganchaba en las caderas puntiagudas. Era difícil imaginar que se hubiese comprado deliberadamente ese vestido; que un buen día hubiese ido a una tienda a probarse un vestido tras otro y que, al descubrir finalmente ese tubo de tela gris en una mesa cubierta de ropas de colores, se hubiera metido en él y, tras mirarse por adelante y por detrás en el espejo del probador, hubiese aplaudido y exclamado «Es hermoso, esto es lo que quería», mientras una vendedora perfumada y peinada con una permanente confirmaba: «Le queda perfecto, señora». Más probable era que lo hubiese heredado o comprado en una venta de caridad para descansar del sempiterno negro o tal vez (aún más probable) que lo hubiese elegido Tío Philip para que su esposa lo usara los domingos, y que ella lo hubiese encontrado en un cajón de la cómoda de su dormitorio de recién casada.

Era muy viejo y de corte muy anticuado y olía a naftalina y, levemente, a años de transpiración absorbida por la tela, pero había sido bien cuidado y conservado. Y era de todos modos su vestido de los domingos y, como tal, tenía cierta dignidad innata a pesar de su fealdad. Y de alguna manera, sobre todo porque no le quedaba bien y le caía torpemente en líneas paralelas, ese vestido tan a menudo limpiado, cepillado y planchado hacía que Tía Margaret pareciera mucho más joven.

Era una prenda que podría haberse puesto una buena chica para asistir a la escuela de doctrina de la iglesia. Con él. Tía Margaret parecía ingenua y juvenil. Completaban su atuendo unas medias con los agujeros y carreras remendados y un par de zapatos de tacón bajo y punta redonda, atados con cordones, también muy viejos pero bien lustrados y reservados exclusivamente para los domingos. Y cuando estaba vestida, sacaba su collar de algún estuche o del cajón de una cómoda y se lo ponía alrededor del cuello.

Era un collar cié, plata opaca, formado por dos piezas de metal, consteladas de piedras lunares, y que una vez abrochadas, le llegaban casi hasta el mentón de modo que apenas podía mover la cabeza. Parecía pesado, insoportable, muy antiguo, precristiano e incluso antediluviano, aunque en realidad no lo era. Coronando el decrepito vestido gris, adquiriría un aspecto insólito, exótico, siniestro. Obligaba a Tía Margaret a llevar la cabeza tan erguida y altanera como una reina de Asiría, pero su mirada era triste, inquieta y nada orgullosa.

Los domingos se peinaba con mucho más cuidado que de costumbre los rizos rojos, y esto, el gran collar y el aire juvenil le daban la sorprendente y fugaz belleza de una liebre, que duraba hasta la hora de acostarse, cuando se quitaba el collar y volvía a guardarlo. La brevedad de esa belleza cada semana resultaba asombrosa. Con Victoria en las rodillas, y la cabeza majestuosamente erguida a causa del collar, parecía un icono de Nuestra Señora del Hambre.

Cuando tenía el collar puesto, comía con gran dificultad. El té de los domingos no variaba nunca. Siempre pan y mantequilla, langostinos, ensalada de berros y mostaza, y un pastel dorado, ligero y esponjoso, cocido esa mañana en el horno al mismo tiempo que la pierna de cordero del domingo, de modo que tenía un leve aroma de carne asada. La mesa quedaba cubierta de bigotes de langostinos y el pastel era devorado hasta la última migaja, pero ella apenas si podía sorber penosamente una taza de té y jugar con algunas hojas de berro, a pesar de haber preparado el banquete. Tío Philip quebraba la coraza de un batallón rosado de langostinos que comía junto con una rebanada de pan y media libra de mantequilla y luego se quedaba con la parte del león del pastel mientras miraba satisfecho a Tía Margaret; al parecer le complacía su incomodidad, o tal vez incluso le despertaba el apetito.

«Es un hombre sin sentimientos», pensaba Melanie. Pero era el incómodo collar lo que hacía hermosa a Tía Margaret *Il faut souffrir pour être belle*. Erizado de piedras lunares, bárbaro y primitivo, podría haber sido, en una miniatura, escollar del mastín de un príncipe medieval de Persia que salía de caza. Seguramente Tía Margaret no lo hubiera elegido. Más natural sería que le gustaran las perlas cultivadas, como las del regalo de confirmación de Melanie, o un broche en forma de flor guarnecido de piedras frágiles y brillantes, o algún dije de oro con la foto coloreada de un niño o un tenue rizo, de cabellos. Sin embargo, estaba orgullosa de su collar. Era de plata verdadera.

«Fue mi regalo de boda», escribió con tiza. «Lo hizo él mismo. Con su propio diseño».

—Cielos, es muy hábil —dijo Melanie.

«Puede hacer cualquier cosa de metal o madera. Tal vez un día haga alguna joya para ti».

—Sería maravilloso —le dijo Melanie cortésmente. Y pensó: «Dios no lo permita».

Más tarde, Finn dijo:

—¿Sabes?, hacen el amor el domingo a la tarde, él y Margaret. —Tenía unos ojos de agua helada, y de pronto escupió. Melanie se sintió tan molesta que no oyó lo que él había dicho. El escupitajo parecía una caída piedra lunar.

—No te gusta mucho Tío Philip, ¿verdad? —dijo ella.

—¿Qué motivo tendría? —respondió Finn mientras se acariciaba un gran moretón oscuro debajo del ojo derecho. Había sido un mal día. El cincel se le había deslizado y le había cortado la carne hasta el hueso: no podía trabajar. Desde la tienda Melanie había oído los gritos de Tío Philip: «¡Lo has hecho a propósito, bastardo irlandés!» y los ruidos sordos de los golpes. Finn había subido sombrío, silencioso, goteando sangre, le había mostrado la herida sin decir palabra y había ido a pedirle a su hermana que lo vendase.

Ahora estaba sentado en el mostrador de la tienda, moviendo los monos flautistas y violinistas con la mano izquierda sana. De pronto exclamó:

—¡Que se pudra! —Y arrojó violentamente a un rincón el juguete, que se partió en filosas láminas de lata contra el suelo. El mecanismo de la caja de música murió con un sonoro acorde.

—¡Oh, Finn!

—Me gustaría romperlos todos —dijo Finn, indignado por los golpes recibidos. Parecía muy joven, un chiquillo, mientras lo decía, como si le hubieran pegado los muchachos más grandes del parque y no pudiera responder con otra cosa que odio—. Querría hincharme y soplar y derribar esta casa y quitarle a Maggie; y ella y Francie y yo podríamos volver a Irlanda y vivir tranquilamente juntos y tocar música y bailar un poco de vez en cuando.

—Y entonces, ¿qué pasaría conmigo y con los pequeños?

—Ah, eso no lo sé. Que cada uno encuentre su propio camino. —Finn acunaba la mano lastimada. La mancha oscura le subrayaba la bizquera—. ¿Tenía que ser la mano derecha la herida? ¿Mi mano de pintar? —Melanie fue a tirar el juguete roto.

No había querido hablar con Finn pero no podía evitarlo cuando él venía y se sentaba en el mostrador. Además, si no hablaba con Finn no lo hacía con nadie, aparte de su comunicación con Tía Margaret, y no soportaba tanta soledad. En definitiva, no tenía suficiente valor para apartarse por completo de Finn. Y al parecer, él simulaba que nunca la había tocado con su boca húmeda y caliente. De modo que después de cierto tiempo empezó a pensar, cuando él se mostraba amistoso y discreto, que ella había imaginado más de lo que había ocurrido, o que lo había imaginado todo. No obstante, cada vez que movía la silla veía el agujero de la pared. Y por consiguiente no cambió la silla de lugar.

—¿Y Jonathon? —le preguntó—. ¿Qué hace Jonathon cuando Tío Philip te pega? —No le gustaba la idea de que Jonathon fuera un espectador silencioso de esas escenas de fría violencia en el taller.

—No ve nada. Apareja sus barcos.

—No me gustaría que mi hermanito se sintiera mal.

—La mayor parte del tiempo piensa en otra cosa. Tu tío está encantado con él. Probablemente lo convertirá en su aprendiz, como hizo conmigo. Le impresionan los barcos de Jonathon. Ha hablado de empezar a hacer barcos en botellas porque Jonathon no quiere hacer otra cosa que barcos. Pero los hace muy bien.

—Es una especie de locura.

—Parece más bien una obsesión.

—No lo sé.

—Aunque sólo tiene doce años, es demasiado pequeño para tener obsesiones.

—Muchas veces —dijo ella lentamente— Jonathon parece no estar presente. Como si el verdadero Jonathon estuviese en otra parte y hubiera dejado una copia de sí mismo para que nadie se diera cuenta de que se había ido. Siempre ha sido así, incluso cuando era muy pequeño.

—Cuando se quita las gafas, le molesta el impacto del aire libre —dijo Finn.

—Los informes de la escuela decían siempre «Jonathon tendría mejores resultados si se esforzara».

—¿No es lo que dicen siempre los maestros? No te preocupes por Jonathon, Melanie. Está contento. Él pertenece a la familia de tu tío. Es un Flower.

—Un Flower —dijo ella, pensando por primera vez que era un nombre extraño.

—Al principio me pregunté cómo sería tu madre. Ninguno de los tres, me dije, parece un Flower. Son buenos y limpios y se suenan las narices en un pañuelo y no en las mangas. Pero ya empieza a notarse el parentesco.

—Mi madre —dijo Melanie, mientras la evocaba con dificultad— usaba guantes y sombrero y a veces iba a reuniones de comités.

Pero Finn ya no la escuchaba. Se miraba la mano lastimada con ojos velados y asesinos.

Esa noche Tía Margaret bañó a Victoria. Una vez por semana Tía Margaret se enfrentaba con el calentador del baño, un amenazante monstruo de metal gangrenado y estruendosas llamaradas de gas, para poder bañar a Victoria en diez centímetros de agua tibia y verdosa que tardaba un cuarto de hora en brotar del borboteante grifo. Melanie pensaba que Tía Margaret demostraba gran valor cada vez que encendía el oxidado y maniático calentador contra su voluntad y lo obligaba a soltar un chorro de agua caliente, o casi. Melanie había tratado de llenar la tina una sola vez, y el calentador había explotado con tal ferocidad que los cepillos de dientes bailotearon en el soporte y el vaso de Tío Philip dio un salto suicida desde el estante y rebotó en el suelo, afortunadamente sin romperse.

Después de eso usó únicamente agua fría, excepto cuando su tía le prestaba una tetera de agua hirviente para lavarse por partes en la cocina o en la tina del cuarto de baño. Bajo la toalla húmeda aparecían zonas resplandecientes de piel color albaricoque, primero una pierna, luego la otra. Recordó cómo se sumergía en agua perfumada todos los días y en verano hasta dos veces por día, y pensó que nunca más volvería a hacerlo, hasta que creciera y tuviera un cuarto de baño propio. También era

difícil lavarse bien el pelo.

Finn y Francie jamás intentaban encender el calentador de agua. Melanie no sabía cómo se lavaba Finn, cuándo y si lo hacía; pero Francie a veces llenaba una tina oval con ollas y teteras de agua caliente y se metía en ella en la cocina y cerraba la puerta. Y Tía Margaret hacía lo mismo con bastante frecuencia después de enviar a Melanie a la cama, temprano. Pero Tío Philip se bañaba una o dos veces por semana y al parecer tenía cierta autoridad sobre el calentador, porque jamás se encendía con violencia cuando él lo utilizaba. Dejaba el baño a la miseria, inundado y lleno de toallas empapadas. Melanie jamás descubrió a quién pertenecía el juguete de plástico que había encontrado en la tina. Todas las pruebas señalaban a Tío Philip, pero era poco probable.

No obstante, el baño semanal de Victoria era un ritual, una ceremonia que absorbía toda la atención de Tía Margaret y consumía mucho tiempo, mientras Melanie se quedaba sola en la cocina, feliz y al calor, una vez terminadas las tareas del día. Las fuentes y soperas del aparador, las sillas de respaldo recto y duro y la alfombra de trapos parecían en paz con el mundo. Era agradable estar en la cocina y Melanie canturreaba mientras colgaba las tazas en los ganchos y guardaba los platos. Abrió el cajón del aparador para poner allí los cuchillos y las cucharas. En el cajón había una mano recién cortada, con la muñeca bañada en sangre.

Era una mano suave, carnosa, con dedos puntiagudos y uñas pintadas con un barniz claro y brillante. Llevaba un delgado anillo de plata como el que suelen llevar las niñas en el dedo anular. Era la mano de una jovencita que asistía a clases de danza con una faldita plisada y un pantalón muy corto haciendo juego. Como la carne estaba desgarrada en la muñeca, parecía que hubiesen cortado la mano con un cuchillo o un hacha muy poco afilados. Melanie oyó caer las gotas de sangre en el cajón.

—Me estoy volviendo loca —dijo en voz alta—. Aquí estuvo Barba Azul.

Cerró el cajón y se apoyó contra el aparador. Estaba cubierta de sudor y tenía la boca seca. Un instante después se le doblaron las rodillas y se deslizó al suelo entre una lluvia de cubiertos. Los muebles de la cocina daban saltos. Las sillas bailaban con todas sus patas. La mesa intentaba un vals desmañado. El reloj de cuco daba vueltas y vueltas. Se quedó en el suelo que se sacudía, con miedo de moverse.

Lo primero que vio fue un vaso apoyado contra su boca. El vaso contenía agua apenas coloreada con un poco de whisky. Francie la sostenía firmemente. En una mano estaba el vaso, en la otra una botella pequeña de Teacher's Highland Cream. Melanie se sintió muy segura. Le miró los pelillos de la nariz. Los dientes le castañetearon contra el borde del vaso.

—Bebe, sé buena —dijo Francie. Hoy llevaba un alfiler de corbata con la forma de la cruz de santa Brígida, de metal muy empañado. Tenía una corbata a rayas azules y rojas en diagonal, y las mejillas mal afeitadas parecían de papel de lija. Parecía igual a cualquier otro irlandés. Melanie se alegró de que llevara puesto el traje azul

marino y el alfiler de corbata.

—Eres una persona normal —le dijo, feliz. Él desplegó una lenta sonrisa y respondió:

—Es verdad. Un tipo común y corriente.

La cabeza de Melanie se desplomó sobre el hombro de Francie.

—Me caí —dijo.

—Me parece que fue un desmayo. Vine a buscar mi resina y te vi en el suelo. El perro te olía. —Hablaban como si jamás pensara con palabras y tuviera que inventarlas para describir los informes e indóciles conceptos que tenía en la mente.

El perro, con ojos llenos de preocupación, apretó el morro contra la palma de Melanie, resoplando con intención reconfortante. Con un esfuerzo, ella le palmeó la cabeza. De pronto, el perro y ella eran amigos. Tomó un sorbo de ese dulce whisky con agua y empezó a sentirse mejor.

—Hubiera pensado que sólo bebías whisky irlandés —dijo, curiosa.

—Todo va por el mismo camino —dijo él—. Pero me gusta una gota de buena calidad.

Hablaba lenta y dificultosamente, como un carro arrastrado por un caballo viejo y sabio en un camino desparejo. Ella terminó su bebida y le sonrió por encima del vaso. Él bebió un sorbo de la botella, inclinándose sobre Melanie.

—¿Qué pasó, bonita?

Ella se estremeció y la pesadilla volvió.

—Algo que había en el cajón de los cubiertos. Sangraba.

—¿El cajón de los cubiertos? Pero Maggie sólo guarda allí los cubiertos, nunca pondría otra cosa. Para eso es el cajón de los cubiertos.

—Ve y mira por mí. Ve a mirar. Mira si está todavía.

—Primero te pondré cómoda en una silla, bonita. —A Melanie le hacía bien que él la llamara bonita. Francie la alzó con facilidad, la depositó en el sillón de Tío Philips y arrimó la estufa eléctrica. Luego abrió el cajón. Ella se mordió el puño.

—Aquí no hay nada —dijo él—. Tenedores y cuchillos. Y cucharas también. Cucharas. Tienes que haberlo soñado.

—¿Estás seguro? Quiero decir, ¿completamente seguro?

Moviendo la cabeza, Francie abrió y cerró el cajón varias veces como para demostrar su inocencia.

—¿Qué viste, muchacha?

—Una mano. Cortada.

Francie se volvió hacia ella, asombrado. Tenía unos ojos de color verde grisáceo, como los de Finn, aunque con unas cálidas chispas doradas, que miraban recta y cándidamente al frente, como si no les agradara desplazarse hacia los lados.

—¡Qué horror! —Reflexionó un momento—. Quizá pensabas en la lastimadura de Finn y eso te hizo creer que veías una mano.

—No lo sé. No lo sé.

—Te prepararé una taza de té caliente. Eso te hará bien. —Llenó con cuidado la tetera y la puso al fuego, pero volcó sin querer un poco de agua. Torcía el cuerpo, torpe y solícito.

«Qué tierno es», pensó Melanie, sorprendida. «Y no me había dado cuenta hasta ahora».

Estaba segura de que había visto una mano en el cajón de los cubiertos, una mano con uñas de color rosa claro y un anillo de plata. En el dedo anular, donde nace una vena que lleva al corazón. Sin embargo, Francie no había visto la mano y ella confiaba en él. Mientras Melanie bebía el té caliente y dulce, él miraba dentro del cajón y examinaba su contenido chasqueando la lengua.

—No hay nada —dijo— que pudieras tomar por una mano a menos que fuera todavía tu propio dolor por la pérdida que has sufrido. Una cosa así puede hacer que veas cosas. No es extraño.

Francie parecía fuera de lugar entre la loza y las ollas y sartenes y perros de yeso; era una figura de la isla de Pascua, antigua y misteriosa, de un diseño distinto y más primitivo que el de la mayoría de los hombres, y costaba adivinar que tenía buen corazón. Era de una dulzura tan inesperada y abrumadora como la primavera de su Irlanda, donde del suelo sólo brotan rocas y unas pocas hebras de hierba. Melanie terminó su té. Él vació la taza en la pila.

—Mira —dijo, mientras le mostraba la disposición de las hojas de té entre el azúcar derretido—. Un barco. Eso quiere decir un viaje.

—¿Para mí —dijo Melanie, que no pudo disimular sus esperanzas.

—O para alguien. Pero todavía no te sientes bien, sería mejor que te acostases.

—Bueno, sí —admitió ella—. Pero tendrás que ayudarme a subir. Aún tengo las piernas flojas.

A la luz azul de la habitación. Tía Margaret le ponía un camisón a Victoria, dulce y limpia, entre una niebla fragante de talco húmedo. Las dos rodaban por la cama de Melanie. Hacían de eso todo un juego. Tía Margaret, radiante, le hacía cosquillas a Victoria en la gordura infantil que le cubría las costillas y en las suaves plantas de los pies y la hacía saltar y debatirse y se estremecía con su propia risa silenciosa mientras Victoria gritaba de júbilo. Era asombroso ver feliz a Tía Margaret. Tenía el pelo en desorden y había alfileres caídos por todas partes.

—Melanie se desmayó —dijo Francie.

El juego se detuvo de inmediato. La ansiedad cubrió el rostro de Tía Margaret y le arrebató la alegría. Alzó a Victoria sin hacer caso de sus protestas, le dio un beso rápido y la puso en la camita, indicando a Melanie que se acostara. Acarició la frente de Melanie con una mano leve y fresca como el viento que trae gotas de lluvia. Temblaba por el esfuerzo de contener las palabras que no podía pronunciar.

Alguna comunicación sin palabras pasó entre ella y Francie, demasiado profunda y personal para que Melanie pudiera comprender. Luego Tía Margaret sonrió y volvió a acariciar la cara de Melanie, con tal ternura que Melanie cerró los ojos e imaginó

que era su propia madre quien la acariciaba o cualquier madre que acariciara a cualquier niño. Pero apenas cerró los ojos la mano cortada centelleó debajo de sus párpados, como una toma de una película de Mike Hammer y gimió y se retorció.

—Tranquila —dijo Francie. Él y su hermana estaban a ambos lados de la cama, inclinados sobre ella como para protegerla con sus propios cuerpos de los peligros de la noche. Ante los ojos deslumbrados de Melanie, parecía que ambos se fundían en un solo arco de sustancia viva debajo del cual ella podría dormir sin temores.

Cuatro ángeles del cielo, Marcos, Lucas, Juan y Mateo, venid a velar mi sueño.

No eran cuatro sino tres. Aquí estaba Finn a los pies de la cama. Toda la gente pelirroja acudía a encender una hoguera para alejar a los lobos y los tigres de esa terrible selva en que vivía.

—Me quedaré con ella hasta que se duerma —dijo Finn. Era el hermano de Francie y la mujer muda era su hermana. No podía haber en él nada de malo. «Sólo es el pobre Finn, que no te hará daño». Le había dicho eso antes y ella no lo había creído. Bueno, ahora lo creía.

Francie y Margaret le dieron un beso leve, seco, cariñoso en la mejilla. Luego se desvanecieron. La luz principal estaba apagada y sólo quedaba una lucecita nocturna. No la había visto antes. Ardía con una llama pura de dormitorio infantil en un platillo azul y blanco lleno de cerillas usadas. Finn estaba sentado en una silla junto a ella. En la penumbra su pelo suelto parecía emitir unos rayos con brillo propio. Las sombras le esculpían los rasgos y ella podía verle las líneas delicadas del cráneo, el misterio de los huesos esenciales. Tenía las manos pacíficamente plegadas sobre las rodillas. La venda estaba sucia.

—¿No te duele la herida, Finn? —le preguntó, soñolienta.

—No es mortal. Viviré.

En la habitación contigua, Francie afinaba el violín y Tía Margaret probaba la flauta con una escala.

—¿Podrás dormir con esa música o les digo que se marchen?

—Me gusta escucharlos:

Victoria, dormía y murmuraba en sueños como el interior de una colmena. Finn encendió un cigarrillo y el humo se le enroscó alrededor. Estaban muy solos y juntos.

—Finn —preguntó, pues la proximidad del sueño acallaba sus inhibiciones—, ¿por qué hiciste ese agujero en la pared para mirarme?

—Eres tan hermosa... —susurró él con la boca más roja que el vino. Podría haber sido el novio fantasmal de Melanie y ella, abrumada, se durmió.

Después de esa noche, los amó sin reservas. No había comprendido que eran capaces de salir de su círculo encantado. Ahora ella era parte de ese círculo. Quería especialmente a Francie y de buena gana ayudaba a su tía a remendarle las ropas. Y le lustraba los zapatos cada vez que tenía la oportunidad. Unió su suerte a la de los Jowle. Ellos la adoptaron. Sonreían cuando entraba. Y le agradaba compartir con Tía Margaret los quehaceres domésticos; desempeñaba un papel en el cuidado de la casa.

Un día, mientras preparaban una comida. Tía Margaret escribió en la pizarra:

«No sé cómo podía arreglarme antes de que llegases. Me encanta que haya otra mujer en la casa».

Melanie jugó con los grifos de la pila para ocultar su placer y su turbación. Sentía infinita piedad por su tía, cuyo silencio estaba tan habitado cuando los hermanos no estaban presentes.

«Vive para sus hermanos», pensaba Melanie. «Seguramente sólo se casó con Tío Philip para darles un hogar cuando eran pequeños. ¿Cómo es posible que sintiera algo por él como hombre?».

Tío Philip nunca hablaba con su mujer, excepto para ladrarle alguna orden. Le había regalado un collar que la sofocaba. Golpeaba a su hermano menor. Helaba el aire que respiraba. Su mirada inexpresiva y su presencia abrumadora a la cabecera de la mesa quitaban el sabor a los excelentes platos que ella cocinaba. Suprimía la idea de la risa. Melanie tomó partido la noche en que creyó que había visto una mano: empezó a odiar a Tío Philip.

Él todavía no había llamado a Melanie por su nombre y ni siquiera había reconocido la presencia de Victoria. Miraba furiosamente a todos a través de la mesa del desayuno, aguando la alegría matutina, y los examinaba con dureza a la hora del té como para ver qué les había deparado el día hasta entonces. Sólo con estar allí hacía que el comedor fuera tan frío y triste como la habitación de un hotel para viajeros de comercio. Sabía que sus sobrinas vivían en la casa. Las veía. Pero jamás les hablaba, porque tenía otras cosas que hacer.

Melanie supo pronto cuáles eran esas cosas.

Un día preparaba coles de Bruselas para la cena y cortaba una cruz en la base de cada una como le había enseñado Tía Margaret. Hoy Tía Margaret estaba más nerviosa que de costumbre. Se le perdían puntos constantemente mientras tejía un jersey amarillo de angora para Victoria, y se sobresaltaba cada vez que sonaba la campanilla de la tienda o que el loro murmuraba en secreto alguna palabra. Luego se puso a recortar la dura grasa blanca de unas costillas de cordero, porque Tío Philip no toleraba la grasa. De vez en cuando miraba a Melanie y abría y cerraba la boca, preocupada e insegura. Como si no pudiera soportarlo más, dejó caer el cuchillo y tomó una tiza.

«Mañana hay función», escribió. Hoy tenía carreras en ambas medias y el pelo se le escapaba del moño por todas partes...

—¿Qué quieres decir?

«Marionetas. Una función de marionetas. Todos debemos ir y admirarlas. Es una ocasión especial porque vosotros no las habéis visto nunca».

—Bueno —dijo Melanie—. Será un cambio. —Cortó otra cruz y se preguntó vagamente si tendría algún significado religioso. Eran irlandeses, ¿serían católicos? Pero por lo que sabía jamás iban a la iglesia. A ella no le interesaban las marionetas porque quien las hacía era Tío Philip. Tía Margaret fregó la mesa. Necesitaba más

espacio.

«No lo comprendes. Para él es terriblemente importante».

—Ah —dijo Melanie, sorprendida. ¡Tanta alharaca por una función de marionetas!

Mañana, domingo, no tendrían que ocuparse de la tienda y habría asado para la comida. Tía Margaret le dijo que se pusiera su mejor vestido y Melanie eligió uno verde que jamás había usado en casa de su tío, un buen vestido de los viejos tiempos, de pana verde oscura con cuello de encaje. Había estado colgado en el armario durante casi tres meses. Ahora se sentía suficientemente fuerte como para despojarlo de recuerdos. Alisó la falda y deseó una vez más un espejo donde mirarse entera para ver cuánto había crecido desde la última vez que llevara ese vestido, un día de Pascua blanco, rosado y ventoso. O si parecía mayor, si había cambiado. Se soltó el pelo para complacer a Finn. Le había crecido el pelo, tal vez más de un centímetro. Lo sentía áspero porque no podía lavarse bien y tenía que recurrir a una tetera de agua caliente en la pila de la cocina. Y era especialmente molesto porque lo tenía muy largo. Le había crecido mucho en los años últimos, y le parecía que cortárselo era desairar a sus padres. No tema el pelo perfectamente limpio, pero se estaba acostumbrando a no estar nunca del todo limpia.

Después de la comida, Finn y Tío Philip volvieron al taller y Tía Margaret se puso el vestido gris y el collar de plata y se peinó. Se le quitó a Victoria el sucio babero que llevaba sobre el vestidito floreado y se le limpió la boca llena de budín de chocolate. Se examinaron y lavaron el cuello y las orejas de Jonathon con una toalla húmeda y se le ordenó que se cambiara de camisa. Apareció Francie con el estuche del violín y un alfiler de corbata en forma de arpa.

—Me gusta tu arpa —le dijo Melanie.

—Me la regalaron la noche de San Patricio. En el club irlandés de Dagenham.

Ya estaban todos listos y vestidos como para ir a la iglesia. Bajaron seguidos por el perro; parecía un perro que cumple con su deber. El taller estaba muy ordenado y había cuatro sillas en fila frente al teatro de marionetas. Eran las sillas de respaldo recto de la trastienda. Melanie no había bajado al taller desde la primera mañana; trató de no mirar las marionetas montadas en parte, que colgaban descuartizadas de las paredes. Las cortinas de felpa roja estaban abultadas en algunos sitios y se oían ruidos detrás. Se sentaron con cierta ceremonia, disponiendo con cuidado sus ropas alrededor. En las cortinas estaba pintada la leyenda no fumar. En un cartel de colores crudos, en la pared, se leía: gran función —microcosmos de marionetas *flower*, junto a una gran figura reconocible como Tío Philip por el cuello de pajarita y el bigote, que sostenía la esfera del mundo en la mano. Debía de haberla pintado Finn.

Finn emergió entre las cortinas, preocupado y tenso. Apagó las luces y se deslizó nuevamente en el escenario. Aguardaron en la oscuridad. Desde el interior se oyó un aullido ahogado:

—¡Toca tu maldito violín, Francie Jowle! ¿Para qué crees que te tengo aquí?

Francie afinó y empezó a tocar una clase de música inesperada, propia de un bar. Melanie lo miró asombrada, pero la cara de él era inexpresiva, de piedra viva. Las cortinas se abrieron y revelaron la caverna de colores de pavo real que ella había visto antes. Ahora la iluminaba sombríamente una luz verde y la marioneta con el vestido blanco de ballet estaba de pie frente al público. Llevaba el pelo enrollado como el moño de una bailarina y sus labios de madera mostraban una sonrisa de excesiva dulzura. La sostenía una red de hilos. A sacudidas se elevó *en pointe* sobre un pie y describió una pirueta.

Por encima del violín de Francie, Tío Philip recitó:

—*Morte d'une Sylphe* o Muerte de una ninfa de los bosques. —Y añadió entre dientes—: Pobre muchachita. —De modo que a veces era un hombre sentimental.

La marioneta abrió los brazos y dio un salto hacia atrás. Tía Margaret empezó a aplaudir enérgicamente, e indicó a Melanie que la acompañara. Aplaudieron en coro. Las manos se movían como plantas acuáticas en la tiniebla submarina. Cuando Tía Margaret dejó de aplaudir, Melanie la imitó.

La marioneta alzó los brazos por encima de su cabeza y se movió de lado. Los pies de madera (con chapines de satén rosa) repiqueteaban sobre las tablas. La luz se hizo más intensa y ahora ella parecía una bailarina dentro de una botella de vidrio verde. Se llevó al corazón las manos de madera e inclinó la cabeza hacia atrás. Unas hojas de varias formas, tamaños y colores, recortadas en papel bajaron revoloteando.

—Qué señora rara —dijo Victoria. Tía Margaret desenvolvió de prisa un caramelo y le tapó la boca.

—Con la llegada del otoño —canturreó Tío Philip— la ninfa de los bosques siente que su fin se acerca.

Tía Margaret aplaudió. Melanie aplaudió. El violín gemía y sollozaba. La ninfa intentó un arabesco final pero el esfuerzo fue excesivo para su corazón debilitado. Cayó graciosamente entre una cascada de tul blanco mientras las hojas llovían y cubrían el suelo de la caverna. Las luces del escenario se apagaron. Francie tocó un triste acorde final y se quitó el violín de debajo del mentón.

Melanie y Tía Margaret aplaudieron hasta que les dolieron las manos. Las cortinas se abrieron y apareció la ninfa, nuevamente viva, que sonrió e hizo una rígida reverencia. Las cortinas se cerraron. Melanie y Tía Margaret siguieron aplaudiendo. Las cortinas se abrieron y Tío Philip estaba junto a su marioneta, sonriente, orgulloso. Sí, sonreía como un tiburón; Melanie recordó las sonrisas desoladas, profesionales, teatrales, de los acróbatas de juguete. Tío Philip se inclinó desde la cintura. Llevaba un gastado chaqué con un clavel blanco en el ojal, una corbata de moño de quita y pon y pantalones a rayas. El clavel era artificial. Todas las ropas parecían viejas y sin uso, como si estuvieran conservadas desde hacía años en frascos de formol. Eran la indumentaria de director de escena de marionetas.

Ahora que Finn manejaba los hilos desde lo alto, la ninfa oscilaba peligrosamente. Vacilaba y chocaba contra Tío Philip, quien dejó caer su jovialidad

como un ladrillo y le mostró el puño apretado a Finn, que estaba arriba, en el puente. Finn era un titiritero poco experimentado.

—¡Cuidado, joven Finn!

Tía Margaret sacó de prisa un ramo de rosas de papel de una bolsa que tenía consigo y las arrojó al escenario. Resbalaron en la cabeza de la ninfa y cayeron al suelo. Tío Philip las recogió y las acomodó de prisa entre el pecho de madera de la marioneta y el corpiño de raso blanco. Una vez más se cerraron las cortinas y él gritó: —¡Luz de sala!

Francie encendió. Toda la representación había llevado unos siete minutos.

—¿Esto es todo? —susurró Melanie.

Tía Margaret movió la cabeza y le puso en la mano un caramelo con una suave presión de sus dedos. En el envoltorio de papel había un mensaje. «Trata de demostrar que te gusta, por mi bien y el de Finn». Para complacerla, Melanie adoptó una sonrisa falsa y brillante.

Francie aceptó un caramelo.

—Me parece que tocas maravillosamente —dijo Melanie. Él se pasó un dedo a lo largo de la nariz.

—No estas tonterías —respondió—. Puedo tocar mejor gigas y otras danzas.

Finn atravesó el taller y la puerta y al rato regresó con un elaborado trono de cartón dorado. Tenía la cara manchada de sudor y suciedad. Las cortinas ondulaban.

—Como las velas de un barco —dijo Jonathon. Tía Margaret le dio un caramelo. No se lo comió; se lo puso en el bolsillo, donde permanecería olvidado durante meses.

—¿Me puedo ir? —preguntó. Melanie sorprendió una mueca de horror en la cara de Tía Margaret.

—Todavía no, Jonathon.

—¡Apaga las luces, Francie Jowle, y afina tu violín!

Las cortinas volvieron a abrirse mientras Francie tocaba *Greensleeves*. Una dorada luz solar artificial inundaba una habitación con los muros revestidos de paneles de madera y un friso de unicornios; cada uno pinchaba al siguiente con el cuerno. En el centro del escenario, tres escalones subían hasta un estrado donde se alzaba el trono de cartón.

—El palacio de Holyrood —dijo Tío Philip. Tía Margaret y Melanie aplaudieron con el debido entusiasmo—. Episodio histórico —anunció—. María, reina de los escoceses, se encuentra secretamente con Bothwell.

Francie empezó a tocar el tema de amor de la obertura de *Romeo y Julieta*, utilizando el trémolo de un modo excesivo y tal vez burlón. Entró una marioneta femenina de bella frente abovedada y vestida con un rumoroso terciopelo negro. Más aplausos. Ella saludó. Subió los escalones, uno, dos, tres. Hubo un momento de tensión en el tercero, porque el pie de madera flotó sobre el escalón antes de apoyarse. La reina giró lentamente y se sentó. Tenía un collar semejante al de Tía

Margaret, que no podía lastimarle el cuello porque estaba hecha de madera. Tía Margaret se pasó subrepticamente el dedo por su propia horca de plata, como si el collar de la reina le hubiese recordado cuánto le molestaba el suyo. Hubo una larga pausa mientras los dedos sabiamente articulados de la reina jugueteaban con un saquito de hierbas aromáticas.

Entonces apareció Bothwell. Era una hermosa marioneta, con un manto rojo y una pluma en el sombrero. Tenía un ancho bigote y una barbita terminada en punta, pero se movía con incertidumbre y Melanie supuso que era Finn quien lo manejaba. Bothwell caminaba con el mismo andar dificultoso de Francie. Pasaron eternidades antes de que llegara al centro del escenario. Un ruido sísmico y un aullido sofocado indicaron que Tío Philip no estaba satisfecho. Melanie sintió el temblor de Tía Margaret. María, reina de los escoceses, descendió de su trono y extendió los brazos para dar la bienvenida a Bothwell.

—El encuentro de los amantes —comentó Tío Philip.

Las marionetas se abrazaron, sus caras repicaron un morse de pasión, los brazos estrechamente unidos alrededor de sus cuerpos entre un revuelo de terciopelo negro y rojo. Tía Margaret y Melanie aplaudieron, aplaudieron y aplaudieron. El abrazo duró largo tiempo. Francie terminó el tema de amor de la obertura de *Romeo y Julieta* y empezó a tocar la *Liebestod* de *Tristán e Isolda*, muy lentamente. A Melanie le dolían las manos pero siguió aplaudiendo.

Las marionetas estaban unidas como si nunca fueran a separarse. La tensión aumentó. Como una púa en un disco rayado, repetían inexorablemente el abrazo. Tío Philip volvió a murmurar. Todavía entrelazadas, las marionetas se lanzaban una contra otra como impulsadas por la concupiscencia. Melanie comprendió con un sobresalto que esto no estaba previsto. Los aplausos se apagaron. Vio que los hilos de Bothwell se habían enredado desesperadamente con los de su real amante; unidas por un indestructible nudo de amor, las marionetas se debatían. La *Liebestod* continuaba.

Tía Margaret se hundió en su silla, y cubriéndose los ojos, esperó el final. Jonathon miraba al frente sin ver otra cosa que un alto mástil y una vela de felpa roja. Las gaviotas giraban gimiendo por encima de su cabeza. Victoria, aburrida, se subió la falda para comprobar si el ombligo todavía estaba en su sitio. Así era.

—¿Puedo comer otro caramelo? —preguntó, sin que le hicieran caso.

Hubo un horrible ruido de hilos de metal retorcidos. Finn había logrado liberar a Bothwell pero al precio de soltar los mandos, y envuelto en un espinoso halo de alambres, Bothwell se derrumbó. Golpeó con la cabeza los escalones como si quisiera que le abrieran. María retrocedió tambaleándose. Francie dejó de tocar en mitad de una frase. Hubo un silencio mortal.

Interrumpido por el estallido claro y penetrante de la incontenible risa de Finn.

Que se convirtió en un grito agudo. Y luego Finn cayó desde el puente al escenario, como habían caído las hojas, sólo que ellas habían bajado suavemente, revoloteando. El pelo rojo flameó como la cola de un cometa durante un instante

interminable, los brazos y las piernas se abrieron flojamente, y Finn se estrelló contra el suelo de espaldas, encima de Bothwell y el manto de color rojo sangre.

María, reina de los escoceses, giró sobre sus reales talones y salió del escenario con la cabeza en alto. El ruido de los pasos y de los miembros que se entrechocaban sonó como el mecanismo de una bomba de tiempo. Victoria empezó a llorar. Jonathon echó atrás su silla y se puso de pie.

—Me parece que se ha terminado —dijo—. Yo me voy. —Y se marchó.

Lentas lágrimas resbalaron por la cara de Tía Margaret a las mejillas de Victoria. Trató de consolar a Victoria, hasta donde se lo permitía el odioso collar. Francie, arrodillado, junto a ellas, las protegía con la muralla de piedra de su cuerpo.

«¿Cómo puede llorar sin un solo sonido?», pensó Melanie.

Finn no se movía.

«¿Estará muerto él, y por eso llora así?», pensó Melanie. «¿Qué ocurrirá si está muerto? ¡Oh, Dios, haz que no haya pasado nada!».

Pero Finn no se movía. Tenía los ojos abiertos. Parecía roto como el juguete que había arrojado contra la pared. Melanie trató de comprender qué terrible sería que Finn estuviese muerto pero no podía pensar coherentemente a causa del terrible sonido del silencio de Tía Margaret. Tío Philip, enorme y sombrío, apareció en el escenario, enderezándose la corbata. Bruscamente pateó el estómago de Finn, que no se movió.

—Nunca más volverá a manejar mis hermosas marionetas —dijo. Tenía la voz áspera y ruda como un embutido rural—. No permitiré que vuelva a poner la mano en mis hilos.

Apartó de Bothwell el cuerpo de Finn con la descuidada brutalidad de los soldados nazis que trasladaban cadáveres en las películas sobre campos de concentración. Alzó la marioneta en brazos. Poco a poco, Finn se puso de costado, y luego a cuatro patas. Se quedó así, agazapado, jadeando débilmente. Tenía la cara más blanca que la de su hermana en el retrato.

—Me gustaría que me mataras —le dijo con voz ronca a Tío Philip—. Si me mataras te condenarías.

Tío Philip no reparó en él. Alisaba tiernamente el manto de Bothwell.

—No cuento con Finn para las marionetas —gruñó—. Es un bastardo inútil. Inútil.

Finn trató de ponerse de rodillas, pero gimió y volvió a caer.

—Mis marionetas podrían actuar junto a seres humanos —dijo Tío Philip—. Eso es. Será una novedad. Marionetas y personas. Usaré a la chica. —Giró en redondo y apuntó con el índice a Melanie—. ¡La usaré, señorita!

—¡Ah, no! —exclamó Francie.

«¡No!» formó con la boca Tía Margaret.

—Que te pudras en el infierno —dijo Finn y vomitó. Había sangre en el vómito. Lo miró con horrorizada sorpresa.

—¿Por qué no ha de hacer algo para pagar su manutención? Sabe Dios que come bastante. Puede actuar junto a mis marionetas en el escenario. No es demasiado grande. —Se frotó las manos con satisfacción—. ¿Cómo te llamas, muchacha? ¡Habla!

—Melanie —dijo ella, aunque sentía la boca como muerta, como en el sillón del dentista después de la inyección. ¿Acaso no sabía cómo se llamaba?

—Un nombre estúpido —dijo él—. Pero queda decidido. Y ahora marchaos todos.

—Pero Finn... —dijo Francie.

—Llévatelo de una vez. Estropeó a mi Bothwell. Y tú puedes limpiar esa porquería, Maggie; es tu hermano.

Tío Philip recogió a Bothwell y se fue hacia el banco de trabajo. Dejó allí a la marioneta, un cadáver sobre un banco, y se quejó.

—¡Pobre Bothwell! ¡Todos los hilos rotos!

Francie ayudó a Finn a incorporarse. Sosteniendo todavía a Victoria, Tía Margaret corrió a su lado, con la expresión de una *Pietá*. Melanie y el perro, que había estado tranquilamente echado debajo de la silla observando la escena, decidieron seguirlos. Melanie trastabilló de alegría porque Finn estaba vivo y podía caminar.

—No estoy lastimado —dijo—. No me parece. Pero me siento como de piedra. Y tengo sangre en la boca. ¿Por qué tengo sangre en la boca, Maggie? —Volvió a preguntárselo, con asombrado candor—. ¿Por qué? —Parecía incapaz de enfocar los ojos.

Tía Margaret, gimiendo, le cubrió la cara de besos.

—¡Fuera de aquí, todos! —gritó Tío Philip, con una súbita y gigantesca furia—. ¡Fuera de aquí!

Después de esto, Finn dejó de sonreír.

Tras la caída, cambió. Las comisuras de los labios se le curvaban hacia abajo, como las de un cómico jarro de cerveza que Melanie había visto una vez en una tienda de antigüedades. Tenía una cara satisfecha y feliz de bebedor y la leyenda «lleno». Pero una vez agotado el contenido se leía «vacío» y las cejas se convertían en una boca con los ángulos caídos y una expresión consternada. Finn decía «VACÍO» todo el tiempo. Rara vez hablaba. El torrente de sus palabras se había secado en la fuente. Iba con la cabeza gacha. Estaba más sucio que nunca y a veces pasaba tres o cuatro días sin afeitarse, hasta que su barbilla parecía una masa de hongos amarillentos o la superficie de un coche pintado de brillante color mandarina.

Y lo peor era que había perdido la gracia. Milagrosamente, la caída no había afectado a su integridad física, causando heridas internas o externas, pero sí a la belleza de sus movimientos. Caminaba como un anciano. A Melanie le dolía mirarlo. Se había transformado en un trozo de masa cruda; y si el antiguo Finn de voz suave y lengua resbaladiza la perturbaba, este de ahora le lastimaba el corazón. Él la ignoraba, al parecer no deliberadamente, sino porque sólo Tío Philip era ahora, real para él. Las comidas eran terribles. Apenas probaba bocado, y miraba a Tío Philip todo el tiempo con los ojos bizcos en llamas.

Finn se había instalado en una caja de cristal y no oía si ella o Francie o Tía Margaret golpeaban para llamarle la atención. Tía Margaret se volvió aún más flaca y espectral. Lo único que vivía en ella era el pelo, las rojas serpientes que trataban de liberarse de los alfileres. Debajo de las cejas se le veían a veces los ojos enrojecidos por el llanto. Finn la trataba con ausente dulzura y le daba las buenas noches con un beso; pero como si ya se hubiese despedido de ella en otra parte. La cara de Tía Margaret era una máscara trágica, la de una mujer que ha enviado a todos sus hijos a la guerra y espera de un momento a otro la llegada del telegrama con la noticia fatal.

El círculo de la gente pelirroja estaba roto. Melanie se aferraba especialmente a Francie, que seguía siendo el mismo. A veces se quedaba en el cuarto de Francie, por las tardes, cuando él ensayaba, y escuchaba acurrucada en una u otra de las camas gemelas, cosiendo. Había empezado a ayudar a su tía con la interminable costura. Melanie comprendía, ahora, que en ningún momento había necesitado una invitación para oír música: lo único que debía hacer era abrir la puerta y entrar. Tía Margaret ya no salía de la cocina para acompañar con la flauta a Francie.

«Philip puede subir a buscar algo», escribía.

Pero era mentira. Esperaba, sola en la cocina, a que su marido matara a Finn. Melanie lo sabía, aunque ellos no se lo hubieran dicho. Tío Philip, en un acceso de ira, se lanzaría contra Finn con un cuchillo o un bloque de madera. Finn, sombrío, vindicativo, provocaba ese golpe mortal.

La violencia era palpable en la casa. Temblaba en los fríos escalones y se elevaba

en nubes invisibles desde las raídas alfombras. Melanie tenía miedo por las noches, cuando el velador azul se apagaba y la cainita de Victoria parecía una trampa para ratones. Se estremecía entre las sábanas perfumadas con lavanda, implorando el sueño, tratando de no pensar en la cosa terrible que Finn había dicho. Que deseaba que su tío lo matara para que se condenase. Una noche, Melanie se levantó, encendió la luz y miró el rostro dulce e inexpresivo de Jesús, la luz del mundo, en el cuadro que había sobre la repisa del hogar. Sonreía debajo de su corona de espinas.

—Jesús querido —dijo—, ayúdame. Ayúdanos a todos.

Pero la ayuda no llegaba. Su propia juventud era una piedra que llevaba atada al cuello. Era demasiado joven, demasiado tierna para afrontar a esos seres salvajes cuyas mentes se apartaban en un ángulo loco de la corta línea recta que era su propia experiencia. Ella era un obstáculo para las apasionadas preocupaciones de los demás. Y Finn la había olvidado: ella era una niña. Y podía olvidarla aunque le había tironeado el pelo y la había molestado y besado (¿realmente la había besado?, y habían jugado a la batalla naval. Pero ya no más.

Estaba pintando un cuadro nuevo, por las noches, tarde, cuando Francie dormía y el día de trabajo había terminado. Se pasaba la mañana ocupado con los juguetes y la tarde con las marionetas, abajo, en peligroso e incómodo silencio. Luego pintaba su cuadro. Melanie lo sabía porque lo miraba. A veces espiaba por el agujero de la pared, cuando no lograba dormir. A la luz puntual de una lámpara agazapada sobre una silla como una gran mantis religiosa negra, Finn trabajaba sin hacer ruido para no molestar a Francie. Estaba pintando un tríptico. Francie, Tía Margaret y él mismo, cada uno en un panel separado, atado a una estaca, cubierto por un trapo ensangrentado y traspasado por las flechas, cada uno un san Sebastián.

Mientras tanto, se acercaba Navidad y había mucho trabajo en la tienda. Los primeros barcos de madera de Jonathon se vendían a diez guineas; Jonathon estaba pagando por su pensión y también Melanie, de pie en la tienda todo el día. Le dolían las piernas y de vez en cuando pensaba que tal vez tenía várices. La señora Rundle las había tenido, pero se las habían extirpado.

Había nuevos artículos: árboles de Navidad con ramas pintadas de verde que se abrían como un paraguas; máscaras de san Nicolás rojas y blancas como carne cruda de buey; pequeños candelabros de latón en forma de gnomos y duendes para adornar las tartas de Navidad. Además había un nuevo papel de envolver floreado. Bonitas margaritas rosadas y azules. Lo había diseñado Finn en un momento en que tenía ánimos para ilustraciones bucólicas. Cada día, Melanie y Tía Margaret envolvían un juguete tras otro en hojas y hojas de margaritas rosadas y azules, y el cajón donde se guardaba el dinero a veces no podía cerrarse porque rebosaba de libras esterlinas.

«Bueno, ahora soy toda una vendedora», pensó Melanie el día que vendió el Arca de Noé. Una mujer corpulenta con un traje de lana blanca y gafas oscuras la compró y trató de pagar con un cheque. Melanie se lo llevó a su tía para saber si debía aceptarlo y ella agitó las manos y escribió: «Philip no quiere cheques. Dice que no son una cosa

natural».

Melanie se lo dijo a la mujer.

—No aceptamos cheques. Lo lamento.

—Oh —dijo la mujer, que era norteamericana o al menos tenía acento transatlántico—, no lo lamentos. Me parece encantador y está de acuerdo con esta tienda tan a la antigua. Como de Dickens.

Y volvió poco más tarde con un grueso fajo de billetes atado con una cinta de goma y Melanie contó setenta y ocho libras y diez chelines y la mujer le dio cinco chelines de su bolso de piel de lagarto. Melanie comprendió que la tienda vendía muy provechosamente encanto a la antigua. Empezó a respetar la agudeza comercial de Tío Philip; aunque era un cerdo, era un cerdo inteligente. Estaba contenta de haber vendido el arca, pero sentía verla partir, con el pequeño Finn en tejanos y camiseta a bordo.

Puso en el escaparate acebo de plástico, para guardar las apariencias. Todas las tiendas de la plaza, incluso la de artículos usados, estaban decoradas con plantas y guirnaldas de papel. La frutería parecía una glorieta de ramas de pino. Melanie y Victoria, que habían ido a comprar patatas y manzanas, recibieron sendas mandarinas envueltas en papel de plata sacadas de una fragante caja de cartón. La propietaria, sacudiendo sus pendientes de oro, prometió a Victoria un gran racimo de uvas moscatel si no lo vendía y si ella se portaba bien. En la carnicería había pavos de carne morada colgados de unos ganchos e hileras de pollos pequeños que movían las patas en el aire.

«Nosotros no celebramos la Navidad —escribió Tía Margaret—. Philip piensa que es una fiesta muy comercializada y un gasto inútil».

«Qué otra cosa podía pensar», se dijo amargamente Melanie.

«Pero habrá una función especial abajo, el Boxing Day —agregó Tía Margaret—. La gran función».

Y se echó a llorar sobre el papel de envolver floreado. Melanie rodeó con sus brazos el pobre cuerpo enflaquecido. ¿De qué estaba hedía Tía Margaret? De huesos de pájaro y papel de seda, paja y fibra de vidrio. Mientras consolaba a esa mujer triste y gastada, Melanie se sintió muy fuerte, dura, joven y vital. Conocía su propio cuerpo firme, rápido, elástico, nutrido con alimentos sanos, cuidadosamente lavado y atendido, y confiaba en él. Tía Margaret era tan frágil como los primeros brotes blancos que surgen temblorosos de un bulbo en un cuarto fresco y oscuro. Y Melanie sabía que ella también estaba guardada en el mismo cuarto cerrado, esa casa gris y alta. ¿Se le marchitarían las fuerzas?

—No llores —dijo Melanie, que era demasiado fuerte para marchitarse. Estaba segura.

«Quiere que actúes en la función».

—Oh. Oh, Dios mío.

«No te hará daño. Eres la hija de su hermana».

¿Por qué lloraba, entonces? ¿Acaso recordaba la función anterior? Melanie abrazó más estrechamente a su tía. Además, se acercaba la Navidad, una fecha especialmente triste para ella, que amaba a los niños y no los tenía y todos los días vendía juguetes a los hijos de otra gente.

En la casa de Philip, la Navidad no sería un día feliz. Bueno, Melanie había tenido quince navidades felices, con guirnaldas de acebo en los picaportes y tarta para los chicos del coro que venían de visita, y tal vez ésa era una cantidad suficiente de felices navidades.

Además, era demasiado mayor para Papa Noel. De todos modos, puso más acebo en el escaparate. Esperaba que Tío Philip no lo advirtiera.

Llegó una tarjeta de la señora Rundle, una tarjeta grande y piadosa. Jesús en el establo con el buey y el asno y los pastores arrodillados, y el amor de la señora Rundle transcrito con una letra monumental. Melanie la colocó en la repisa de la chimenea debajo de la *Lux del mundo*. La tarjeta llevaba todavía el precio, un chelín y tres peniques, escrito débilmente a lápiz en el dorso, y eso parecía normal y tranquilizador. La habían comprado con dinero de verdad en alguna tienda alegre y bien iluminada donde se vendían periódicos repletos de hechos y acontecimientos humanos, nacimientos, muertes y bodas, y también chocolates y cigarrillos para que disfrutaran las personas normales. La señora Rundle enviaba también un paquete blando dirigido a los tres niños. Tenía pegadas varias etiquetas que ordenaban «No abrir antes del 25 de diciembre». Melanie lo guardó en un cajón. Probablemente, era el único regalo que recibirían y se sintió muy conmovida. Alguien se acordaba de los tres.

Además se sintió preocupada. Debía enviar a la señora Rundle una tarjeta y tal vez un regalo pero no tenía dinero. Tío Philip guardaba sus ganancias todas las noches. Tía Margaret decía que en su dormitorio había una caja fuerte donde él ponía el dinero hasta que a fin de semana lo llevaba al banco en una gran cartera de cuero de aspecto opulento con una cerradura desmesurada. Melanie imaginaba una caja fuerte de metal muy negro puesta delante de la cama, donde él podía verla todo el tiempo, en el extraño dormitorio donde dormía con Tía Margaret en una cama quizás profundamente hundida de un lado, ya que él era muy corpulento y ella no pesaba prácticamente nada. Melanie no había recibido ni siquiera una moneda de seis peniques en todo el tiempo que llevaba en la tienda. Por primera vez le pidió un poco de dinero a Tía Margaret, arrastrando los pies y con la vista clavada tímidamente en el suelo.

—Sólo cinco chelines para, oh, algún jabón perfumado. Eso estaría bien, jabón perfumado. Fue muy amable con nosotros, ¿sabes?, y todavía nos recuerda.

Se le hizo un nudo en la garganta al imaginar a la señora Rundle pensando en ella y en Jonathon y Victoria mientras revolvía un pastel de Navidad o mondaba frutas en su nuevo hogar. Le agradecería saber que los huérfanos pasaban la nochebuena en familia, como correspondía. Sería un consuelo para ella y nunca sabría que no era

verdad.

Tía Margaret se retorció las manos elocuentes.

«Es que a mí tampoco me da dinero. Yo te daría todo lo que tuviera».

—Oh —dijo Melanie.

«Cuánto lo siento. —La colita de la última «o» estaba tristemente inclinada hacia abajo—. Él es así. No confía en mí con el dinero».

¿Temía que ella se escapara?

—No tiene importancia —dijo Melanie.

«Se puede comprar a crédito en las tiendas. Realmente, yo no necesito dinero. Y él es así». Trataba de disimular su humillación.

—Comprendo —dijo Melanie. Pasó entre ambas una antigua mirada femenina: eran pobres mujeres dependientes, planetas alrededor de un sol masculino. Finalmente, Francie le dio a Melanie un billete de una libra que había ganado con su violín. Se lo deslizó en el bolsillo de la falda; Melanie no sabía cómo agradecerse.

Compró una caja de jabón rosado y se la envió a la señora Ruadle. Como sabía que esa Navidad no debía pesar sobre los más pequeños, compró también una lata de caramelos para Victoria (en la tapa había un bonito dibujo de conejos con sombreros de copa) y tres pañuelos con la inicial «J» para Jonathon, que era descuidado con los pañuelos. Todavía quedaba algo de dinero y compró un diminuto frasco de perfume para Tía Margaret. No era muy bueno, pero al menos era algo. Se sintió desafiante al comprar esos regalos a pesar de la desaprobación de Tío Philip, aunque él no podía saber que ella tenía su propia economía navideña.

«Lustraré los zapatos de Francie cada día durante un año», pensó. Pero no pensó en regalarle nada a Finn: ahora él vivía en un país en que los regalos y el cariño no tenían significado. Trató de no pensar en Finn porque cuando lo hacía se sentía débil y desanimada. Todavía podía imaginarlo bailando. Pero él no volvería a bailar.

Una noche. Tía Margaret sacó de una bolsa de papel un corte de seda blanca, que se reflejó en los ojos del perro del cuadro. Indicó a Melanie que se acercase y se lo puso encima de los hombros. Inmediatamente Melanie se sintió en su propia casa, envuelta en diáfanos velos delante de un espejo. Pero el cuclillo del reloj asomó la cabeza para dar las nueve y ella volvió a la casa de Tío Philip.

«Tu vestido», escribió en un anotador, para no levantarse. «Para la función».

—¿A quién represento? —preguntó Melanie.

«A Leda. Él está haciendo un cisne. No le resulta fácil. Dice que Finn intenta estropearlo».

A Melanie eso no le hubiera extrañado.

—¿Qué tamaño tiene el cisne?

Tía Margaret dibujó una forma confusa en el aire.

—No creo —dijo Melanie— que me guste ser Leda.

«Él te ve así. Chiffon blanco y flores en el pelo. Una muchacha muy joven».

—¿Qué clase de flores?

Tía Margaret sacó un ramo de margaritas artificiales, amarillas y blancas como huevos fritos. Melanie volvería a ser una ninfa coronada de margaritas; se vio como ya se había visto antes. A pesar de todo, se sintió halagada.

—Supongo que es necesario —dijo. Las tijeras de su tía centellearon a la luz como signos de admiración mientras cortaba la leve tela.

Cuando el vestido estuviera hilvanado, Melanie bajaría para mostrárselo a Tío Philip. Tendría que quitarse todas sus ropas y llevar sólo la túnica de seda con unas cintas de raso blanco entrecruzadas entre los pechos (que al parecer, observó con interés, estaban más crecidos y con los pezones bastante más oscuros).

Tía Margaret le cepilló el pelo con el cepillo de plata que, como *Winnie the Pooh*, había sobrevivido al desastre; cepilló y cepilló hasta que el pelo negro de Melanie se hinchó como el Támesis en sus crecientes; luego puso flotando sobre él las margaritas. Sacó de un armario una caja de puros que guardaba varias barras de pintura de teatro. Pintó los párpados de Melanie de azul y los labios, de coral. Melanie se sentía grasienta y pintarrajeada.

«¿Tienes alguna alhaja bonita?».

—Sólo las perlas de mi confirmación. —También ellas habían sobrevivido. A Tía Margaret le encantaron; las acarició y ajustó el cierre sobre el cuello de Melanie. Algunos alfileres de la túnica le raspaban la piel. Se sacudió.

«El collar es el toque final. Estás hermosa».

—Bueno, me gustaría verme. Hace mucho tiempo que no me pongo un bonito vestido. —Recordó y se mordió el labio.

«Ahora ve abajo».

—¿Sola?

Tía Margaret asintió. Melanie se echó el abrigo sobre los hombros porque la leve túnica apenas la protegía contra las corrientes de aire y la casa estaba helada. La hora del té había pasado hacía tiempo y el trabajo de la tarde ya estaba muy adelantado en el taller. Habían abierto las cortinas y Finn estaba en el escenario rodeado de latas de pintura, ojos abiertos de colores puros pintando un telón de fondo en que se veía un poniente entre naranja y rojo sangre sobre el mar, algo parecido al fondo del cuadro del perro colgado en la cocina. Tío Philip estaba en cuclillas en el suelo ante un montón de plumas desplegadas sobre una sábana. Seleccionaba las plumas y las ordenaba en varias pilas. Algunas plumas muy pequeñas se le habían enredado en los bigotes.

—Aquí estoy —dijo Melanie.

Sentado sobre los talones. Tío Philip apoyó las grandes manos sobre las rodillas del sucio pantalón blanco. Esa tarde, los ojos de él parecían distintos; ya no eran incoloros como periódicos viejos.

«Tiene la cabeza muy cuadrada», pensó Melanie. No lo había notado antes. El pelo claro mal arreglado le acentuaba de algún modo las aristas. Era la cabeza de un muñeco de resorte. Un alfiler se le clavó dolorosamente a Melanie en la axila.

—Quítate ese abrigo —dijo él.

Obedeció temblando porque sólo una miserable e ineficiente estufa de petróleo calentaba el sótano. Finn seguía pintando. Oía las largas pinceladas con que cubría una gran extensión de cielo.

—Estás bien hecha para tus quince años. —La voz era plana y muerta.

—Casi dieciséis.

—Eso se debe a la cantidad de leche y jugo de naranja que tomas gratis. ¿Ya tienes la regla?

—Sí —dijo ella, demasiado escandalizada para hacer otra cosa que susurrar.

Él gruñó disgustado.

—Yo quería que mi Leda fuera una niña. Tienes las tetas muy grandes.

Finn arrojó su pincel al suelo.

—¡No le hables así!

—Cierra la boca y ocúpate de tus asuntos, Finn Jowle. Le hablo como quiero. ¿Quién paga aquí?

—¡Yo también puedo hablar como quiero!

Tío Philip se frotó reflexivamente el bigote, sin mirar a Finn.

—Oh, no —dijo con calma—. No, no puedes. Sigue pintando. No tienes tanto tiempo.

La discordia crecía entre ellos. A Melanie le dolía la cabeza.

—Finn —dijo—. Por favor. No me importa.

—¿Ves? —dijo Tío Philip, con un extraño tono triunfal. Finn se encogió de hombros y recogió su pincel.

—Y limpia la mancha que has dejado.

Frunciendo el ceño, Finn frotó la mancha con el codo del delantal endurecido por la pintura.

—Sí, servirás —le dijo a Melanie Tío Philip—. Supongo que tendré que contentarme contigo. Y tienes bonito pelo. Y bonitas piernas. —Pero lamentaba que ella no fuese una marioneta.

—Date la vuelta.

Ella giró.

—Sonríe.

Ella sonrió.

—Así no, estúpida. Que se vean los dientes.

Ella sonrió mostrando los dientes.

—Te pareces un poco a tu madre. No mucho, sólo un poco. Y nada a tu padre, gracias a Dios. Nunca pude soportarlo. Se creía muy, pero muy superior a los Flower. Escritor, decía que era. Un bastardo que nunca trabajó con las manos.

—¡Pero era muy inteligente! —protestó Melanie, finalmente indignada.

—No tan inteligente como para dejar algo que os alimentara a todos cuando él se fuera —observó Tío Philip razonablemente—. De modo que yo debo ocuparme de

sus preciosos hijitos, ¿no es verdad? Para que sean unos pequeños Flower.

Siguió ordenando las plumas. Jesús me quiere para un rayo de sol, pensó Melanie, Tío Philip quiere que sea una pequeña Flower. La corriente de aire que se filtraba por debajo de la puerta agitaba las plumas. Tío Philip suspiró pesadamente, el suspiro de un hombre que agradece una retribución excesivamente pequeña.

—Servirás —dijo—. Me parece. Ahora vete de aquí.

Finn lo miró con furia y Melanie corrió escaleras arriba antes de que empezaran las palabras violentas y los golpes. ¿Por qué la defendía Finn de esa manera quiijotesca? ¿Porque era una manera fácil de irritar a su tío? Pero ¿acaso le preocupaba a Finn que ella sufriera al ver esa enemistad? Probablemente ni siquiera lo notaba. Se desprendió las flores del pelo y se quitó cuidadosamente la túnica por abajo. No creía que le hubiera gustado verse con ella, si eso hubiese sido posible, ni con la cara brillante y grasienta de pintura.

—Querría que la función ya se hubiera acabado —dijo.

Tía Margaret asintió, con los ojos llenos de rápidas lágrimas. Se llevó los puños a los ojos y los hombros se le estremecieron. Esos días lloraba con frecuencia. El bullterrier dejó de lamer el agua del plato y apoyó el hocico en las rodillas de Tía Margaret. Melanie se sorprendió una vez más por la instantánea simpatía del animal y la forma en que combinaba sus papeles de guardián y de proveedor cuadrúpedo de consuelo. Hubiese querido poder actuar, ella, con esa misma tranquilidad y esa misma sencillez. Le puso la mano en el hombro a su tía, que se la aferró a ciegas y la apretó con su propia garra de pajarito. Permanecieron así largo rato. Cada vez que Tía Margaret lloraba, su sobrina y ella se sentían más próximas.

—Tienes que ensayar conmigo —dijo Finn. No levantó la vista; se miraba el dorso de las manos. El cincel le había dejado una cicatriz morada, ancha, de forma de media luna.

—¿Cómo, en el escenario?

—¿Crees que nos dejaría usar su hermoso escenario? Nunca. Tendrá que ser en mi habitación.

—¿Por qué tú y no el cisne?

—No verás el cisne hasta el día de la función: así reaccionarás de manera espontánea. Pero igual debes practicar los movimientos, así que yo haré el papel de cisne.

Hablaba con voz más suave que el cuello de un pato, casi inaudible, y no la miraba de frente.

—¿Ensayaremos con los trajes? —preguntó ella con cierta aprensión, pensando en la leve túnica y en su propia carne que se veía al través como leche en un vaso de cristal.

—¿Y yo cómo? ¿Cubierto de plumas?

Parecía un cisne empapado en petróleo que hubiese encontrado su terrible destino en un río contaminado. Los pantalones y la camisa que llevaba (una camisa de franela

a rayas, de corte anticuado, que debería haber tenido un cuello pero no lo tenía) estaban cubiertos de sudor, suciedad y manchas de pintura de todos colores. Unas costras de mugre le cubrían los pies desnudos, y había marcas oscuras en el cuello y debajo de las orejas. Nuevamente el mentón parecía un cultivo de hongos. Tenía un olor rancio, agri dulce, como si se estuviera echando a perder.

—Deberías ocuparte más de ti —dijo ella—. Oh, Finn, lávate. Y tal vez podrías cortarte el pelo. —Despeinados rizos naranja se le enroscaban alrededor de los hombros de la ruinosa camisa.

—¿Para qué?

Melanie no tenía respuesta para esa pregunta.

Era la tranquila media tarde del domingo. En la cocina Tía Margaret, con su vestido gris y su siniestro collar, cosía la túnica griega con finísimas puntadas. El juego de té de porcelana ribeteada de verde de los domingos ya estaba dispuesto en el comedor, sobre el sereno mantel blanco junto a la jarra de leche y el bol de azúcar. Victoria dormía la siesta junto a los geranios en flor. Jonathon armaba barcos en el taller mientras Tío Philip se ocupaba de su cisne y pensaba dónde poner los hilos. Francie se había puesto el violín bajo el brazo y se había marchado a cumplir sus compromisos vestido con impermeable y sombrero de fieltro. La casa reposaba.

—Entonces, ven —dijo Finn.

Pasaron por delante de las puertas cerradas del castillo de Barba Azul y subieron juntos las escaleras. Se oía el eco de la respiración pesada y ronca de Finn. Entraron en su habitación, y él cerró la puerta con el pie. Tenía una cara que era todo un estudio de resentido aburrimiento.

—Acabemos de una vez con este juego estúpido.

Ella miró alrededor desconcertada. La habitación estaba desnuda, como si todas las posesiones de los hermanos esperaran guardadas en cajas y baúles y listas para una inminente partida. En la pared que ella nunca veía porque era la que tenía el agujero había un estante con el único objeto personal de la habitación, una foto descolorida en un marco negro mal ajustado. Era la fotografía de una mujer de rostro ancho que miraba de frente a la cámara sin sonreír. Llevaba un chal de Galway con un bebé entre sus pliegues.

—Nuestra madre —le dijo Finn—, con Maggie en brazos.

Detrás de la mujer se veían unas rocas desoladas.

—En casa —agregó Finn, y no dijo nada más.

Junto a la fotografía se agazapaba la lámpara flexible, lista para saltar. Aparte de una tira de espejo y del retrato de Tía Margaret las paredes estaban vacías. No había señales del tríptico de san Sebastianes. Lo habría escondido. Junto al estante había un armario empotrado; todo lo demás era familiar. Se sentó en la silla de rosas y castillos con una sensación de formalidad ridícula, como si hubiera ido a devolver cortésmente una visita vestida con traje de chaqueta y un sombrero con velo.

—La cosa es así —dijo Finn. Hablaba de mala gana—. Leda camina por la costa

y recoge caracolas.

Sacó del bolsillo una espiralada caracola de puro nácar lechoso y la depositó sobre la alfombra.

—Se acerca el ocaso. Leda oye los aletazos y ve que el cisne se acerca. Corre, pero el cisne desciende y cae sobre ella. Telón.

—¿Eso es todo?

—Bueno, sólo es un pretexto para exhibir su hermoso cisne.

Melanie se puso de pie, y se inclinó para recoger la caracola. Se movía mal porque él la miraba.

—Con más fluidez —dijo él, con fatiga—. Muévete a partir de las caderas.

Se inclinó de nuevo balanceando el trasero porque no se le ocurrió ninguna otra manera de moverse a partir de las caderas.

—Por Dios, Melanie. ¿Acaso no te enseñaron a jugar al hockey en la escuela?

—Pues... sí.

Él sonrió burlonamente.

—Así tendría que ser. —Finn se agachó a recoger la caracola. Pero ya no se movía como una ola del mar. Casi crujía, como una marioneta. Había olvidado que ya no tenía la gracia de antes. Se detuvo bruscamente, con los dedos en la caracola.

—De todos modos —dijo él— vuelve a probar.

Ella lo hizo.

—Un poco mejor. De nuevo ahora. Yo soy el cisne.

Melanie caminaba por la costa recogiendo caracolas. Finn esperaba inclinado hacia delante. Tenía el pelo volcado sobre la cara; ella apenas podía verlo. Finn imitó con chistidos el movimiento de las alas.

—Cuando oyes el ruido, te asustas. Corres unos pocos pasos.

Ella corrió unos pocos pasos.

—Bien.

Él corrió tras ella. Era como jugar a las pantomimas. Melanie se echó a reír.

—No, no seas tonta. Se supone que eres una pobre chiquilla aterrorizada.

—No me lo puedo tomar en serio.

—Pero Melanie, te echará de casa si no puedes trabajar para él. Y entonces, ¿qué?

—No lo haría —dijo ella, no muy segura—. No podría.

—Sí, podría y lo haría. —Finn parecía serio y razonable—. Y nadie haría nada por ti. Te morirías de hambre.

—Lo odio —dijo Melanie. No se había propuesto decirlo. Sus miradas se encontraron un momento y volvieron a alejarse.

—Empieza desde el principio. Haz como si. Actúa.

Esa vez todo marchó mejor. Ella miró el cielo y fingió que veía venir la noche. Y que oía el chillido de las gaviotas y el roce de la arena bajo los pies y los golpes de las alas. Le fue fácil mostrarse asustada y echar a correr.

—Entonces trastabillas y yo te derribo. —Finn ocultó un bostezo—. Pon la

caracola en su sitio y lo repetiremos todo.

Ella obedeció. Las gaviotas chillaron y la arena se deslizó debajo de ella y el cisne descendió y todo salió bien. Se alejó corriendo de Finn y trastabilló... y no fue representación: tropezó con el ribete anudado de la alfombra. Perdió el equilibrio y se agarró de Finn para sostenerse. Abrazados, Melanie riendo, cayeron juntos al suelo en cámara lenta, pero Finn no reía. Y la risa de Melanie se desvaneció cuando en el rostro pálido y huesudo medio cubierto por el pelo no vio nada, ni una sombra de sonrisa o de ternura que pudiera protegerla. Estaban tan cerca como una sábana y una manta, y él olía mal, pero eso ya no importaba. Estremecida, Melanie comprendió que ya no importaba. Tensa, esperó a que sucediera.

Era presa de una nerviosa excitación incomprensible. Estaban juntos sobre las tablas desnudas y astilladas. No había más tiempo. Tampoco había Melanie. Estaba totalmente entregada. Estaba cambiando, creciendo. Todo lo que le importaba era ese chico que tocaba con todo su cuerpo pero no tocaba. El instante era una eternidad, temblaba como una gota de rocío en una rosa, interminablemente a punto de caer. Lentamente, con renuencia, él le puso la mano en el pecho izquierdo. El tiempo se inició con una sacudida, el tiempo de los dos. Ella dejó escapar el aliento en un torrente sibilante. Él cerró sus ojos atlánticos. Parecía una máscara mortuoria de sí mismo. Era tremendo para él dejar su aislamiento, pero debía dejarlo.

«Éste es el principio», se dijo ella a sí misma, claramente. Oyó su propia voz, alta y distinta, dentro de su cabeza. No más falsos comienzos, como en el parque de atracciones, sino el verdadero principio de un profundo misterio entre los dos. ¿Qué le haría él, sería gentil? Bajó la vista con un temor que era también placer a la mano manchada y cubierta de cicatrices. Una mano de trabajador, fuerte y habilidosa. La luz pareció disiparse a su alrededor; Melanie sólo podía ver con sus sentidos.

—No —dijo Finn en voz alta—. ¡No!

Se puso en pie de un salto y atravesó la habitación. Se metió en el armario y cerró la puerta. Brotó de allí otro grito ahogado.

—¡No!

La tensión entre ambos se había quebrado de manera tan salvaje y despiadada que Melanie se quedó inerte, luchando contra las lágrimas. Todavía sentía los cinco dedos de Finn como cinco brasas que le ardían en el pecho. Pero él se había ido. Se sintió fría y enferma.

—¡No! —Mas suavemente.

—¿Qué he hecho mal? —le preguntó Melanie a la puerta del armario. No hubo respuesta—. ¿Finn?

Silencio. Se sintió una tonta allí, en el suelo, con la falda alzada por encima de las rodillas. Vio debajo de cada una de las camas un par de zapatos inofensivos sobre las tablas sin polvo. La habitación parecía muy limpia, no como Finn. Los zapatos de Francie estaban bien lustrados y brillantes; los de Finn, cubiertos de barro. ¿Dónde habría estado? ¿Habría ido solo al parque, a hablar con la reina rota y acariciar la

cabeza de la leona de piedra?

«Tal vez», pensó, «no ha querido porque nunca le lustré los zapatos». Todo era posible, si era capaz de meterse en un armario para huir de ella.

Del ojo de la cerradura del armario salió una voluta azul de humo. Melanie se horrorizó hasta que comprendió que él había encendido un cigarrillo. Probablemente, confinado en tan poco espacio, el humo lo sofocaría. O ardería como un monje budista, sólo que accidentalmente.

«Es un tonto», pensó. Se sentía muy vieja, pero no madura.

—No fumes en el armario —dijo.

Le contestó una nueva voluta de humo. Gimiendo en silencio se obligó a ponerse de pie y abrió la puerta. El armario tenía exactamente la profundidad necesaria para que Finn cupiera con las piernas cruzadas y la cabeza oculta entre los pliegues rayados del segundo traje de Francie, colgado de una percha. También había algunas espectrales camisetas blancas. En un estante, en lo alto del armario, había pinturas de todas las formas y tamaños. La mano de Finn, con un cigarrillo, se abrió paso entre las ropas y sacudió la ceniza sobre el suelo. No dijo nada. Ella le examinó las plantas de los pies cruzados.

—Finn —dijo—, tienes una astilla en el pie izquierdo.

—Vete —dijo él.

—Si no te la quitas se va a infectar. Yes probable que tengan que amputarte la pierna.

—Por favor. Vete.

—¿Por qué te escondes en el armario, Finn? —le preguntó como una madre a un niño inexplicable al final de un largo día de fatiga.

—Porque tengo lugar suficiente —respondió él. Esta lógica de Lewis Carroll fue demasiado para Melanie: reconoció la derrota y alzó la bandera blanca.

—Oh, Finn, ¿por qué me dejaste así? —Las palabras volaron sobre las alas de un sollozo.

—Eres demasiado joven para decir esas cosas. Tienes que haberlo leído en una revista de mujeres. —La voz de Finn se oía como a través de un traje de pieles, vestida para el Ártico.

Ella apartó las ropas y lo encontró encogido, desconsolado, abatido, con las rodillas debajo del mentón, en posición fetal. Frunció el ceño con bizca ferocidad, como un frustrado gato siamés.

—No comprendes —dijo—. Él quería que yo te montara.

Ella sólo había leído la palabra, o algo parecido, aséptica y fríamente escrita en alguna pared; sólo la había oído en boca de unos rudos peones de campo que no sabían que ¿líla estaba cerca. Nunca había relacionado la palabra con ella misma: su novio fantasma jamás la habría montado. Habrían hecho el amor. Con un sobresalto sintió que Finn sí hubiera sido capaz, por la forma en que aplastó el cigarrillo contra el suelo.

—Ha sido por culpa de él —dijo Finn—. Lo comprendí de repente, cuando estábamos acostados en el suelo. Tiene en la mano nuestros hilos, como si fuéramos títeres, y allí estaba yo listo para hacerte lo que él quería. Me ordenó que ensayara Leda y el cisne contigo. En privado, me dijo. Por ejemplo, en tu habitación. Ve a ensayar con Melanie una violación en tu dormitorio. Por Dios. Quería que lo hiciera, y él preparó la escena. ¡Qué perversidad!

Melanie dio un puntapié a un nudo de las tablas del suelo con la punta del zapato. Advirtió que sus zapatos necesitaban compostura. ¿Tendría crédito en casa del remendón? Trató de concentrarse en eso para no pensar en lo que decía Finn.

—Pues bien —dijo Finn, mientras apartaba las ropas para encender otro cigarrillo—, que no cuente conmigo. Por mucho que me gustes no voy a hacer lo que él quiere.

Melanie dejó de tratar de pensar en la reparación de los zapatos.

—Oh, Finn, pero ¿por qué querría él que tú...?

—Para destruirte, Melanie. No podía soportar a tu padre y tampoco te soporta a ti ni a tus hermanos. Sois hijos de tu padre, y no le importa que seáis también los hijos de su hermana. Para él la gente como vosotros es el enemigo, las personas que usan papel higiénico y cubiertos para el pescado.

—Nosotros nunca tuvimos cubiertos para el pescado —dijo Melanie.

Finn no le hizo caso. Atormentado, incoherente, continuó.

—Sois tan frescos e inocentes, los tres, sois algo que hay que torcer y aniquilar. Bueno, ahora Victoria es la hijita de Maggie, y él tiene a Jonathon trabajando, vigilado día y noche, y sólo le falta ocuparse de ti. Y entonces se le ocurre que yo sería el instrumento adecuado, porque me desprecia y piensa que soy la escoria de la creación. Piensa eso, realmente. Soy un sucio beatnik, y me echaría si no fuera por Maggie y porque pinto, aunque igual yo me iría si no fuera por Maggie. Y entonces tengo que acostarme contigo porque te afeitas las axilas y tal vez tendrías un bebé y así se vengaría de tu padre.

—Mi padre está muerto.

—Sí, pero a él le da igual.

—No me afeito las axilas.

—Es un modo de decir. —Finn torció la cara en una mueca de dolor y disgusto en estado puro, arrojó el cigarrillo y hundió la cabeza entre los brazos. Ella desplazó su peso de un pie a otro, asombrada y desconcertada. Apenas podía entenderlo que él decía.

—Entonces, ¿no me quieres? —le preguntó.

—Eso no tiene nada que ver —respondió vivamente Finn—. Además, eres demasiado joven. Lo comprobé en el parque. Más adelante, tal vez. Eres demasiado joven.

—Lo sé —dijo ella—. Es mi maldición.

—¿No es terrible? —dijo él—. Ésta es una casa de locos. Y él me está volviendo loco.

Volvió a ocultarse entre las ropas, que se sacudieron en sus perchas. La pila de pinturas del estante se deslizó al suelo. Melanie las recogió distraídamente. Las sorpresas no tenían fin. Primero el tríptico de san Sebastián, terminado hasta la última flecha y gota de sangre. Con una mueca lo hizo a un lado. Y luego se vio a sí misma, y se conmovió.

Con el cuerpo en plena torsión, se estaba quitando el jersey color chocolate, una muchacha delgada pero bien hecha con una cara delicada y abstraída, sobre un fondo de rosas rojo oscuro. El papel de su pared. Parecía muy limpia. Una virgen que se lavaba los dientes después de todas las comidas y se deleitaba en dar grandes mordiscos a rosadas manzanas. El pelo negro le estallaba en grandes ondas Art Nouveau. Como si Finn estuviera practicando el trazado de curvas. El cuadro era tan sobrio y poco comunicativo como todos los suyos, una especie de desnudo de revista asexual. Había una banda negra en la parte superior del brazo derecho. Él no la veía como se veía ella, pero podría haber sido mucho peor.

«¿Por qué me habrá puesto la banda de luto?», se preguntó.

Pero estaba contenta.

—¿Me dibujabas cuando mirabas por el agujero mientras yo me desvestía?

—No mires mis pinturas.

—Sólo las había recogido.

Entonces vio un cuadro horrible. Era un infierno de llamas saltarinas con figuras negras. Tío Philip estaba extendido en una parrilla como un cerdo desnudo, grueso, abominable. Las carnes empezaban a abrirse y la grasa burbujeaba. El pelo blanco florecía en llamas diminutas. A su lado había un demonio con ajustados pantalones rojos, cuernos y una cola bifurcada. Sostenía unas tenazas al rojo con las que retorcía los testículos de Tío Philip. En la cara de éste se veía la marca feroz de una herradura. La boca era un agujero negro del que brotaba una bandera con la palabra «Perdóname». El demonio tenía la antigua cara sonriente de Finn.

«De modo que aquí vino a parar la sonrisa de Finn», pensó Melanie. «Se la quitó de la cara y la estampó en la tela». Finn nunca volvería a sonreír.

De los labios pintados de Finn, hechos de fuego, surgía una sola palabra: «¡Nunca!». En la parte superior, en un escudo blanco, estaba el título en caracteres góticos, como las demás palabras: «En el infierno se reparan todas las maldades». La inspiración general era de Hieronymus Bosch. Melanie dejó caer el cuadro con un sollozo.

—Te dije que no los miraras.

—Tienes razón. Es una casa de locos —dijo Melanie, y empezó a llorar. Finn salió a cuatro patas del armario, le abrazó las rodillas y escondió la cabeza entre sus muslos. Ella le hundió convulsivamente los dedos en el pelo y dijo las palabras que le flotaban en la mente, sin reflexionar. Si lo hubiera pensado, jamás lo habría dicho.

—Creo que quiero estar enamorada de ti pero no sé cómo se hace.

—Ya estás hablando de nuevo como una revista de mujeres —dijo Finn—. Sólo

sientes eso por la proximidad, porque estoy aquí. Y de todos modos eres demasiado joven, ya lo vimos. Y sería una pérdida de tiempo para ti, porque voy a hacer que él me mate.

Entonces sonó el gong para el té, que sería necesario sobrellevar como fuera, y enmantecar el pan, pelar las gambas, verter el té y la leche en las tazas, cortar en rebanadas finas la tarta de Victoria para que se la comiera toda. En la bola de cristal verde estaban todos, monstruosamente hinchados, ante una mesa alabeada que se extendía infinitamente. Melanie mantuvo la mirada fija en la bola mágica para no tener que mirar a Tío Philip.

El día siguiente era el de Nochebuena, pero no fue distinto de cualquier otro día, excepto porque la tienda estuvo atareadísima. Hubo mucha gente todo el día y Melanie y Tía Margaret se tambaleaban sobre los pies doloridos cuando llegó el momento de hacer girar el cartel de la puerta para que dijese «Cerrado». Los estantes se encontraban casi vacíos, las existencias casi agotadas. Incluso el caballo saltarín y los títeres de juguete habían desaparecido del escaparate y sólo quedaban las guirnaldas de acebo de plástico. Los billetes rebosaban del cajón del dinero. Se les había acabado el último rollo del papel floreado. A la mañana siguiente la tienda parecía un campo de batalla. El loro estaba encorvado en su percha, como si también él tuviera los pies cansados.

«Al menos mañana tendremos un día de descanso», escribió Tía Margaret.

Pero nada más que eso. Melanie se defendía de la memoria y la autocompasión con su libro mientras su tía terminaba de coser la túnica griega. No había acebo en la cocina, ni muérdago sobre la pantalla de la lámpara. Ni árbol de Navidad con luces de color. Tío Philip había recibido tarjetas de Navidad y calendarios de los comerciantes con los que trataba, pero los rompía enseguida de modo que no había tarjetas sobre la repisa. Nada. Y la casa estaba particularmente fría. Tal vez se había congelado de decepción.

Melanie se preguntó si irían a la iglesia, a la misa de medianoche, porque entendía confusamente que eran gente religiosa ya que tenían una fe tan firme en el infierno. Pero todos se fueron a dormir a la hora acostumbrada, y aunque Francie regresó muy tarde, estaba un poco ebrio, de modo que seguramente no había ido a la iglesia. Ella oyó que subía la escalera con pasos inseguros y que imitaba en voz muy baja un cuerno de caza.

Finn debía de estar despierto en la oscuridad, como ella, con la pared en medio como la espada de Tristán, porque lo oyó conversar con Francie durante un rato, aunque no pudo distinguir una sola palabra. Luego apareció una luz tenue en el agujero de la pared, una luz incierta y subrepticia. Y sintió el olor de la madera quemada. Estaban quemando algo. Sintiendo culpable, salió de la cama para mirar. Hacía más frío de lo que le hubiera parecido posible; la temperatura de Rusia cuando las noches son más glaciales. Las tablas eran de hielo bajo sus pies descalzos. Sintió que se le ponía la piel de gallina.

La habitación de los hermanos estaba a media luz: distinguió sus formas con dificultad. Los vio agachados, juntos, en mitad de la habitación. El espejo reflejó bruscamente una cerilla encendida. El impermeable de Francie brillaba: no se lo había quitado, ni tampoco el sombrero. Estaba arrodillado en el suelo y se apoyaba en una mano. En la otra sostenía un muñequito de madera labrada con unos cabellos blanquecinos de cordel. Tenía una camisa blanca y una corbata que era un cordón de zapato. Tía Margaret debía de haber hecho la camisa, tan bonita y pequeña. Seguramente era muy difícil coser algo tan diminuto.

Finn aplicaba cuidadosamente cerillas encendidas a diversas partes del muñeco. Apenas las ropas empezaban a chamuscarse y a encender la madera, desprendía lo que estaba quemado y volvía a empezar en otra parte. Ambos guardaban silencio, absortos. Vio que el perro también estaba presente y los miraba con atención el pelaje blanco parecía artificial, pintado a propósito como un disfraz. Finn arrimó una cerilla al pantalón del muñeco en la ingle y él y Francie rieron suavemente. Los Jowle celebraban la Navidad a su manera.

Melanie volvió a la cama y se cubrió la cabeza con las mantas. Pero no la abrigaban y la botella de agua caliente ya se había enfriado. Hacía tanto frío que pensó que los mocos se le congelarían en la nariz y el cerebro se le convertiría en un pequeño carámbano arrugado. Se cubrió la cabeza para no ver la luz mágica.

Cuando Melanie, tímidamente, le dio a su tía el perfume la mañana de Navidad, en la cocina, ella la abrazó y la besó y demostró tanta alegría por el regalo que Melanie se avergonzó de que fuera tan pequeño.

«¿Cómo no lo pensé antes?», se preguntó. «Podría haberle regalado el collar de perlas de mi confirmación. Yo no lo necesito y, después de mañana, no querré usarlo más. ¡Oh, es claro que le encantaría!».

Imaginó a su tía tocando las perlas con dedos atónitos y casi incrédulos y cerrándose alrededor del pobre cuello la hilera de semillas lunares. Esas perlas eran mucho más adecuadas para la carne tierna de su tía que las insufribles piezas de plata. Y esas bonitas perlas eran el único regalo con que podía expresar lo que sentía por Tía Margaret. Se las daría la próxima Navidad o el día de su cumpleaños, si podía averiguar la fecha.

«Quería compraros regalos a todos», escribió Tía Margaret, «pero no tengo dinero, y Philip...». La tiza se le cayó de las manos.

—Está bien así —le dijo Melanie, cariñosamente— y no lo pienses más.

Una vez en su habitación, Melanie abrió su único paquete. La señora Rundle les había tejido tres jerséis: uno gris, práctico, para Jonathon; uno de un rosado comestible y frutal para Victoria y otro de un sentador azul cielo para Melanie, todos envueltos en bonito papel. Melanie tironeó del jersey nuevo sobre la cabeza de Victoria: era como ponerle una funda a una almohada que no estaba de acuerdo. No había una media llena de regalos (con una naranja en los dedos, nueces en el talón y galletas asomando por encima) para Victoria en esta Navidad; nada aparte del jersey y los caramelos. Pero Victoria no se acordaba de la Navidad anterior, ni le habían hablado de ésta, de modo que no le parecía que faltase nada, aunque Melanie lo sentía por ella. Era duro privar de algo a una niña. Para Victoria, el jersey era simplemente otra molesta prenda de ropa, y aceptó los caramelos sin curiosidad, pensando tal vez que eran una especie de soborno. Empezó a comérselos apenas Melanie le abrió la lata. No estaba bien que comiera dulces tan temprano, pero Melanie no tenía corazón para prohibírselo.

Esa mañana, la pantalla japonesa de papel parecía una decoración de Navidad, tan redonda, azul y alegre como era. ¿Habría sido en un principio una decoración navideña, en algún remoto pasado, cuando los Flower eran una familia normal? Debían de haber sido una familia normal cuando su madre vivía con ellos. Su madre no podía haber sido nunca una excéntrica. Y los abuelos, jamás mencionados, ¿cómo habrían sido? Seguramente habrían celebrado la Navidad cuando su madre y Tío Philip eran pequeños. Siempre que Tío Philip hubiese sido pequeño alguna vez. Era difícil imaginarlo con la gorra de la escuela y pantalones cortos o cuando jugaba con canicas o leía cómics o coleccionaba cajas de cerillas.

¿Y si el Tío Philip de los puños amenazantes —pensó Melanie súbitamente

desconsolada— no fuera el hermano de mi madre? Ese hombre corpulento podía haber sustituido, en el curso de los años, al hombre delgado de la foto de la boda. Un extraño, un impostor que llevaba la cara y la ropa de Philip Flower pero que en realidad no era él.

Melanie deseó que hubiesen ido a vivir, en cambio, con la familia de su padre. Con toda esa gente agradable de la foto. Sin duda que en este mismo momento estaban preparando enormes pavos y adornando árboles de Navidad para la fiesta. Pero si hubiesen ido a vivir con Tía Rose o Tía Gertrude ella no habría conocido nunca a Francie y a Tía Margaret y a Finn. Ya Finn.

Melanie se puso su propio jersey. La lana nueva le escocía pero era maravillosamente abrigado y tenía un cálido cuello volcado. La reconfortaba con algo más que lana, como si la señora Rundle hubiera murmurado y entretejido su cariño con cada punto del tejido. Se lo agradeció mucho, porque la casa estaba inundada de invierno. Las escasas estufas eléctricas parecían intensificar el frío más que disiparlo. Esos días de diciembre la nariz afilada de Tía Margaret tenía siempre la punta enrojecida. Pero Melanie no necesitaría ni siquiera un cárdigan con ese jersey del color del cielo de verano. Le escribiría a la señora Rundle. Pensó en los lunares peludos de la señora Rundle: eran un recuerdo hermoso y significativo.

Para su sorpresa, la comida era especial, un ganso asado que se materializó inesperadamente en la mesa junto a un bol de salsa de manzana, como un fantasma de alguna Navidad pasada. Tía Margaret debía de haberlo comprado secretamente para darles una sorpresa. Tío Philip frunció el ceño cuando lo vio y le clavó el cuchillo de trinchar con tal violencia que el relleno salpicó el mantel de damasco y Tía Margaret tuvo que recogerlo con una cuchara. Y luego el viejo Scrooge atacó tan salvajemente al ave indefensa como si quisiera matarla de nuevo, pensando tal vez que el carnicero no había hecho bien su parte de la tarea y que Tía Margaret no lo había puesto en un horno caliente para terminarla. Con el sangriento cuchillo en alto, miró reflexivamente a Finn. Por un instante, Melanie pensó que había ensayado el golpe final con el ganso y que ahora, seguro de su perfección, lo descargaría sobre Finn. Pero Tío Philip se limitó a servir a Finn una porción mezquina de piel y huesos que Finn, sin probar bocado, llevó con el tenedor hasta el borde del plato. Tío Philip comió con voraz apetito y mordisqueó los huesos como Enrique VIII. La sobremesa fue sombría y no se demoraron mucho tiempo.

En todo Londres, hombres y mujeres con sombreritos de papel coloreado miraban a la reina por televisión. Era difícil creerlo, pero en esta casa Tío Philip y Finn y Jonathon volvieron al taller apenas terminaron de comer, sin entusiasmo, los pasteles de carne con salsa de brandy. Una vez que estuvieron lavados los platos. Tía Margaret sacó la túnica de seda para dar los últimos toques a las cintas entrecruzadas. Victoria jugaba con una olla que golpeaba con una cuchara de madera. Ya tenía manchadas de salsa las mangas del jersey rosado. Tamborileaba y aullaba. A Melanie le empezó a doler la cabeza.

«La casa está llena de juguetes y Tío Philip no es capaz de darle a Victoria algo con que pueda jugar tranquilamente», pensó con resentimiento. Trató de no mirar la túnica porque evocaba a ese desconocido e inconsciente cisne que la violaría el día siguiente. La sola idea del cisne la asustaba. La tarde la sofocaba. Victoria seguía golpeando la olla y canturreaba trozos de canciones y Tía Margaret le acariciaba cariñosamente la cabeza. Estaban felices juntas. El dolor de cabeza de Melanie se agravó. Se deslizó a su habitación pero Francie tocaba unos aires lentos que se movían alrededor de Melanie con unos pies pequeños y suaves y melancólicos y le desgarraban el corazón. No sabía qué hacer con ella misma. Recogió las amarillentas hojas muertas del geranio y las redujo a polvo fragante entre sus dedos. Se miró las manos. Cuatro dedos y el pulgar. Cinco uñas.

«Ésta es mi mano. Es mía. ¿Para qué sirve?», pensó. «¿Qué significa?».

Su mano parecía maravillosa y sorprendente, un objeto que no le pertenecía y cuyo uso ignoraba. Los dedos eran personas, los miembros de una familia. El pulgar era el padre, bajo y robusto, probablemente un hombre de campo, del norte, que hablaba con vocales claras y rotundas, y el índice era la madre, una mujer alta y esbelta, de clase media, que llamaba «cielo» a sus familiares y comía naranjas con cuchillo y tenedor. ¿Acaso él se había casado por encima de su condición, con el apoyo del dinero ganado por su propio esfuerzo? Tenía la actitud desafiante de un hombre que se ha abierto camino en el mundo. Tres niños hermosos; dos ya crecidos, un chico y una chica, y uno que recién llegaba a la adolescencia. Movié la mano y la familia ejecutó una breve danza para ella. En ese momento sintió pánico.

«Me estoy volviendo loca». En esa casa de locos, y como le ocurría a Finn, también ella estaba enloqueciendo. Se envolvió la cabeza en las cortinas para no oír tocar a Francie ni ver la oscuridad que inundaba el cuarto y anunciaba el día de mañana. Sintió que el mundo giraba hacia el nuevo día y que la arrastraba consigo, que arrastraba a esa muchacha infinitamente pequeña, furiosa y renuente. Se vio a sí misma diminuta, de pie sobre el globo terráqueo de la escuela que giraba en el vasto espacio silencioso y de nuevo sintió que vacilaba en el filo de la cordura. ¿Podía tener la gente ataques de nervios a los quince años o casi dieciséis? Bueno, ella sería la primera. Había un cisne sobre su cabeza, como la espada de Damocles, que la seguía a todas partes. Insignificante como una mota de polvo, se movía al capricho de terribles vientos entrecruzados.

«No debo tener miedo del cisne. Sólo es una pantomima».

Pero no era precisamente del cisne que tenía miedo, sino de entregarse al cisne.

El día siguiente, cuando ya estaba peinada y vestida con la túnica, Victoria se llenó las manitas de seda blanca y exclamó: —¡Melanie guapa!

—¿Lo dices de verdad? —dijo Melanie como si la opinión de Victoria contara o si estar guapa le ofreciera alguna protección.

—Sí —dijo rotundamente Victoria, redonda como una fruta en su jersey color fruta. Tía Margaret, que estaba prendiendo flores en el pelo de Melanie, asintió tanto

como el collar se lo permitía. Llevaba el vestido gris y parecía una columna dórica. Pero no tenía el pelo tan bien arreglado como cada vez que se ponía sus mejores ropas, y un mechón suelto junto a la oreja le daba un aspecto incongruente y levemente desaliñado. Tema que haber estado demasiado preocupada para peinarse bien. Tanto ella como los demás parecían tan limpios y elegantes que Melanie se sintió fue—, ra de lugar: una corista que iba a tomar la sagrada comunión con medias caladas. Al parecer, acababa de entrar en el mundo del espectáculo.

—No he ensayado bastante —dijo, estremeciéndose.

—Lo harás muy bien —dijo Francie—. Y no vaciles, muchachita. Ya es casi la hora de subir el telón.

—Oh, Francie —dijo, tragando saliva. Él le dio una palmada de aliento en el trasero de chiflón.

—Ladra pero no muerde.

Ya había oído decir eso de Tío Philip, pero no lo creía. Pensó, asustada, lo que podría hacerle si no se desempeñaba bien, pensó en su sangre joven manchando el pequeño escenario. Pero cuando él la vio se mostró satisfecho. La miró de arriba abajo y dijo: —Muy bien. Ve al escenario.

Parecía enorme con su chaqué y sus pantalones rayados, un toro. Tal vez fuera un toro. O se convertiría en un toro como Júpiter y, respirando fuego por los ollares y equivocándose de mito, la llevaría como a la ninfa Europa a través de ese mar pintado en que saltaban los delfines. Estaba muy excitada e imaginaba toda clase de cosas.

Esta vez sólo había tres sillas, ya que Melanie no formaba parte del público. En la gran cortina se leía no fumar, pero un nuevo cartel proclamaba: «gran función de navidad. El arte y la naturaleza se combinan con Philip Flower para ofrecer un Fenómeno Único». Y Tío Philip, rodeado por un círculo de niñas, sostenía los hilos de un bonito cisne.

El escenario era una caja con un lado de color rojo y el otro de color mar que tenía en lo alto un puente de luces donde Finn estaba agachado como un sapo. La cara de Finn parecía negra, vacía y malhumorada.

Melanie no vio el cisne en ninguna parte. Seguramente estaba detrás de las bambalinas. El suelo estaba regado de caracolas, de todas formas y tamaños, envueltas en nácar, viciosamente puntiagudas. Del otro lado de las cortinas, en otra dimensión. Tía Margaret y los niños se sentaban para ver el espectáculo. Melanie estaba en medio de las caracolas. Se sentía tonta.

—¡Quítate esos zapatones, estúpida! —Tío Philip subía al puente por una corta escalera. Melanie todavía llevaba puestos los pesados zapatos con cintas. Tenían que parecer absurdos con esa túnica. Se los quitó y los arrojó a un lado. Sin los zapatos se sintió mucho más desnuda.

Las luces pasaron por una serie calidoscópica de cambios de color, como si Finn estuviera probando toda su batería de efectos especiales. Melanie trató de calmarse pensando en otra cosa, algo agradable, garitos plumosos, *sames* para el té, pero la idea

de esas cosas le daba ganas de llorar. Empezó a recitar la tabla de multiplicar para que pasara el tiempo. Por encima de ella, Finn y Tío Philip se movían y murmuraban.

—¡Música!

Detrás de la pared roja, Francie empezó a tocar fragmentos de *El lago de los cisnes* al estilo de la música de radio de los domingos por la noche. «Cómo podía elegir otra cosa», pensó, reprimiendo el brusco deseo de reírse, «qué otra cosa podía elegir». Era reconfortante sentirse superior a la mediocridad de Tío Philip. Debía de gustarle Chaikovski porque acompañaba la música moviendo la pesada cabeza. Tenía unos folios en la mano y leyó:

—Leda recoge caracolas en la costa mientras se aproxima el anochecer; está muy lejos de imaginar que el todopoderoso Júpiter la ha elegido como esposa.

Finn apretó un interruptor y una luz de ocaso inundó el escenario. Un reflector se clavó en Melanie. Tío Philip silbó:

—¡Empieza, tú, como sea que te llames!

Melanie se inclinó y se enderezó, se inclinó y se enderezó y recogió unas caracolas que guardó en la falda desplegada, acompañada por la luz del reflector, mientras se descorrían las cortinas. Allí estaban Francie con el violín debajo del mentón y Tía Margaret y sus dos hermanos aplaudiendo. Era como la fiesta de la escuela. Había sido un ángel en la representación de Navidad de la escuela el año pasado, también vestida de blanco pero con un halo de cartón en la cabeza. Recogió otras caracolas.

«¿Y qué hago con ellas?», se preguntó. Lo supo cuando Tío Philip simuló un trueno golpeando inesperadamente una hoja de metal con un martillo forrado. Sorprendida, Melanie dejó caer las caracolas en montón. Y entonces vino el cisne.

Era casi tan alto como ella, un gran huevo de madera pintado de blanco y revestido de plumas. Supuso que el largo cuello estaba hecho de caucho, porque se inclinaba y se bamboleaba de un lado a otro con una desconcertante vida propia. La cabeza y el pico eran también de madera y tenía unos ojos negros incrustados. El pico estaba pintado de color oro. Las alas parecían las de un aeromodelo pero eran curvas: armazón de delgadas varillas arqueadas recubierta con tiras de papel blanco. Tenía debajo unas patas negras encogidas. Era la parodia grotesca de un cisne; podría haberla dibujado Edward Lear. Y no tenía nada que ver con el ave fálica y salvaje de su imaginación. Era un cisne rechoncho, doméstico y excéntrico. Casi se echó a reír cuando vio aquel vuelo aparatoso. Pero corrió para huir de él como se suponía que debía hacer, pisando las caracolas que le lastimaban los pies desnudos.

Las alas se movían porque Tío Philip tiraba de los hilos. El cisne la siguió, sacudiendo de un lado a otro el pico insensato. El reducido público aplaudió de nuevo. El cisne bajó las patas, como un modelo de avión preparado para el aterrizaje. «Eso está bien», pensó Melanie. Tocó tierra con un sordo golpeteo de los membranosos pies de plástico. Ella se detuvo sin saber qué hacer. El cisne se acercaba con gran deliberación. Melanie imploró que le dieran alguna señal. Tío

Philip leyó:

—Leda trata de huir de su visitante celestial, pero la belleza y la majestad del cisne la derriban.

«Entonces me caigo», pensó Melanie y haciendo a un lado las caracolas se dejó caer de rodillas. A la hora justa, como el destino, llegó el cisne haciendo *plaf plaf*. Melanie recordó el caballo de Troya, que también era hueco y de madera; si no hacía bien su papel, se abriría una puerta trampa en el costado del cisne y un ejército de Tíos Philip pigmeos, a cuerda, saldría y la atacaría. Esa posibilidad le pareció real y terrible y dejó de reír. Alucinaba; sentía que no era ella misma quien miraba desde lejos aquella fantasía teatral en la que todo era posible. Incluso que el cisne, por ridículo que fuese, se hiciera real de pronto y violara a aquella muchacha bajo una neblina de blanco plumerío. El cisne se alzó sobre la chica de pelo negro que era y no era Melanie. El cuerpo hueco del cisne era blanco y leve como un merengue, y la cabeza se le mecía sobre el cuello prensil. La música ascendía hacia un agónico clímax.

Melanie había escuchado *El lago de los cisnes* dos años antes, también en Navidad, sentada en un sillón de felpa roja en Covent Garden, a donde su padre la llevó a ver el ballet como un regalo de fin de curso. Las encantadoras figuras blancas saltaban y giraban. Ahora ella misma estaba en el escenario con un cisne de utilería. El cisne le apoyó la panza en los pies. No lo vio, lo sintió. Alzó la vista y vio a Tío Philip gobernando los movimientos del cisne. Tenía la boca abierta en una mueca de concentración. Melanie advirtió que en la corbata negra de moño había unos puntos brillantes que brillaban al reflejar la luz. Se movió bajo el rumoroso cisne que ahora aleteaba con fuerza y le agitaba el pelo. Una margarita salió volando. Después de eso no vio nada más, aparte del fulgor de harina del reflector.

—Júpiter Tonante en la forma de un cisne subyuga su voluntad. —La voz de Tío Philip, grave y solemne como las notas de un órgano, resonaba sobre el gemido del violín. El cisne dio un paso hacia adelante y se instaló sobre la grupa de Melanie. Melanie trató con todas sus fuerzas de librarse de él, pero las alas bajaron y la rodearon por todas partes como una tienda y el ave le acomodó la cabeza sobre el cuello; el pico dorado se le clavó en la carne. Gritó, sin saber casi que gritaba. Estaba completamente cubierta por el cisne, aparte de los pies que se sacudían y la cara que gritaba. El obscuro cisne la había montado. Volvió a gritar. Tenía plumas en la boca. Oyó que las cortinas se cerraban entre los aplausos y creyó que era el ruido del mar.

Tras una pausa vio que Finn, de rodillas junto a ella, le bajaba decentemente la falda. El apasionado cisne casi le había arrancado el vestido. Finn tenía la cara contraída. Lo miró como si fuese un extraño con su camisa escocesa y sus gastados pantalones de pana y el mentón mal afeitado. «Tiene bonitas orejas», pensó; lo notaba por primera vez. Eran pequeñas y elegantes. Trató de recordar dónde lo había visto; la cara le resultaba familiar. Pero pronto lo olvidó. Buscó a su cisne. Lo habían subido. Colgaba de los hilos, patético ahora, y se mecía levemente.

—Todo marcha bien —dijo Finn—. La función ha terminado.

Entonces reconoció a Finn. Por supuesto, pintaba cuadros y era su amigo, aunque no sabía lo que eso quería decir. Ayudó a incorporarse a Melanie suavemente, como un abrigo. Tío Philip bajó resoplando la escalera y ordenó a Finn que se ocupara de las luces.

—Exageraste —le dijo a Melanie y le dio un bofetón con el revés de la mano—. Te pusiste melodramática. Las marionetas no sobreactúan. Echaste a perder la poesía.

Con la cara ardiendo, ella respondió:

—El cisne me asustó. —Pero él no la oyó. Se estaba acomodando la corbata. El escenario se inundó de luz. Ella; Tío Philip y el cisne recibieron una tumultuosa ovación. Estuvieron horas y horas inclinándose y haciendo reverencias y recogiendo las rosas de papel que arrojaba Tía Margaret hasta que al fin Tío Philip gritó:

—¡Luz de sala! —Y las cortinas se cerraron por última vez. Tío Philip apagó de inmediato su radiante sonrisa. Abrazó el cuello del cisne inerte».

—Muy bien, muchacho —le dijo. La cabeza de madera se balanceó.

—¿Falta algo? —preguntó Melanie. El anticlímax la dejó temblorosa y mareada.

—No. Vete.

Melanie recogió sus zapatos y salió. Tía Margaret y Francie la besaron y Francie dijo: —Muy bien, estuviste muy bien.

Todo había terminado. Había sido su debut. Estaba viva de nuevo. Tenía plumas en el pelo y todo el cuerpo cubierto de polvo. Se cepilló el pelo, se quitó las margaritas y las plumas, y se puso la falda de todos los días y el jersey nuevo, que la abrazó amistosamente. Sin embargo, aún se sentía apartada, distante.

Para el té había una tarta que imitaba un tronco, recubierta de chocolate y con un pajarito encima, que Victoria se comió. La tarta parecía exótica e improbable, un ente imaginario. Melanie comió su rebanada pero no sintió ningún sabor. Las personas que rodeaban la mesa eran tan extrañas y distorsionadas como las imágenes en la bola de cristal. Vio que Tío Philip vaciaba cuatro grandes tazas de té ribeteadas de verde e imaginó que el líquido se convertía lentamente en orina a través de sus riñones; alquimia pura, capaz de transmutar un líquido en otro. También podía convertir la madera en cisnes. Tenía chocolate en los bigotes, ¿en qué se convertiría? Esperó, fascinada. Tío Philip era tan pesado como Saturno. Su silencio tenía volumen, peso, altura. Llegaba desde allí hasta el cielo. Melanie estaba en la misma mesa que ese silencio elemental que podía aplastar y aniquilar a cualquiera.

Sin embargo, sus ojos volvían una y otra vez a la plausible distorsión de la bola de cristal. Llegó a preguntarse cuál era la verdadera mesa del té y cuál la reflejada. El chocolate que manchaba el cuchillo no era una prueba; el acebo de papel de la tarta era artificial. Todo quedaba achatado como un recorte de papel por la gravedad personificada de Tío Philip mientras tomaba el té. Sintió que ella misma no arrojaba sombras.

No podía recordar cómo había terminado la tarde pero debía de haber terminado

de alguna manera porque estaba en cama, habitando una gris tierra de nadie entre el sueño y la vigilia. Victoria, la feliz Victoria que todavía moraba en el país de Beulah donde fluían la leche y la miel; en un Edén donde la serpiente dormía en el futuro, la inocente Victoria dormía en paz, pero Melania oyó que alguien arañaba la puerta. No lo creyó. Imaginó que dormía en su casa, entre sus sábanas rayadas, y que el manzano estaba florecido de escarcha junto al ventanal. Pero el ruido continuó. Abrió los ojos.

Un dedo de luz de luna entreabrió las cortinas y se posó en el extremo de su cama, iluminando un promontorio: un momento después descubrió con alivio que estaba mirándose los pies. Arañazos y arañazos y arañazos en la puerta; después, un susurro.

—Soy Finn. Quiero hablar contigo.

Estaba en su cama fragante a lavanda y Finn quería hablar con ella. Trató de ver qué lógica tenía todo esto pero fracasó.

—Ven, si quieres —dijo, dejando que la corriente la llevara.

¿Pero era Finn o no? Estaba demasiado oscuro, y el susurro era anónimo, metálico. Tuvo un momento de duda mientras la figura sombría atravesaba la habitación hasta la cama, pisando la silenciosa oscuridad como un nadador. Pero la respiración era la de Finn. Tenía que ser él. Parecía un serrucho musical. No había otra persona que respirara así. Se agazapó junto a la cama. Olía como Finn. No había otra persona que oliera así. Pero se advertía en él la salvaje presencia de la noche y en su aliento un licor fuerte, aunque no parecía ebrio. Los dientes se le entrechocaban con tanto ruido como cuando tocaba cucharillas. Confirmó que era Finn y le preocupó que estuviera en ese estado.

—¿Qué pasa, Finn?

—Oh, Melanie, oh... —Los dientes le castañeteaban tanto que no podía hablar con coherencia. Le temblaba todo el cuerpo. Ella le tocó la frente, que ardía de fiebre. Él se apartó como si el roce le doliera.

—Estás enfermo.

—No lo sé. No —dijo, mordiéndose los labios para que se estuvieran quietos.

Enfermo y afligido, se acercó a la cama. A ella no le importaron el porqué ni el cómo. Aquí estaba. ¿Y ahora qué? Una flor marchita cayó del geranio en ese momento, con un tenue ruido de papel de seda. Una flor menos.

—Melanie —dijo él—, ¿puedo acostarme un ratito contigo? Me siento espantosamente.

Cuando ella tenía la edad de Victoria y veía fantasmas por la noche, iba a la habitación de su madre con el camisón revoloteando y se acomodaba en el abrigado hueco entre sus padres, donde dormía segura encerrada entre la carne de ambos, que era también la suya.

—Pero... oh, bueno, sí. —Se arrebujó en la manta para protegerse pero no pudo decirle que se fuese. Él estaba totalmente vestido. Dejó caer sus zapatos, uno, dos, y se echó junto a ella. Traía consigo un olor a fango y humedad. Tenía los calcetines

húmedos.

—Estoy cubierto de tierra —dijo—. No sé cómo le explicaremos a Maggie las sábanas manchadas. Por favor, Melanie, ¿te importaría abrazarme hasta que me sienta mejor?

Era un pedido simple y honesto. De modo que lo abrazó hasta que los dientes de Finn dejaron de castañetear. No sabía qué decir. El encuentro estaba en consonancia con la irrealidad del día, pero de algún modo parecía más normal de noche, como si hubiese ocurrido muchas veces antes. Los botones de bronce de la chaqueta de bombero de Finn se le hundían en las costillas.

—¿De dónde vienes? —le preguntó por fin.

—Del parque de atracciones.

—¿Y qué hacías allí, por Dios, en mitad de la noche?

—Fui a un entierro.

—¿De quién? —preguntó, instantáneamente preparada para una muerte.

—Del cisne.

—¿Qué dices?.

—Del cisne, que en paz descanse. El cisne.

—Has enterrado —dijo ella, tratando de aclarar su propia mente— al cisne.

—Así es. —La voz de Finn era curiosamente fresca y ligera—. Primero lo partí en pedazos en el taller. Bajé y lo corté con la pequeña hacha de Maggie, la que usan para cortar leña. En trocitos pequeños. Fue fácil.

—Oh, Finn, no es posible.

—Sí que lo hice.

Los susurros cesaron por un momento. El viento de la noche sacudía las cortinas. Ahora los ojos de Melanie estaban acostumbrados a la oscuridad y alcanzaba a distinguir el contorno del rostro de él en la almohada, pero sólo eso.

—Qué barbaridad, Finn.

—Es un gesto.

Cayeron en otro pozo de silencio y luego volvieron a emerger.

—¡Y estabas solo! —se asombró ella, imaginando el taller, tan lleno de la mente de Tío Philip, entre las máscaras vigilantes y los miembros mutilados.

—¿Sabes? Francie salió a tocar el violín. Hay una fiesta irlandesa de toda la noche en Kilburn. Si no fuera por eso, supongo que Francie me hubiera acompañado. Y por eso vine a verte, porque Francie se ha ido. Tenía que estar con alguien; me sentía muy mal cuando llegué. —Se movió, acomodándose—. Ahora estoy mucho mejor. Dios mío, pensé que nunca volvería a sentirme bien. Me helaba y me quemaba al mismo tiempo. Era como morir.

Si se quedaban muy juntos, en la cama había sitio suficiente para los dos.

—Hay una gran luna —dijo—. He dejado plumas por todo el camino. Vi a un hombre con un perro y me asusté y me escondí detrás de una cerca. ¿Quién sacaría a pasear a su perro a esa hora de la noche? Debía de estar loco.

—Pero ¿por qué rompiste el cisne?

—Estaba en mi cama y de pronto se me ocurrió. No sé por qué. Pensé, voy a matar a ese cisne. Tomé un trago de la botella de Francie para darme valor.

—Te matará —dijo ella. Él no respondió. Victoria se rió en sueños. Melanie repitió—: Te matará —y pensó: «Por supuesto, eso espera que le diga».

—Él y yo vamos a poner las cartas sobre la mesa.

—¡Qué disparate!

—Baja la voz. Despertarás a la niña.

—Me parece que cuando tocas el tema de Tío Philip no estás bien de la cabeza.

—No me ataques —dijo él, como si hubieran estado casados largo tiempo—. No me ataques cuando he pasado una noche tan terrible. Dios me guarde de los peligros de la noche.

La cama se movió. Ella se echó atrás instintivamente porque pensó que él iba a tocarla pero comprendió, con un sobresalto, que estaba haciendo la señal de la cruz, Melanie no sabía a qué atenerse. Él tenía que haber pasado por una ordalía. Como la noche en que ella se había puesto el vestido de novia. En el parque, Finn había andado por las selvas de la noche, donde nada es seguro. «También yo he estado allí», pensó. Podría haber llorado por los dos.

—Enterré al cisne cerca de la reina —dijo Finn tranquilamente con la voz sin dimensiones en que estaba hablando—. ¿Crees que hice bien? Pensé que se acompañarían mutuamente.

—Bueno —replicó ella—. Es un lugar tan bueno como cualquier otro.

—En verdad, no sé por qué fui al parque cuando podría haber tirado los trozos del cisne a la basura. Pero me pareció mejor enterrarlos. ¿Sabes que casi deliraba en el parque? Estaba muy mal, Melanie... la leona de piedra me seguía las huellas. Oí que rugía. Y la reina estaba de pie en su pedestal. El corazón me dio un vuelco, de veras. La vi desde lejos, pero ella advirtió sin duda que yo me acercaba y volvió a desmoronarse en seguida. Y estaba caída, en su sitio, cuando llegué. Esa perra. Y oí que alguien tocaba muy suavemente el acordeón. Eso me inquietó más que nada.

—¿Y qué tocaba? —preguntó ella.

—Te estás burlando de mí —le reprochó él.

—No.

—Y yo llevaba conmigo una pala para cavar la tumba del cisne, y se me caía todo el tiempo. Se me iba de las manos, como si no quisiera venir conmigo. Y el cuello del cisne se negó a que lo cortase; el hacha rebotaba.

Se me salía del impermeable abotonado y miraba a todas partes mientras lo llevaba junto con la pala y los otros pedazos del cisne. Tenía las manos ocupadas, te aseguro. Si alguien me hubiera visto podría haber pensado que me estaba exhibiendo con indecencia, cuando el cuello del cisne se salía. Me sentía turbado y me tocaba todo el tiempo la bragueta para ver si estaba bien cerrada.

Siguió hablando. Hablaba tan volublemente como de costumbre. Y todavía más.

—Tienes que haber pasado un mal rato, pobre Finn. —Había sido un mal día para los dos. Melanie sintió que de algún modo habían tenido experiencias paralelas. Entendía el estado frenético de Finn—. Pobre Finn.

—Ah, pero fue un placer destruir el cisne.

—Querría que no lo hubieras hecho.

—Te montó —dijo Finn—. Se te echó encima. Lo hice en parte por eso, porque te cubrió.

—No me hizo daño.

—Y además, Philip Flower estaba encantado.

—¿Qué ocurrirá?

—No lo sé —respondió él—. Sólo puedo imaginarlo.

Estaban tranquilamente en la cama como un matrimonio que ha pasado así toda su vida. Parecía lo más normal del mundo compartir una almohada con Finn pero, apenas cerró los ojos, Melanie volvió a encontrarse dentro del blanco iglú de las alas del cisne. El cisne era demasiado grande, demasiado potente para dejar de existir tan pronto.

—Era ridículo el cisne —dijo—. Pero le dedicó tanto trabajo...

—Se puso él dentro del cisne. Por eso tenía que desaparecer. Oh, estoy cansado.

—Duerme entonces.

—Va a sacudir las alas contra la ventana para asustarme.

—No seas estúpido.

—Eres dura conmigo —protestó él.

—Porque soy sensata.

—Quizá.

—Quítate los calcetines, Finn. Están mojados. Te enfriarás.

Hubo un pequeño terremoto en la cama cuando él obedeció.

—La hierba estaba mojada y se metía por encima de mis zapatos. Estaba muy alta. Parece más crecida por la noche. ¿Por qué será?

—No lo sé. También yo lo he notado.

Después se acomodaron para dormir juntos. Él roncaba, como era de esperar, teniendo en cuenta que respiraba por la boca, pero Melanie se acostumbró pronto. Soñó.

Melanie soñó que era Jonathon. Todo el día se había sentido tan poco segura de ser ella misma que fue casi un alivio descubrir que realmente era Jonathon. Veía el mundo igual pero diferente por los gruesos cristales y sentía las rodillas desnudas debajo de los pantalones cortos grises y encima de la presión de las medias cortas con ligas y oía la insistente llamada del mar; «Tengo que regresar al mar». La atracción era muy poderosa, como el reflujo de una ola. El mundo se volvió miope y oscuro; era Jonathon, ciego como un murciélago, insomne en su cainita de hierro en la habitación pintada a la cal que daba a los acantilados; y el mar rompía al pie del muro, donde tendría que haber, estado el patio trasero. Oía el agua que cantaba y las

gaviotas que chillaban hasta que no pudo soportar estar en la cama y se levantó.

Por supuesto, llevaba el pijama blanco con el dibujo de los coches de carrera, un poco desteñido por el lavado, y la marca de la antigua lavandería en el cuello. Se puso los zapatos y la chaqueta de franela gris para protegerse de la salada mordedura del aire. Recogió las gafas de la silla que había al lado de la cama. Cuidadosamente abrió la puerta al pasillo.

Aprisionada en un tragaluz, la luna le hacía guiños entre las nubes que pasaban por delante. Jonathon bajó cautelosamente. Su imagen fluctuaba como en una película mal proyectada; Melanie se vio superpuesta a Jonathon, las dos formas bajaban furtivamente con los mismos pies, y una parte de esos hermanos siameses miraba las puertas cerradas mientras pasaban, imaginando un ojo inquisitivo detrás de todas las cerraduras. Pero a Jonathon no le importaba y la imagen de Melanie desapareció en seguida. Pasó por la tienda, donde la luna brillaba sobre la madera pulida y el loro era de plata maciza, y fue al taller, donde era de día, como había calculado.

La luz entraba en el taller por las cortinas abiertas del escenario y la costa pintada de Finn relucía y todas las olas tenían crestas blancas. El cielo era azul y el sol estaba alto. Era un hermoso día. Jonathon vio que el agua pintada se fundía y transmutaba. Crecía y salpicaba la playa llena de brillantes granitos de mica y a lo lejos jugueteaban alegremente los delfines, dando grandes saltos en el agua. Cuando lo vieron, gritaron: «¡Hola, Jonathon! ¡Por fin ha venido Jonathon!» con voces agudas y adenoideas. Él siempre había sabido que los delfines podían hablar. Lo había leído en un libro de la biblioteca. La arena crujía bajo sus pies como si alguien estuviese masticando copos de maíz. Caminó junto al mar, la brisa fresca soplaba sobre sus gafas. El escenario había desaparecido pero no miró atrás para saber cómo.

Encontró un pequeño bote de remos encallado en la arena, con dos remos en los toletes. Lo arrastró hasta el borde del mar, lo empujó hasta que flotó, y subió a bordo. De pie en la proa, miró el horizonte para asegurarse de que el barco estaba todavía allí. Estaba, y listo para hacerse a la vela. Remó hacia él. Como esperaba, había una escalera de cuerdas al costado. Oyó un silbato; se estaban preparando para recibirlo a bordo, como correspondía. Tenía las gafas cubiertas de espuma. Impaciente, se las quitó y las arrojó al agua porque ya no volvería a necesitarlas. Se hundieron dejando en la superficie una huella de burbujas que pronto se disolvió.

Melanie despertó. La habitación era una niebla borrosa y poco visible, y le dolían las manos como si hubiera estado remando. Finalmente era Melanie. Había amanecido. Victoria estaba en el suelo al lado de la cama y la miraba inquisitivamente. De algún modo había logrado bajar de la cama. Tenía alzado el camisón y el trasero color melocotón directamente apoyado sobre las tablas del suelo.

—Ven a mi cama antes de que te enfermes así desnuda, Victoria.

—¿Por qué está *él* en tu cama?

Melanie se había olvidado de Finn. Se volvió a mirarlo. Dormía con la mejilla

apoyada en una mano sucia, la chaqueta subida hasta las orejas. Dormido, parecía dulce e infantil. Todavía roncaba.

—No se sentía bien —dijo Melanie, al azar—. Por la noche.

—Ya veo, ya veo —dijo Victoria, satisfecha, imitando a una persona adulta. Melanie la invitó a que volviera a la cama.

—¡Quiero a Tía Margrit! —dijo Victoria y se quitó, desafiante, el camisón. Desnuda como un pescado, saltó por la habitación chillando—: ¡Tía Margrit! ¡Tía Margrit!

—¡Oh, no grites, Victoria!

Finn asomó la cara abotagada.

—Por Dios, ¿no puedes hacer que esa criatura se calle, Melanie?

Como si hubieran estado casados durante años y Victoria fuera su hija. Melanie tuvo una premonición mientras Finn estaba a su lado con esa chaqueta inmunda entre las sábanas limpias y bostezaba hasta que se le veían la arqueada catedral roja de la boca y los dientes amarillentos como un coro de niños descoloridos. Supo que un día se casarían y vivirían juntos toda la vida y que siempre, siempre, eternamente, habría sordidez y desorden y suciedad. Y bebés que lloraban y ropas para lavar y tostadas que se quemaban. Durante todo el resto de su vida. Y que nunca habría gracia ni encanto ni romance. Ni fantasía. Sólo miseria y niños pelirrojos. Se rebeló.

—¡No! —gritó con tal vehemencia que Victoria, asustada, se echó a llorar—. ¡No, Finn, no te aguanto!

—Vamos —dijo Finn, con una sombra de su antigua despreocupación—. ¡Si todavía no has sido mía!

—Eso es precisamente lo que quería decir —dijo ella, desanimada—. Eres tan... desordenado.

Finn arrojó un paquetito de chicle a Victoria.

—Mastica eso —le dijo. Esta mañana su bizquera era más notable que nunca. Le tironeó cariñosamente el pelo a Melanie. Él también lo sabía. Estaban atados, lo quisieran o no, y él no tenía ninguna prisa. Como ella no respondió, volvió a tironearle el pelo.

—¿Qué ocurre? ¿Algo te preocupa, muñeca?

—¿«Muñeca» es una expresión cariñosa en Irlanda? —preguntó ella, desconcertada.

—Es bastante común en todas las islas británicas. Pero ¿qué te pasa? ¿No has dormido bien?

Con la deprimente sensación de que todo era inevitable, se dejó caer sobre el hombro de Finn mientras Victoria se ahogaba y tosía con el chicle. Como si hubiese estado en la cama con Finn toda la vida. Deseó, en un rincón de su mente, que él demostrara alguna sorpresa o apreciación pero él, en cambio, le pasó el brazo alrededor con espontánea ternura.

—Tuve —le dijo ella lentamente— un sueño muy extraño.

—¿Anoche?

—Soñé que era Jonathon... —El sueño era todavía muy claro, significativo, ominoso. Pensó que la cama se movía como un bote pero era Finn que se rascaba una axila. No tenía vergüenza. Ella tendría que acostumbrarse.

—¿Y qué más?

—Que Jonathon se iba en un barco. Era un sueña muy real. Como si yo fuera él.

—Pero sólo fue un sueño.

—Sí —dijo ella, dudando.

—Una vez —dijo él— soñé que estaba muerto y me iba al cielo. Parecía una feria de diversiones, con máquinas tragamonedas y billares mecánicos.

—¿Y qué era? ¿Un signo, un presagio?

—No sé. Tal vez. Al día siguiente me picó una abeja.

—¿Cómo?

—Por eso tengo el ojo torcido. Era en el orfanato, con las monjas, después de la muerte de mi madre. Supongo que por eso habré soñado que iba al cielo. Pero era el cielo de un chico de siete años, un cielo en que había diversiones y golosinas, y me olvidé de mi madre, Dios la bendiga, apenas empecé a jugar con el fútbol de mesa.

Sacó un arrugado paquete de cigarrillos y encendió uno.

—¿Y la abeja?

—Yo jugaba solo en el jardín porque todas ellas estaban rezando. Toqué una rosa y salió volando una abeja. Estaba furiosa, porque la había molestado mientras se estaba ocupando de sus asuntos, fertilizando las plantas. Me picó en el ojo derecho. Tuve suerte de no perder la vista.

—Dios mío —dijo ella—. ¿Te dolió?

—No me acuerdo. Las monjas fueron muy buenas y me traían dulces y naranjas con clavos de olor y estampas religiosas durante mi convalecencia. ¿Tienes algo que pueda usar como cenicero?

—No.

—Bueno, tendrá que ser mi zapato.

—Es hora de levantarse —dijo ella, e hizo a un lado las mantas. Él se quedó mirándola y fumando. La bizquera le parecía a Melanie menos grave ahora que sabía la causa. Pensó en el pequeño Finn pelirrojo que se acercaba confiado a una rosa y luego en el dolor que le estallaba en los ojos mientras las monjas arrodilladas pensaban en el Calvario.

—Siento mucho que te pasara eso —dijo.

—Estoy acostumbrado. No sería yo mismo sin la bizquera.

Melanie se desabrochó el pijama y tuvo un leve escalofrío de incertidumbre mientras se lo quitaba. Luego pensó: «Bueno, ya me ha visto bastantes veces sin ropa». Pero él no dio muestras de advertirla desnudez de Melanie y siguió fumando y echando las cenizas en el zapato, debajo de la cama. Ella se puso el jersey azul y empezó a vestir a Victoria. En el jamás usado bolsillo del camisón de Victoria había

un yate bordado.

—Sin embargo, no puedo dejar de pensar —dijo— que ese sueño tiene algún significado. Espero que Jonathon esté bien. Oh, Finn, que no le pase nada.

Finn no respondió.

—¿Finn?

Él parecía aterrorizado.

—Jesús —dijo—. Anoche maté al cisne, ¿verdad? Debía de estar borracho perdido.

Se quitó de los ojos con agua fría los jirones de esa noche absurda. El impacto glacial le hizo bien y la dejó sin aliento; sentía el agua, era palpable. El agua es agua. No se puede discutir con ella, simplemente está donde está. Con la cara goteando, levantó la vista del grifo que tosía y comprobó la ausencia de los dientes de Tío Philip. Allí estaba el vaso de agua nebulosa, y los trocitos de alimento desalojados de los huecos entre los dientes todavía formaban un sedimento blanco en el fondo, pero la sonrisa de plástico estaba en alguna otra parte. De modo que Tío Philip ya se había levantado y merodeaba por la casa, aunque era muy temprano. Había un cabello blanco en la grieta del lavatorio y la toalla estaba húmeda. ¿Habría salido después de lavarse? ¿Era eso posible? Lo pensó mientras se lavaba los dientes, escupía y se enjuagaba. Había un estante atornillado especialmente para los tres nuevos cepillos de dientes. Vio con algún alivio que el de Jonathon todavía tenía las cerdas aplastadas. Si se hubiera ido, probablemente se habría llevado el cepillo. Aunque (angustiada, tragó un resto de dentífrico con sabor a menta) eso no era seguro. Pero con la cara lavada con agua de verdad estaba preparada para reírse de su sueño. Limpia, cuerda, no esperaba encontrar a Finn en su cama cuando volvió a la habitación, y al principio no lo vio. Pensó: «Gracias a Dios, he vuelto a la normalidad».

Victoria, parcialmente vestida, había regresado a su camita. Con el ceño fruncido, aferraba los barrotes, dos con cada mano. El rosado pliegue femenino sonreía a lo largo entre sus muslos de satén.

—Dios mío, Victoria, qué indecente.

Victoria, siempre con el ceño fruncido, no le prestó atención.

—Finn es malo, aún está en la cama.

Era verdad. Profundamente sumergido, el cuerpo agazapado parecía un túmulo o un promontorio fúnebre en la Llanura de Salisbury de la cama. Ella bajó las mantas. Finn estaba enroscado como una merluza en una fuente, con la cola en la boca. Sólo le faltaban unas hojitas de perejil y unas rodajas de limón.

—¿Finn? ¡Finn!

—Estoy recuperándome —dijo. Tenía los ojos firmemente cerrados.

—Los dientes de Tío Philip no están en el estante.

—Para comerme mejor. Los tiene en la boca, por supuesto.

—¿No habrá salido?

—No sé, no sé. Se ha levantado temprano para perseguirme.

—Creí que querías hacerle frente.

—Ah, pero ahora estoy en mis cabales.

—Quizá se ha tomado el día libre.

—En ese caso quizá podría darle de comer ahora mismo a mi cerdo de Galway.

Unas gallinas de plumaje marrón sacudían la ventana con tontos aleteos. Melanie podía oír cómo cloqueaban. Pero era otra la gallina mojada que se paseaba por la

cocina. Un milagro. El pelo de Tía Margaret flameaba como una jubilosa bandera roja. Tío Philip había salido con Jonathon de madrugada para asistir a una reunión de entusiastas de los modelos de barcos en un lago artificial de los Home Counties.

—Oh —dijo Melanie, que habría querido tocar a Jonathon para cerciorarse de que sólo había sido un sueño. La expedición parecía muy improbable; tenía que ser verdad. Contenía un elemento de ordalía que seguramente sería del agrado de Tío Philip. Pero era tal el clima de fiesta de la cocina que pronto olvidó sus dudas. Hasta el bacon saltaba y chisporroteaba de felicidad en la sartén porque Tío Philip no estaba. Las tostadas se quemaron y ardieron con una llama alegre, pero no fue un desastre, como hubiera sido en su presencia, sino una diversión.

«Podríais haber dormido hasta más tarde», escribió Tía Margaret en la pizarra. No llevaba sus mejores ropas y en sus medias abundaban los agujeros, pero estaba hermosa, sonreía distendida y sus movimientos eran suaves y seguros y no como bajo la mirada de Tío Philip, tan espasmódicos como los de una golondrina hambrienta en invierno. Sentados alrededor de la mesa, mojaban cortezas de pan en yema de huevo. El terrible sillón de Tío Philip estaba vacío, caparazón de la amenaza, sede del peligro.

—¡Me voy a sentar en su sillón! —dijo Finn.

Tía Margaret se llevó la mano a la boca, asustada.

—No temas, Maggie. No me devorará.

Finn ocupó la cabecera de la mesa como el Señor del Desgobierno y le dio al perro unos bocados de mermelada, que al parecer le gustaron. Pronto fue perfectamente normal que Finn estuviera sentado allí.

—Finn es papá —dijo Victoria, gorda y satisfecha.

—Todavía no —dijo Finn—. Pero nuestra primera hija se llamará Proximidad.

Melanie se atragantó con un bocado. Fuera, probablemente en el rellano, había una vocinglera multitud de niños bizcos y pelirrojos que pugnaban por ser admitidos en su vientre. Francie le dio una suave palmada y pronto se recuperó y consiguió terminar el desayuno. Habría sido una pena no disfrutar del desayuno, que era opíparo. Huevos con tocino, setas, tomates, patatas y pan frito en grasa de tocino. Tía Margaret debía de haber preparado todo lo que tenía en la despensa. También había judías blancas en lata, que le gustaban especialmente a Francie. Herrumbrosas manchas de salsa de tomate le aparecieron en la corbata, que hoy era de satén con pajaritos pintados. Tenía que habérsela regalado alguien. Se demoraron largo tiempo y todos comieron mucho, incluso Tía Margaret. En el sillón de Tío Philip, Finn parecía más alto e importante que de costumbre.

—No abramos la tienda hoy —dijo.

El sillón le confería autoridad. Todos lo miraron.

—¿Sabéis? —dijo mientras encendía un cigarrillo Sweet Afton con un gesto grandilocuente—. Anoche rompí el cisne.

El silencio se espesó como la grasa de los platos.

Casi con admiración, Francie murmuró:

—Qué locura.

La belleza de Tía Margaret desapareció: apretó a Victoria contra el pecho como si fuera un escudo o un talismán. Victoria se debatió.

—De modo que hoy no abriremos la tienda. Tendremos una fiesta. Será el velatorio del cisne. Con música y baile. No, baile no.

—Has roto el cisne —dijo Francie, asombrado. Los labios se le abrieron sobre los dientes como una muralla caída. Se echó a reír y exclamó:

—¡Lo hizo! ¡Finn rompió el cisne! ¡Qué bien, Finn! ¡Bien, Finn! —Se inclinó sobre la mesa, volcando las tazas y el tarro de mermelada, y apretó la mano de Finn y se rió hasta que las lágrimas le rodaron por las mejillas ásperas.

Tía Margaret se tranquilizó poco a poco entre las risas. El sol le daba en la cara. Por primera vez desde que Melanie la conocía parecía examinar la posibilidad de un mañana en que pudiera ir y venir a su antojo, ponerse las ropas que quisiera e incluso abrir sus labios sellados y hablar. O cantar. En realidad, abrió la boca, olvidando que era muda; los labios le temblaron y se estiraron en una sonrisa.

Después todos lavaron juntos, riendo y salpicándose unos a otros. Era un carnaval. Las burbujas de agua y jabón flotaban en el aire y estallaban con un ruido húmedo y opalescente y Victoria rodaba por el suelo persiguiéndolas. Mientras secaban las tazas, Finn descolgó con aire pensativo el tazón de Tío Philip. Era bonito, con sus letras y sus capullos rosados. Lo sopesó en la mano.

—Jesús, María y José —declamó—. Hoy me he hecho hombre.

Levantó el brazo, apuntó y arrojó el tazón contra el reloj de cuco. La puertecilla se abrió. El cuclillo salió y cantó las dos, las tres y las cuatro. Melanie nunca había visto reír así a los hermanos; Francie cayó como una torre parcialmente demolida sobre la pila. Finn rodaba por el suelo, sosteniéndose el estómago. Victoria se contagió y casi se cae del regazo de Tía Margaret. Melanie no pensaba que todo fuera tan divertido aunque le alegró ver los últimos estertores del reloj de cuco. El cuclillo embalsamado dio la hora treinta y una veces y volvió a esconderse; la puerta se cerró con dificultad y el tictac se detuvo.

—Allá va el tiempo —dijo Finn, secándose los ojos.

Sin nada que hacer, tenían un largo día por delante. Parecía el primer día de vacaciones y, en realidad, eso era. Un bello día de invierno. El contorno de los edificios se veía nítidamente y sin sombras, y no había bruma. El jardín trasero trataba de creer que era primavera y mostraba las puntas de unas hojas. Finn abrió la ventana de la cocina, se inclinó y respiró profundamente. Melanie nunca había visto abierta esa ventana.

—Se huele el mar —dijo—. Tiene que haber venido de Brighton a Victoria a pasar el día.

—Oh, Finn —dijo Melanie, inquieta—. ¿De veras puedes oler el mar? —Había recordado el sueño y las olas que rompían contra las paredes de la planta baja...

—La verdad es que no —admitió él—. Es que me siento exuberante. ¿Sabes?, me voy a bañar.

Y lo hizo. Se lavó muy cuidadosamente con innumerables teteras de agua caliente y hasta se lavó el pelo y le pidió a Tía Margaret que se lo recortara con sus tijeras de bordes dentados. Una vez limpio, asombró a Melanie. Parecía hecho de marfil y oro rojo, una preciosa miniatura, una pieza de ajedrez. Fue a su habitación, buscó una camisa limpia y regresó, espléndido, con una blanca, plisada en la delantera, una camisa de etiqueta, que le quedaba un poquito grande.

—Como ninguna de las mías estaba limpia, tomé prestada una de Philip.

—Estoy seguro de que Tío Philip no se enfadará —dijo Francie.

Tía Margaret ni siquiera parecía preocupada. Le acarició el hombro y escribió en la pizarra:

«Ya nada será igual».

¿Qué quería decir? Pero no era el momento de hacerse preguntas. Todos fueron a ponerse sus mejores ropas, porque Finn estaba limpio. En su habitación (donde la forma de Finn era todavía visible en la cama sin hacer), Melanie descolgó su bonito vestido verde y se detuvo con la prenda en la mano. No podía soportar que Tía Margaret sacara de su guardarropa el horrible vestido gris y se lo pusiera, no hoy. Le daría su propio vestido. Tenía muchos más y aunque no los tuviera hubiera podido alimentarse de sus quince (casi dieciséis) años de buena ropa. Y tras un instante de reflexión, tomó también la caja de cuero rojo donde guardaba el collar de la confirmación. Das algo, das todo. Quizá fuera bueno despojarse de sus posesiones, y mejor aún olvidar sus recuerdos y sus sueños o dejar que los arrastrara el agua fría.

Golpeó la puerta del dormitorio de Tía Margaret, que le abrió. Llevaba unas enaguas de algodón blanco. En los brazos se le había puesto la carne de gallina, por el frío.

—Quería... —dijo Melanie y se interrumpió, sin saber cómo darle el vestido. Su tía alzó las cejas rojas ansiosamente y le indicó que pasara. Melanie no había estado nunca allí y entró con un extraño temor.

Había un armario en la pared y al lado una caja fuerte profundamente embutida, no a los pies de la cama, como había pensado. La cama era muy ancha, y en efecto, estaba hundida de un lado; a juzgar por los pijamas a rayas plegados sobre la colcha cuadriculada, era el lado de Tío Philip. La colcha era muy vieja, gastada y agradable, fuera de lugar en esa habitación agresivamente desnuda. Supuso que era de Tía Margaret y que ella la había traído de Irlanda mucho antes. Junto a la cama había una silla de madera, de respaldo recto, con un despertador encima. El reloj tenía cifras negras muy nítidas y una campana metálica que prometía un tremendo despertar. En la silla no había nada más. Del techo colgaba una lámpara eléctrica con una pantalla rosa de plástico y en el suelo había una alfombra marrón cuadrada, tan deshilachada que se veía la urdimbre. En la repisa de la chimenea sólo había una fotografía. Era la misma foto de bodas que estaba en el dormitorio de sus padres antes de que ella la

destrozara.

—Oh —dijo Melanie. Allí estaba su madre de blanco y su padre y la familia de su padre y Tío Philip. La foto tenía un fino marco de bronce. Margaret se sentó en la cama.

—Este lugar está encantado —dijo. Tía Margaret escribió en un bloc:

«¿Qué quieres decir?».

—La foto. Me trastornó. En un instante estaré bien.

«Pobre, te ha impresionado». Tía Margaret quitó la foto de la repisa y la escondió.

La enagua de algodón de Tía Margaret tenía anchos breteles y cuello muy alto, que no alcanzaba a ocultarle los pliegues del cuello. Con esa prenda parecía una niña de un campamento de refugiados, toda ojos y brazos y piernas. Ya se había puesto las medias buenas. La puerta del armario se abrió y reveló el vestido, gris y rígido como la mujer de Lot después de mirar hacia atrás. Melanie sintió un temor supersticioso del vestido gris. Si Tía Margaret se lo ponía, nada saldría bien: las figuras de la foto revivirían o Tío Philip volvería temprano con una ametralladora.

—Toma —dijo, ofreciéndole el vestido—. Pensé que, con tu pelo, el verde te sentaría bien.

«¿Es para mí?» escribió de prisa Tía Margaret. «¿Me lo prestas?».

—Para que te lo quedes, si te gusta.

Melanie ayudó a su tía como una doncella; le ajustó el vestido en los hombros y la caída de la falda y le subió la cremallera. Su tía estaba inmóvil y dejaba que Melanie la vistiese. Parecía beatificada. Podía haber entrado un ángel con un largo lirio blanco y un mensaje especial de Dios, y no hubiera sido sorprendente.

—¿Dónde está tu peine, Tía Margaret?

En un estante del armario, junto a una maraña de alfileres. Melanie recogió todo y empezó a arreglarle el pelo a Tía Margaret, sentada en la silla y con una toalla sobre los hombros, como era debido.

«¿Cómo puede peinarse sin un espejo?», se preguntó.

Y le pareció especialmente lamentable que su tía no pudiese verse con ese vestido verde oscuro que daba a su pelo un matiz vivido y radiante y a su piel la blancura de la espuma. Tenía el pelo tan sedoso y resbaladizo como el de Victoria; se escapaba de los alfileres y de los dedos de Melanie y le llevó largo tiempo trenzarlo y asegurarlo en lo alto de la cabeza. Y luego pensó: «No. Hoy tiene que ser diferente». Y arrancó todos los alfileres y dejó que el pelo de Tía Margaret cayera como una lluvia de chispas. Como fuegos de artificio, aunque ya no era el 5 de noviembre. Rojo y verde, rojo sobre verde, los colores de Navidad, como las bayas rojo sangre del acebo. Melanie dio un paso atrás para estudiar el resultado.

«Dios mío», pensó. «¿Soy yo tan flaca como ella?». Porque el vestido verde oscuro le quedaba perfectamente a su tía; eliminaba la dureza de las líneas verticales y le daba una especie de gracia gótica. Como si un pulgar verde oscuro le hubiese empujado hacia dentro los huesos salientes de las caderas. Y ese pelo pirotécnico.

Melanie se sentía como esa amiga de las películas de Hollywood que persuade a la mecanógrafa a quitarse las gafas y maquillarse la cara. Era tan fácil como eso. Tía Margaret estaba encantadora, joven y encantadora, y sonreía y se alisaba el vestido como un ave feliz y orgullosa de su nuevo plumaje.

—Te queda bien —le dijo—. Muy bien. Por favor, quédatelo. Yo tengo muchos. —O tenía.

Tía Margaret, por fin, pudo escribir:

«Sólo por el día de hoy. Mientras Philip no está. No puedo privarte de él».

—No. Para siempre. Y éstas también. —Las perlas. Tía Margaret lloró y se negó a aceptarlas. Melanie le puso el collar. Que todo se fuera de una vez.

«Iba a ponerme mi collar de plata», escribió Tía Margaret. Las lágrimas borronaban las palabras en el bloc.

—Hoy no te sentaría bien.

«Sólo las acepto como un préstamo, Melanie».

Melanie se encogió de hombros. Quería regalárselas ya mismo y acabar con ellas, aunque su madre la estuviera mirando desde algún lugar de la habitación. Se sentía joven, fuerte y valiente al regalar sus reliquias. Y las perlas anidaban dulcemente en la piel de su tía, que tenía el mismo brillo. Melanie esperaba que Tía Margaret se acostumbrara a usar el collar durante el día y pensara que siempre había sido suyo.

«¿Y tú, qué te pondrás?».

—Pantalones —dijo Melanie.

—Tienes piernas largas —dijo Finn—. Y preciosas.

—Hace años que no uso pantalones.

—A causa de Philip.

—Y él no está.

—Así es.

Francie esperaba en la cocina con el violín en una mano y una botella de whisky medio vacía en la otra.

—Por Dios —dijo Francie—, anoche no te privaste de whisky.

—Era Navidad, después de todo —respondió Finn—. Además, sentí mucha sed en mitad de la noche.

—De eso estoy seguro —dijo Francie—. No debías de estar muy sobrio cuando alzabas el hacha.

Empezó a afinar. Tía Margaret abrió la puerta y entró con la flauta, el vestido y el collar de Melanie y su propio glorioso pelo. Francie bajó el arco.

—Ésa es mi muchacha —dijo—. ¡Qué hermosa estás!

—Te recuerdo así —dijo Finn—. En Irlanda. Cuando nuestra madre vivía.

El pasado común resurgió entre ellos, tangible, los años que habían pasado juntos, el antiguo hogar, sus padres. La mujer del dormitorio de los hermanos, la madre. ¿Cómo se llamaba? ¿Cómo les hablaba y les demostraba su amor y qué nombres y dulces sobrenombres les daba? ¿Cómo había muerto? ¿Habían heredado de ella el

pelo rojo, o de qué color tenía el pelo? ¿Y cómo se lo peinaba? Todo lo que Melanie conocía de ella era ese rostro reservado y la sensación de esos párpados muertos transmitida a sus propios dedos por Francie a través de Finn. Melanie quería compartir todo el pasado de ellos, hasta el más mínimo detalle. Quería saber cuándo había empezado Francie a tocar el violín y quién le había regalado a Finn por primera vez una caja de pinturas. Y cómo había encontrado Tía Margaret a Tío Philip. ¿Qué día predestinado había ocurrido eso? ¿Y quién era el padre de los tres? Todo: las bromas familiares y las cartas de amor de los padres antes de la boda (si es que se escribían) y los rizos de pelo cortado y los recortes del anuncio de los nacimientos en los viejos y amarillentos periódicos locales. Sentía que se moriría si no lo sabía todo.

—¿Cómo era tu madre? —preguntó a Finn, para comenzar.

—Como una madre.

Estaba bebiendo whisky de nuevo. Pronto se pondría sentimental. Pero no le sonreía; Melanie se alegró de que la sonrisa de sátiro estuviese guardada en la cara del demonio pintado y no pudiese volver a turbarla. Francie y Tía Margaret empezaron a tocar. Francie llevaba el compás con el pie.

—Baila un poco, Finn —dijo Francie.

—Mis días de bailarín han terminado.

—Nada de eso.

—Oh, sí. Me caí desde lo alto y despedacé un cisne, así que nunca volveré a bailar. Además, ahora soy casi un nombre de familia. —Y tironeó el pelo de Melanie, que se derramó, suelto, porque era día de fiesta.

—Bromeas —dijo, ella, mirándolo. Él la abrazó. Ella no podía acostumbrarse a su olor a jabón.

—El destino nos ha unido —dijo él.

—Estás borracho.

—Así espero estar dentro de un momento.

—Has vuelto a ser como antes.

—No. No exageres.

Además, estaba tratando de ser feliz. No era algo espontáneo, era un verdadero esfuerzo. Melanie lo sintió por él y se le acercó. Estaban juntos ante la mesa. El whisky de Francie casi se había acabado.

Victoria estaba sobreexcitada, con su vestido floreado y un moño en el pelo. Aullaba y saltaba de un regazo a otro alrededor de la cocina y se aferraba de las ropas de todos. Pero a nadie le importaba. Hacían demasiado ruido para oírla. Francie y Tía Margaret, con las cabezas muy juntas, tocaban como un solo músico y alborotaban la cocina, seis por ocho, nueve por ocho, doce por ocho. *Rolling in the Barrel, In the Tap Room, The Earl's Chair, The Morning Dew, Kitty Gone a milking, Galway Rambler, A Trip to Athlone, The Pipe on the Hob*, melodía tras melodía tras melodía. El perro, echado en la alfombra, movía la cola al compás. De vez en cuando, Finn golpeaba unas cucharas hasta que se le caían de las manos. Melanie y Finn estaban

sentados a la mesa y de vez en cuando él la acariciaba. Ella no se lo impedía porque no sabía bien cómo y no estaba segura de no querer que él siguiera. Cuando se abrieron los bares, Finn salió y volvió con muchas botellas de Guinness, aunque Melanie no sabía de dónde había sacado el dinero.

—Traje Guinness para demostrar que somos irlandeses —dijo.

Francie y Finn insistieron en que Melanie bebiera unos sorbos de la espesa cerveza. Francie estaba muy animado, como un chico, y Tía Margaret parecía más joven que Melanie, más desenfadada. *When you're sick, is it tea you want?, The Rakes of Mallow, Off she goes.* Una giga y una canción tras otra, una, dos, tres.

—Cuánto mejor es que no esté Tío Philip —dijo Melanie, que empezaba a divertirse.

—Cuando vuelva le daré un golpe —dijo Finn—, Francie lo distraerá mientras lo golpeo. Y cuando esté en el suelo, todos nos iremos juntos. Así le ajustaremos las cuentas. Será fácil. Nunca pensé que sería tan fácil.

El vestido de Melanie que llevaba Tía Margaret era del color de los bosques de pinos. Ella estaba en la rama más alta de un árbol feliz, tocando la nauta con Francie; Victoria rodaba por el suelo. Abajo, la tienda conservaba el desorden de la víspera de Navidad, y más abajo, el taller estaba todavía sembrado de plumas, pero la cocina rebosaba de alegría. (*Soldier's Joy, Huish the Cat from Under the Table, Rakish Paddy*, las melodías que conocían no tenían fin). Había botellas y tapas en el suelo. El aire estaba azul y espeso de humo de cigarrillos. Cuando tenían hambre, comían ganso frío y relleno frío, y queso y pan y pasteles y la música no cesaba. Finn, con escasa cordura, le dio un poco de cerveza a Victoria, que de pronto se echó en la alfombra con la cabeza entre las patas del perro. La habitación tenía ahora aspecto de desenfreno y abandono.

—Respetaré tu juventud y tu inocencia, Melanie —dijo Finn—. No tengas miedo.

—Entonces, ¿por qué me besaste en el parque cuando yo no quería?

—No sabías que no querías hasta que te besé —respondió él.

Ella pensó: «Bueno, ahora ciertamente ha recorrido más de la mitad del camino».

—Mírame —dijo Finn, y la hizo girar en redondo.

—¿Por qué?

—Mírame.

Se miraron. ¿Acaso trataba él de mesmerizarla? Como en el parque de atracciones, Melanie se vio en las pupilas negras. «Mi cara en tus ojos, la tuya en los míos aparece. Y los corazones sinceros reposan en las caras». John Donne, 1572-1632, alias Jack Donne, alias el Deán de San Pablo, En el libro de poesía de la escuela, entre Shakespeare y Alexander Pope. Cómo amaban todas las chicas a John Donne. Él pensaba que las almas se confundían cuando las miradas se trenzaban y enredaban, como los hilos de las marionetas la noche de la caída. Ella reposaba en la cara de Finn: allí estaba, dos veces reflejada.

—No dejaré que me apremien —dijo, desesperadamente.

—Calla.

Mientras se miraban, la música había cesado. El violín y la flauta estaban en el suelo. Francie y Tía Margaret se abrazaban. Era un abrazo de amantes, que aniquilaba el mundo, como si sucediera de noche en la cresta de una colina y el viento sacudiera furiosamente las ramas encima de ellos. El hermano y la hermana se arrodillaron. La habitación estaba llena de paz. El humo de cigarrillo flotaba y se desvanecía. El perro inteligente y su retrato los miraban.

—Ven —dijo Finn—. Aquí no nos necesitan.

Melanie estaba seria y con los ojos muy abiertos. Dejó que él la llevara afuera y cerrase la puerta. Fuera de la cocina hacía frío. La camisa blanca de Finn parecía tan grande como un iceberg. Él descolgó su abrigo de la percha, se lo puso y lo abotonó. Estaba sobrio. Tal vez sólo había simulado estar ebrio.

—Es incesto —susurró Melanie—. Como los reyes y reinas del antiguo Egipto.

—Sí —dijo Finn.

—Nunca me lo imaginé.

—No.

—Pensé que te quería más a ti porque eres el más pequeño.

—¿Quieres callarte?

Subieron a la habitación de Finn. Melanie se alegró de llevar puesto el jersey de la señora Rundle. Lo había tejido hábilmente con lana de ovejas regordetas que comían hierba común y decían «bee, bee». Se sentó en la cama de Finn. En silencio. Él se recostó fumando en la cama de Francie.

—Son amantes. Siempre lo han sido. ¿Comprendes?

—Sí —dijo ella con un hilo de voz.

—Son todo el uno para el otro. Por eso nos hemos quedado aquí, porque Francie y Maggie... —Se interrumpió.

—Pero ella es mayor —dijo Melanie—. Tiene que ser mucho mayor.

—¿Piensas que importa?

—Supongo que no —respondió ella, después de un momento.

—Eres tan buena y formal... ¿te espanta?

Ella reflexionó.

—Nunca había visto algo parecido —dijo—. No el incesto. No en mi familia.

Francie y Tía Margaret encerrados en la más antigua de las pasiones, en el suelo, junto a la cocina de gas, con los platos sucios en la mesa, entre botellas de cerveza vacías, huesitos de ganso y migas de pan y queso, bajo el reloj que ya no funcionaba.

—Y Tío Philip...

—Es un cornudo —dijo hoscamente Finn—. Y por causa de su cuñado, de quien nunca hubiera sospechado nada.

—Le di mis perlas a Tía Margaret —dijo Melanie.

—¿Quieres que te las devuelva?

—No. La quiero. —Era verdad. Mientras lo decía, sintió dentro de sí un amor

cálido y comprensivo. Y también quería a Francie, no podía evitarlo—. Las perlas son las lágrimas de los peces —agregó inconsecuentemente.

—¿Cómo es eso?

—Las lágrimas de los peces. Las perlas. Nadie pensaría que los peces pueden llorar. Lo he recordado de repente.

—Ése es nuestro secreto —dijo Finn, descartando el llanto de los peces—. Ahora conoces el centro de nuestros corazones, la cosa que nos hace distintos de otros. A Francie, a Maggie y a mí. —Aplastó el cigarrillo en el suelo.

La noche temprana cubrió los tejados y se encendieron las luces en las casas, esas casas extrañas donde la gente no tenía secretos. Melanie estaba en la cama de Finn y él en la de Francie, y el secreto llenaba todo el espacio que había entre ellos y a su alrededor. Era una presencia hierática y antigua. El incesto, invocado abajo sobre la raída alfombra, invocado arriba en el tranquilo dormitorio.

—Espero que Victoria no se despierte —dijo Melanie.

A pesar de la oscuridad, vio un tronco carbonizado en la chimenea, todo lo que quedaba del rito de la Navidad. Lo miró como si fuera el objeto más significativo que había visto nunca, como si fuera capaz de hablarle del pasado, el presente y el futuro y también de una descripción de todos ellos en el cual el incesto tuviera algún lugar. Pero sólo era un tronco carbonizado.

Eran aproximadamente las cinco y media (la hora del té en una tarde invernal, la hora más británica del día y del año) cuando oyeron el primer estruendo.

—Oh, no —dijo Finn, arrojando el cigarrillo—. ¡No!

Otro ruido y un grito claro y agudo de mujer que se elevaba hasta un altísimo registro y luego descendía. Y luego una voz que rugía con tal violencia que pudieron oír las palabras.

—¡Basura! ¡Inmundicia!

Melanie saltó entre las dos camas a los brazos de Finn, hundió la cara en su chaqueta y le dijo:

—Sálvame, sálvame por favor. —El cigarrillo ardía sobre la manta.

—Creí que me mataría a mí —dijo Finn—. Y él también, siempre lo creímos. Y nos equivocamos.

Porque Tío Philip había vuelto a casa y había encontrado a su esposa en brazos del hermano de ella. Ese era el punto final adonde fluía el tiempo, el punto de llegada de esa carrera en que defendían un color, el rojo.

—Cuídame —dijo Melanie, aferrada a la chaqueta de Finn como si se ahogara.

—Está bien —dijo Finn, ausente—. Pero calla.

El estrépito continuaba, y también los gritos.

—Está rompiendo la loza —dijo Finn, asombrado. La sorpresa lo convertía en mármol. Parecía incapaz de moverse.

—Sálvame —dijo Melanie.

La puerta del dormitorio se abrió con violencia y entró Tía Margaret con un velo

de despeinado cabello rojo y el bonito vestido verde medio arrancado, y sosteniendo a Victoria, que lloraba. Fue como una tempestad en la habitación. El vendaval que traía consigo levantó la alfombra.

—Marchaos de aquí —dijo—. Ya mismo. —Podía hablar. La catástrofe le había soltado la lengua. Tenía una voz débil pero clara—. Marchaos mientras hay tiempo. La niña estará segura. Pase lo que pase, ella estará segura.

—¿Dónde anda Francie?

—Está bien. Pero tenemos que resolver nuestros asuntos con Philip. —Junto con la voz había recuperado la fuerza, una firmeza leve y constante de seda hilada. Muda desde el día de su boda, había recuperado la voz el día en que se había liberado.

—Maggie, querida Maggie...

—Cuida a la chica. Y vete. Philip junta madera para quemar la casa.

—Bésame —le dijo Finn, por encima de la cabeza de Melanie—. Dios sabe qué puede ocurrir... —Ella lo besó en la boca. Melanie recordaría siempre la formalidad con que se besaron, como generales que se saludan la víspera de una gran batalla en que es probable que uno de ellos muera, y más tarde le pareció que los veía rodeados de fuego, aunque sabía que esto era pura imaginación. Su tía era una diosa del fuego, los ojos le ardían y el pelo flameaba a su alrededor. Se apartó de Finn. Le puso la mano en la cabeza a Melanie por un instante, y salió. Melanie no tuvo tiempo de despedirse de Victoria. Abajo, el ruido aumentaba de volumen. Tío Philip estaba rompiendo los muebles. Melanie sintió olor a humo pero era el cigarrillo de Finn quemando la manta. Finn tomó el retrato de su madre y se lo guardó en el bolsillo.

—Es hora de irse —dijo.

Al pie de la escalera, en el rellano de la cocina, había una barricada de sillas destrozadas. Philip Flower empujaba la mesa a través de la puerta para agregarla a la pira. El mantel floreado colgaba todavía desconsoladamente de las patas de la mesa, y mientras él forcejeaba restos de comida caían al suelo.

—¡Atrapadlos como ratas y quemadlos! —gritó con insano regocijo. Porque era eso. Todos arderían y él los vería arder. Tenía los ojos inyectados de sangre. Todavía llevaba el abrigo y el familiar sombrero de ala ancha. Era demasiado grande y malvado para ser real, pensó Melanie; el chisporroteo y el olor de la madera quemada llegaban de la cocina.

Mientras estaban en la escalera, el perro blanco salió a la carrera del comedor, trepó sobre la barricada y pasó de largo escaleras arriba, jadeando, con los flancos palpitantes. ¿Llevaba o no una cesta de flores en la boca? Pero se fue demasiado pronto para que Melanie pudiera estar segura. Philip Flower volcó la mesa sobre las sillas, vio a Finn, aulló de odio y se echó sobre la barricada, que era ya muy alta. Mientras se esforzaba por incorporarse, farfulló:

—Deja que te ponga la mano encima, Finn Jowle, todos estabais en esto, os turnabais con ella...

—Mentira —dijo Finn. Agarró la mano de Melanie y ambos subieron

trastabillando las escaleras.

—El tragaluz —dijo Finn, que estaba pálido pero sereno, como si todo esto se hubiera ensayado largo tiempo antes—. Iremos al tejado.

El chisporroteo los rodeaba por todas partes. Tío Philip podría asar una piara de cerdos.

—Con toda la madera que hay en el sótano, esto va a arder en un segundo. Vamos de prisa.

Una de las siniestras puertas del castillo de Barba Azul se abrió cuando pasaban. Francie salió con una barra de hierro.

—Buena suerte —dijo Finn.

—Oh, cuídate —dijo Melanie;

—Dios te bendiga —dijo Francie. Estaba en mangas de camisa. Tenía negros anillos de sudor debajo de los brazos. Bajó mientras ellos subían.

Finn alzó a Melanie para que pasara por el tragaluz y luego se izó él mismo hasta el tejado alto y ventoso, lleno de estrellas y chimeneas de barro cocido. Descansaron un momento.

*Sally alrededor de las estrellas,
Sally alrededor de la luna,
Sally alrededor de la chimenea
un domingo a la tarde,
¡juiiiiiiiiiiii!*

Cuando era muy pequeña, su padre se lo recitaba y cuando llegaba al «¡Juiiiiiiiiiiii!» la tomaba por la cintura y la hacía girar en el aire. Finn y Melanie giraron alrededor de las chimeneas con las manos unidas.

Melanie pensó: «Después de compartir todo esto, ya no podremos ser como los demás. Sólo podremos ser nosotros mismos».

Y dijo en voz alta:

—Ya lo perdí todo una vez.

—Yo también —dijo Finn.

—Pero entonces todavía me quedaban mi hermano y mi hermana. ¿Dónde está Jonathon?

—No lo sé. Si ya has recobrado el aliento, Melanie, sigamos. Hay una escalera de incendio en la casa vecina y podremos pasar fácilmente por el tejado.

Era la joyería desierta. Los oxidados escalones de metal retumbaban debajo de sus pies. Las habitaciones encima de la tienda estaban vacías, pero pronto estarían llenas de fuego. Unos segundos más tarde se encontraban en el jardín abandonado, con la hierba hasta las rodillas. Estaba cubierto de basura, tarros de dulce y latas vacías arrojadas por encima del muro.

—Tenemos que llamar a la brigada de incendios. El 999. La ambulancia —dijo

Finn—. La policía. Que vengan a ayudarnos.

La casa ardía como un dorado crisantemo gigante.

—Aunque seguramente —dijo Finn, casi para sus adentros— alguien habrá llamado ya al 999.

Por todas partes se abrían ventanas y emergía un agitado coro de cabezas ansiosas. Ya era de noche. La casa lanzaba llamaradas. Un hombre que estaba en el callejón, a pocos metros, dijo con tono lúgubre: —Ahí no puede quedar nadie vivo.

—¿Crees que se habrán quemado todos? —preguntó Melanie.

—Pienso que Francie y Maggie y la niña están bien. Y el perro es un perro viejo y sabe muchas cosas.

—No lo piensas. Sólo lo esperas. Y el pobre loro...

—Pobre Joey —dijo Finn—. Lo compró Philip.

Contemplaron las llamas.

—Mi chaqueta —dijo Finn, mitad riendo, mitad llorando—. Qué ironía, una chaqueta de bombero.

—Muchas veces me pregunté dónde la compraste.

—En un mercado de ropa usada.

—Oh.

En la casa se hundió una planta con un estallido de fuego. Todo se quemaba, los juguetes y las marionetas y las máscaras y las sillas y las mesas y las alfombras y la cariñosa tarjeta de la señora Rundle, y las pantallas se desplegaron ardiendo y el grifo del baño se fundía y las cortinas de plástico goteaban hasta la nada mientras el fuego las lamía. Oso Eduardo ardía con el pijama en la panza.

—Todos mis cuadros —dijo Finn por último—, fueran como fuesen.

—Y Oso Eduardo —dijo ella.

—¿Qué?

—Mi oso. Se ha ido. Todo se ha ido.

—Sólo quedamos nosotros.

A la noche, en el jardín, se enfrentaron mutuamente en una apuesta descabellada.



ANGELA OLIVE CARTER, de soltera Angela Olive Stalker (Eastbourne, Sussex, 1940 - Londres, 1992), fue una periodista y novelista británica.

Sus obras más conocidas suelen considerarse como pertenecientes a la literatura fantástica. Sus innovadores procedimientos narrativos y sus frecuentes referencias intertextuales la relacionan con el postmodernismo anglosajón. Gran conocedora de la lengua y la literatura francesas, existe en su obra una importante deuda con el surrealismo, así como con autores franceses como Sade o Bataille.

Dos de sus obras han sido llevadas al cine: la novela *La juguetería mágica*, en 1987; su relato *En compañía de lobos*, en una película homónima, en 1984.